

Traducción y recepción de la Literatura Española: Emilia Pardo Bazán en la *Nouvelle Revue Internationale*



«RETRATO DE EMILIA PARDO BAZÁN» (1896). JOAQUÍN VAAMONDE. MUSEO DE BELLAS ARTES DE A CORUÑA

GRADO EN LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS

CURSO 2014-2015

AUTORA: REBECA GONZÁLEZ VILAR

DIRECTORA: PROFª. DRA. CRISTINA PATIÑO EIRÍN

QUIERO AGRADECER A LA PROFESORA EMILIA PÉREZ ROMERO, A LA PROFESORA CANADIENSE MARGOT IRVINE, AL PROFESOR JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN Y POR SUPUESTO, DE MANERA ESPECIAL A MI TUTORA, LA PROFESORA CRISTINA PATIÑO EIRÍN, TODA LA AYUDA QUE ME HAN PRESTADO A LO LARGO DEL TIEMPO QUE HA DURADO LA CONFECCIÓN DE ESTE TRABAJO. MUCHAS DE SUS SUGERENCIAS HAN SIDO ESENCIALES PARA ESTE ESTUDIO. POR TODO ELLO, MUCHAS GRACIAS.

ÍNDICE

1. Introducción.....	2
2. Estado de la cuestión.....	5
2.1. <i>Les Matinées Espagnoles:Nouvelle Revue Internationale</i>	12
2.2. La fundadora, Mme Marie Laetitia de Rute.....	14
3. Los textos.....	19
3.1 Temas y contenidos de los cuentos.....	22
3.2 La estructura.....	27
3.3 Los personajes.....	29
3.4 El narrador y el punto de vista.....	31
3.5 Lenguaje y estilo.....	32
4. Las traducciones.....	34
4.1 Aspectos léxico-semánticos variantes en las traducciones.....	35
4.2 Aspectos morfosintácticos variantes en las traducciones.....	37
4.3 Los traductores.....	39
5. Conclusiones.....	41
Bibliografía.....	44
Anexos.....	49

1. INTRODUCCIÓN

En este trabajo se analizarán varios textos de la autora gallega Emilia Pardo Bazán (A Coruña, 1851- Madrid, 1921) hallados en una cabecera francesa de gran relevancia fechada a finales del siglo XIX y que lleva por título *Les Matinées Espagnoles* (este título sufrirá variaciones a lo largo de su existencia). Esta publicación, que comienza a ser editada en 1883 en París y Madrid y será distribuida por todo el mundo, contó con la colaboración de Pardo Bazán en varias decenas de sus números bimensuales. La escritora aportó textos de diferente naturaleza de manera ocasional a esta revista decimonónica dirigida por otra gran mujer con una fuerte influencia en la vida social y cultural española durante los últimos veinte años de la centuria, Marie Laetitia de Rute.

El presente estudio centrará su atención en las traducciones de ocho de los cuentos que doña Emilia aportó a la revista, además de revisar otros textos de diferente índole de y sobre Pardo Bazán que a lo largo de la vida de la cabecera francesa fueron publicados y llegaron así al gran público extranjero.

Para alcanzar este punto concreto en el trabajo de fin de grado, el cual debe mostrar, entre otras muchas cosas, un tema que haya sido relevante para el estudiante y en el cual quiera profundizar un poco más, he comenzado tiempo atrás con una línea de investigación ciertamente diferente. Esta vía, tras largos rastreos y numerosas búsquedas, no ha dado los frutos esperados para poder conformar un trabajo que cumpla con las expectativas del TFG. Por ello, aunque sigo trabajando en esa primera idea, he centrado mis esfuerzos investigadores en la búsqueda y análisis de un corpus textual que incluye ocho cuentos traducidos a la lengua francesa firmados por Pardo Bazán.

Partiendo de la base de mi gusto personal por la literatura de Emilia Pardo Bazán y todo lo que rodea a la figura de la eminente mujer de letras, y tras largas consideraciones con la guía de mi trabajo, la profesora Cristina Patiño Eirín, escogí el campo de la traducción como posibilidad para la realización del trabajo.

Tomando como punto de partida los estudios de Emilia Pérez Romero, concretamente el artículo que lleva por título “L’Espagne dans les articles d’Emilia Pardo Bazán pour la *Nouvelle Revue Internationale*”, me dispongo, en primer lugar, a comenzar la búsqueda de cuentos y otros textos de y sobre Pardo Bazán en dicha publicación y toda la información que a ellos rodea. Por supuesto, es imprescindible para la realización de este trabajo un buen conocimiento de la lengua francesa, ya que todos los textos analizados aparecen, además de en español, traducidos al francés.

Indiscutiblemente, la aportación de las nuevas tecnologías ha sido clave también para llevar a cabo este estudio. La cabecera francesa que he vaciado es accesible para mí exclusivamente de manera on-line a través de la página web de la Bibliothèque Nationale de France (Gallica), y gracias a esos recursos electrónicos he podido acceder a los cuentos de Pardo Bazán que estudiaré en los apartados que siguen.

Así, el objetivo que he fijado en el presente trabajo es analizar la transmisión y la recepción de los textos de doña Emilia publicados en la cabecera francesa. ¿Cómo se reciben los textos españoles de la época en un país como Francia? ¿Qué esperan los lectores encontrar cuando se enfrentan a un texto español? ¿Son las traducciones publicadas en la cabecera francesa lo suficientemente fieles a la versión original como para que el lector entienda el mensaje que la autora deseó transmitir? ¿Será la diferencia cultural un problema a la hora de interpretar correctamente los textos? Estas y otras preguntas irán recibiendo respuesta a lo largo de este trabajo.

Para tal fin, será necesario, en un primer momento, analizar el estado de la cuestión en lo que se refiere a la difusión de la obra pardobazaniana en el ámbito nacional e internacional.

Será indispensable un análisis en profundidad de la cabecera que he escogido como centro de mi atención investigadora, al igual que merecerá un apartado exclusivo la biografía de su directora, Mme de Rute. La relación que esta distinguida señora, descendiente de Napoléon Bonaparte, mantuvo con la autora de *Los Pazos de Ulloa*, cobrará una importancia decisiva en el análisis de la casuística que llevó a la coruñesa a formar parte de la larga y excepcional lista de colaboradores y colaboradoras de *Les Matinées*.

Asimismo, todos y cada uno de los cuentos serán analizados en castellano desde los puntos de vista necesarios para probar en apartados sucesivos si todas sus características siguen manteniéndose en las traducciones publicadas en lengua francesa (temas, argumentos, personajes, aspectos morfosintácticos y léxico-semánticos).

Presentaré también un apartado dedicado a los traductores de los cuentos, de manera que, en conjunto, pretendo valorar cómo han llegado los textos de Emilia Pardo Bazán al lector extranjero. Ya en un último apartado final, expondré las conclusiones a las que he llegado tras el análisis realizado, el cual podrá responder a la principal cuestión: cómo los textos de una escritora española han sido transmitidos, recibidos y entendidos por los lectores españoles y por sus coetáneos extranjeros. Para facilitar el acceso a los textos presento también los anexos que considero necesarios para completar el estudio.

El influjo francés que de la vida y la obra de Pardo Bazán emana es, por supuesto, clave en este estudio. No es casual que existan numerosos estudios sobre las colaboraciones de la autora gallega en publicaciones francesas. La fascinación que la coruñesa mostraba por la cultura gala estuvo siempre presente en su vida, tanto profesional como personal. Viajaba frecuentemente a París, donde hizo amistad con personajes de gran renombre en el ámbito social y cultural de la capital, entre ellos destacan Víctor Hugo, Zola o los hermanos Goncourt, y como lugar de encuentro toma gran relevancia el *grenier* de estos últimos. El ambiente que los salones fomentaron le permitió a esta gran mujer aprender cada vez más y empaparse de otras literaturas, de otras culturas, otras lenguas.

Desde niña en aquel internado al que asistió, como refleja la propia autora en sus “Apuntes autobiográficos” (1886), la influencia francesa estuvo presente en la vida de doña Emilia. Ya muy joven su ávido interés por la literatura la llevó a estudiar de manera autodidacta a los autores más célebres y se convirtió en una gran conocedora de la literatura y la lengua del país vecino, hasta el punto de que ella misma realizó trabajos de recopilación de literatura francesa, tradujo obras del francés al español y viceversa, colaboró de manera directa en publicaciones parisinas y entabló amistad con las principales figuras literarias de finales del XIX. En Emilia Pardo Bazán contemplamos a una mujer bilingüe en un momento en el que la mayoría de las mujeres todavía no se atrevía a intervenir en un terreno considerado eminentemente masculino, como lo era el mundo de las letras.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Los cuentos de Emilia Pardo Bazán han sido estudiados desde muchos puntos de vista: los personajes, el paisaje, los niveles temáticos, la imagen de Galicia que en ellos se muestra al lector... Autores como José Manuel González Herrán, Ana M^a Freire López, Nelly Clemessy, Emilia Pérez Romero o Cristina Patiño Eirín han llevado a cabo estudios y trabajos de investigación sobre la ingente obra cuentística pardobazanianana, realizando a su vez numerosas recopilaciones con el fin de aportar la cifra exacta de títulos redactados por la escritora gallega. Hoy sabemos que la cifra en cuestión asciende a 627 cuentos. Pero el tratamiento de dichos cuentos desde el punto de vista de la traducción es algo que, desde mi humilde conocimiento, no se ha desarrollado apenas.

Por ello, pretendo adentrarme, de manera muy cautelosa y primeriza, en este campo que, en mi opinión, puede ayudar a discernir la importancia que la autora y sus obras llegaron a alcanzar en el extranjero, así como la forma en la que éstas se difundieron y fueron recibidas en otros países, contribuyendo de ese modo al conocimiento y expansión de la literatura española del siglo XIX.

Debido a esto, la elección de esta cabecera en concreto me parece acertada, ya que según iba cumpliendo años se extendía a lo largo de todo el continente europeo e incluso llegó conocerse en territorio americano, desde el cual aportó noticias a medida que su fama iba *in crescendo*.

La escritora gallega Emilia Pardo Bazán fue una gran autora del Realismo español que vio su lado más fecundo en la vertiente cuentística. Natural de la ciudad de A Coruña, Pardo Bazán recibió una educación muy liberal apoyada por la figura paterna. Una parte de esa educación era, por ejemplo, tomar lecciones de piano, algo que ella misma redactó en sus “Apuntes autobiográficos”. Pero su avidez por el saber y el autodidactismo que la caracterizó desde muy pequeña contribuyeron a que esta autora se convirtiese en un hito de la literatura española. Una figura muy importante en la educación y vida de la escritora fue su padre, un hombre liberal que siempre apoyó las ansias por conseguir el merecido reconocimiento de su hija por parte de las figuras más representativas de la vida literaria.

Su obra es conocida por variada en cuanto a géneros tratados. Indiscutibles éxitos como *Los Pazos de Ulloa* o *La cuestión palpitante* así lo reflejan. Se encargó de publicar incluso libros de cocina. Pero el punto central de interés en este trabajo serán los cuentos y la faceta periodística intrínsecamente ligada a ellos. La amplia nómina que la autora nos dejó es francamente extensa y su temática de lo más variada. Los cuentos que en el presente trabajo se analizarán son breves y de tema diverso, algo que se adecua muy bien a los parámetros de la publicación periodística. Así, la aparición de estos relatos en periódicos españoles del momento sirvió, no solo a la autora protagonista de este trabajo, sino a otros escritores contemporáneos, como vía para conseguir ingresos y a la vez reconocimiento y fama entre el gran público, algo que, en ocasiones, no se les concedía a los escritores de un género que se consideraba un arte menor respecto de la novela. No solo los cuentos gozaban de buena recepción entre los lectores de prensa. Las novelas eran publicadas, por aquel entonces, por entregas, en los diferentes periódicos de gran tirada como lo eran, *El Imparcial*, *La Ilustración Artística* de Barcelona o *Revista Ibérica*. De la importante obra periodística de Pardo Bazán da fe Cecilio Alonso en su obra *Historia de la literatura española. 5 Hacia una literatura nacional 1800-1900* dirigida por José-Carlos Mainer.

En el primer periódico citado anteriormente se creó una sección titulada “Los Lunes de *El Imparcial*”, dedicada únicamente a las noticias literarias, y por supuesto en este apartado colaboró Pardo Bazán formando parte así de la exquisita nómina de colaboradores del periódico dirigido por José Ortega Munilla.

En la segunda revista citada, doña Emilia publicó una serie de artículos de actualidad bajo el epígrafe “La vida contemporánea”. Describe Carmen Bravo-Villasante así los textos que Pardo Bazán escribió para esta revista de renombre:

Permanecen como un documento humano, como un extraordinario documento histórico costumbrista, de tiempos ya pasados. Todos estos artículos están escritos con gran amenidad y mantienen el interés del lector. En muchos de ellos se encierran gérmenes de cuentos, porque ya lo dijo ella muchas veces que la realidad era la gran cantera, una mina inagotable de su cuentística.¹

La actividad, pues, en el ámbito periodístico es de vital relevancia en el transcurso de la obra de la autora. A través de la prensa podía mantener un diálogo con el lector y con su tiempo, a la vez que escribía sobre un amplio abanico temático, el cual incluía política, economía, etc. Podemos vislumbrar a una Emilia que expresa de forma abierta la sexualidad y los deseos de la mujer, como lo hace en novelas tales como *Insolación*. La misma Emilia trata los problemas de la nación de frente, conociéndolos, rebelándose contra ellos y apostando por una España regeneracionista.

Buen ejemplo de esto es la repulsa que la escritora mostraba en sus escritos cuando el tema elegido era la violencia de género. En numerosas crónicas Pardo Bazán fue plasmando su rechazo ante las acciones violentas que las mujeres sufrían a manos de sus cónyuges. Un estudio de Eduardo Ruiz-Ocaña que trata sobre el aumento de este

¹ BRAVO-VILLASANTE, C. *Emilia Pardo Bazán. La vida contemporánea (1896-1915)*. Editorial Magisterio Español. Madrid, 1972, pág.8.

tipo de crímenes nos acerca a la visión pardobazanianana del asunto. Con ello quiere mostrar el autor que este problema que hoy en día es, desgraciadamente, titular en los periódicos e informativos prácticamente a diario, era ya un problema en el siglo XIX tal y como Pardo Bazán reflejaba en sus aportaciones en el apartado de “La vida contemporánea”:

Con razón decía un célebre jurisconsulto que la vida no está protegida; pero debió añadir «en especial la de la mujer». Todo español cree tener sobre la mujer derecho de vida o muerte. Lo mismo da que se trate de su novia, de su amante, de su esposa. Los celos disculpan los más atroces atentados, las venganzas más cruentas; y los que se escandalizan de las barbaridades de la guerra (que al fin tiene un carácter colectivo y de interés general) disculpan esas atrocidades individuales, como si fuese lícito nunca tomarse la justicia por la mano.²

Su patriotismo es, en contra de lo que se puede esperar, nacionalista y no regionalista, aunque siente un gran apego por su Galicia natal. Su posición social también es de gran ayuda a la hora de darse a conocer. Una vez instalada en Madrid, las veladas literarias en su residencia son conocidas por todos los hombres de letras, algunos de los cuales no aceptan su intromisión en un mundo eminentemente masculino, y otros, en cambio, la apoyan y ven su verdadero valor como escritora realista.

La importancia de este tipo de reuniones la conoce la coruñesa ya desde muy joven. Su residencia gallega fue, desde muy temprano, lugar de reuniones literarias tal y como Patiño Eirín refleja en un artículo publicado en la revista *Ínsula*. En dicho trabajo, la autora indica la celebración de unas conocidas veladas literarias que los padres de doña Emilia “organizaban los jueves”³.

En un artículo de Freire López titulado “La obra periodística de Emilia Pardo Bazán”⁴, la estudiosa apunta que Pardo Bazán es más conocida por los lectores a través de la prensa que por su obra novelística. Esto mismo lo vio ya en su momento Pardo Bazán, por lo que desde un primer instante quiso colaborar en periódicos con el fin de darse a conocer, además de ganar un sueldo por su trabajo y conseguir su independencia económica.

La cuestión de la remuneración es otro de sus principales objetivos. Sabemos que cobraba en sus comienzos 25 pesetas por diez cuartillas, guardándose el derecho a reimprimir luego los textos como libro. Cuando ya era una escritora de renombre, a principios del siglo XX, llegó a cobrar 100 pesetas por artículo, sin importar la extensión. Esto se adecua a lo que otros escritores cobraban en el mismo período de tiempo, ya que ella misma, como colaboradora de la revista *La España Moderna*,

² PARDO BAZÁN, E. “La vida contemporánea”. *La Ilustración Artística*, n.º 1740. 3-V-1915, pág. 302.

PATÍÑO EIRÍN, C. “Pardo Bazán en el ángulo oscuro del salón”. *Ínsula*, núm. 738. Junio 2008, págs. 10-12.

⁴ FREIRE LÓPEZ, A. Mª, en *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán: actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento organizadas por la Fundación Pedro Barrié de la Maza*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 2003, págs. 115-132.

escribe a un afamado autor ofreciéndole de 75 a 100 pesetas por un trabajo, dependiendo de su extensión.

Poco a poco, la escritora coruñesa fue logrando su objetivo hasta convertirse en una firma habitual en prensa gallega primeramente. Aun así, no tardó demasiado en dar el paso y pronto fue rúbrica conocida y deseada nacional e internacionalmente. Buena muestra del reconocimiento a su labor periodística es su aparición en el *Ensayo de un catálogo de periodistas del siglo XIX*, obra de Ossorio y Bernard editada en Madrid en el año 1903.

La colaboración de Pardo Bazán con el ámbito periodístico fue una forma también, como ya he apuntado, de adquirir nombradía entre el gran público, al igual que para muchos otros autores del siglo XIX.

Normalmente, se encuentra la firma de doña Emilia en la sección literaria, y ya desde bien joven publica alguna poesía en la prensa gallega en periódicos como el *Almanaque de Galicia* (Lugo), *El Heraldo Gallego* (Ourense) o en el *Diario de Lugo*, entre otros muchos que Ana M^a Freire López expone en el artículo anteriormente citado.

Pero en este momento es necesario destacar la *Revista de Galicia*. Esta revista dirigida por Pardo Bazán es, en palabras de Freire López:

Una revista literaria en el sentido que entonces tenía este adjetivo, con sus secciones de «Crónica literaria», «Crónica científica», «Crónica teatral», «Bibliografía», «Miscelánea», y donde tiene cabida la creación literaria en prosa y verso, ensayos y artículos de erudición sobre diversas materias históricas, literarias, científicas, e incluso el folletín, *Un episodio del terror*, de Alfred de Vigny, que comienza en el número 9.⁵

Esto demuestra que la autora utilizaba el periódico como un instrumento para encauzar su creación literaria, además de, por supuesto, sacar un rendimiento económico de su trabajo. En el caso que aquí compete, concretamente, sus cuentos, se puede deducir sin lugar a dudas, que este género es el ideal para la publicación periódica por su extensión.

Su época más fecunda en cuanto a publicaciones periódicas se refiere fue a partir de agosto de 1887, cuando empieza a colaborar de forma asidua en el periódico más leído en la capital española, *El Imparcial*. Entre los colaboradores de este periódico figuraban nombres tan importantes entonces como Valera, Clarín, Campoamor o Manuel de Palacio, y entre todos ellos una sola mujer, Emilia Pardo Bazán. La escritora se dio cuenta desde el primer momento en que empezó su carrera en las letras de que el reconocimiento vendría cuando compartiese columnas, foros y tribunas en las publicaciones periódicas con sus colegas varones.

Autora también de múltiples crónicas, fue una de las primeras en desempeñar el papel de enviada especial de un periódico para informar de un evento en la ciudad de Roma, algo que refleja la coruñesa en su obra *Mi Romería*.

⁵ FREIRE LÓPEZ, A. M^a. "La Revista de Galicia de Emilia Pardo Bazán (1880)". *Del Romanticismo al Realismo*, DÍAZ LARIOS L. F y E. MIRALLES (eds.), Universitat, Barcelona, 1998, págs. 421-429.

Poseía doña Emilia una gran capacidad para transmitir y comunicar. Esto, junto con su curiosidad intelectual y agilidad mental hacen de la gallega una candidata perfecta para plasmar su visión de lo que le rodea en cualquier periódico en forma de crítica y crónica. Y esto lo sabían bien muchos directores de prensa. Como no puede ser de otro modo, Pardo Bazán escribe numerosas crónicas en diferentes diarios, pero no solo se limita a informar. Con sus crónicas pretende avivar la capacidad crítica del lector. Opuesta a la prensa amarilla, la autora de *La Tribuna* destaca cada vez más en el ámbito periodístico nacional.

Su ansia por mejorar, darse a conocer y ver su trabajo merecidamente valorado la lleva a aumentar sus colaboraciones en publicaciones ajenas, algo que complementó con la edición bajo sus propios auspicios del *Nuevo Teatro Crítico*, una obra con la que pretendía homenajear a Feijoo y proporcionar al lector una revista de crítica que se ocupase de tratar obras y autores nacionales y extranjeros, además de dar buena cuenta de la vida cultural española.

La evolución de la obra periodística de la Condesa es muy notoria desde sus inicios, cuando se podía sentir sujeta al factor del ideario del periódico, hasta el momento en que ya su firma era un bien muy cotizado y la autora escribía lo que quería y donde quería y por supuesto, a su manera. Todos aquellos periódicos o revistas que contaron con la firma de Pardo Bazán ganaron en fama por el simple hecho de dedicar un hueco de su edición a la obra de la coruñesa.

Por todo esto, no es de extrañar que sus colaboraciones abarcasen publicaciones en lenguas extranjeras como lo fue *Les Matinéas Espagnoles*. Sus aportaciones a otros periódicos extranjeros de habla hispana en Buenos Aires son ya conocidas y se está estudiando también su colaboración, hasta ahora desconocida, en una publicación filipina, tal y como Freire López recoge en una entrevista grabada y difundida por la Biblioteca Cervantes Virtual.

Todos estos factores, sumados a la posición de doña Emilia en la élite social y cultural de la capital española en el momento de la creación de *Les Matinéas*, solo acrecientan las posibilidades de que ella fuese una de las colaboradoras en la cabecera que en este trabajo se analiza.

Pero algo que hoy en día parecería muy común, una mujer de letras triunfando como escritora, no lo era tanto en la España del momento. Pardo Bazán vivió en un mundo de hombres y se enfrentó a esta situación defendiendo su trabajo no por ser mujer, sino buscando reconocimiento en el ámbito literario a través de sus obras. De ella se ha dicho “Esta mujer es mucho hombre”, debido a su atrevimiento a la hora de reivindicar lo que creía que merecía. Siempre defendió el feminismo, que tiene su origen en estos tiempos, y aunque su título de Condesa la establecía como perteneciente a la clase alta, nunca despreció ni desmereció a la clase trabajadora, sino todo lo contrario. En muchas de sus obras, los protagonistas eran de clase media-baja e incluso, para conocer mejor el terreno en el que se adentraba en sus obras, ella misma se involucraba en el día a día de sus protagonistas. El caso más claro es el de su novela *La Tribuna*. Durante el tiempo que se dedicó a la escritura de dicha obra, Pardo Bazán

tomó parte en la vida de las cigarreras de la Fábrica de Tabacos coruñesa en cuyas experiencias vitales basaría más tarde esta obra realista. No tuvo, pues, problemas con codearse con diferentes clases sociales y no solo eso, sino que también vivió de primera mano las dificultades de las trabajadoras que perfectamente plasmó en su novela.

Este carácter abierto de la autora no solo se aplica al ámbito social. En su vida íntima, después de separada, también mantuvo relaciones personales con hombres de letras como Galdós. Un comportamiento semejante era impensable y casi inaceptable en una mujer española del momento, pero doña Emilia se impuso a las normas establecidas defendiendo los derechos de la mujer en todos los ámbitos de la vida, no solo en lo concerniente a su trabajo. Así, Pardo Bazán destacó como la escritora por antonomasia dentro del mundo literario masculino.

La influencia de la literatura y la cultura francesa en la escritora son dos aspectos muy destacables a lo largo de toda su vida, tanto personal como profesional. Casada con José Quiroga, realizó viajes periódicos al país galo y una vez rompieron el lazo matrimonial continuó trasladándose de manera regular a varias ciudades francesas con distintos propósitos, como por ejemplo a Vichy, ciudad conocida por las aguas curativas de sus abundantes balnearios, donde la autora se refugió para curar una dolencia hepática. Por supuesto estuvo en París, donde conoció a los artistas y literatos más destacados del momento en los numerosos salones, reuniones que en ese momento eran el punto clave para la inmersión en la alta sociedad y los círculos de cultura.

Destacan entre todos estos encuentros, las veladas en el desván de los hermanos Goncourt, a las que doña Emilia era invitada de manera regular. Su conocimiento de la lengua francesa era completo, tanto que ella misma escribió en francés y se dio a conocer de manera que tanto su persona como su obra llegaron al país vecino de múltiples formas. Una de ellas es la vertiente periodística. Gracias a la prensa se conocieron en Francia artículos y cuentos de la escritora coruñesa, quien aprovechando su dominio de la lengua francesa y sus conocimientos literarios y culturales, fue también una reputada conferenciante en el país vecino.

Por su parte, los cuentos se vendían bien y eso era una realidad tanto en España como en Francia. Carmen Pujante Segura afirma en su tesis, titulada *La novela corta y la "nouvelle" en la primera mitad del siglo XX. Estudio crítico comparado a partir de seis autoras*, que en Francia también se utilizaba la prensa como vía para la publicación de relatos breves. La prueba fehaciente de ello la tenemos en los cuentos hallados en *Les Matinées Espagnoles*.

Así, podemos apreciar cómo en ambas culturas se difunden relatos breves tanto propios como extranjeros, gracias estos últimos a la labor de traducción. Tan importante llega a ser este flujo de mercancía literaria, que se llegó a poner en marcha una política aduanera para exportar e importar trabajos. Es una muestra más de la gran relación que mantenía el mundo editorial franco-español.

Les Matinées espagnoles publica cuentos en lengua francesa tanto textos escritos originalmente en francés otros posteriormente traducidos. Ejemplo de estos últimos son los que en este trabajo analizaré.

La cuestión de las obras traducidas de Emilia Pardo Bazán ha sido estudiada por Nelly Clemessy y Freire López aportando datos de traducciones de la coruñesa al inglés y francés, por supuesto, al alemán, ruso, checo, sueco, polaco e incluso japonés. Cabe destacar que *Los Pazos de Ulloa* aparece siempre como la obra más traducida. Pero no se quedan atrás colaboraciones de prensa como “La mujer española”, artículo publicado en un primer momento en lengua inglesa.

Asimismo, el papel de la traducción cobró gran relevancia en España y Francia, algo que se plasmaría en libros de viajes traducidos a una y otra lengua en los que autores como los Goncourt y Maupassant daban cuenta de sus estancias en la Península Ibérica. Todos ellos más tarde se trasladarían al castellano.

En medio de este ir y venir de intercambios culturales siempre enriquecedores, doña Emilia también destacó como traductora. Su interés por idiomas como el inglés, el alemán o el italiano la colocó casi inmediatamente en el terreno de la traducción.

Durante toda su vida leerá y escribirá en francés, por lo cual está perfectamente capacitada para realizar cualquier traducción español-francés o viceversa. No en vano se conocen muchas de sus traducciones como la de la obra *Los hermanos Zemganno*⁶.

Francisco Lafarga, experto en temas franco-españoles, expone en un artículo en la obra *Tradición y adaptación cultural: España- Francia* algunos de los factores que pueden influir en los traductores. Estos y otros temas serán tratados en apartados sucesivos con la atención requerida.

Así pues, tras hacer patente la relevancia de la faceta periodística de doña Emilia y sus muchas aportaciones a este campo en lengua española y extranjera y su importancia en ambos países, además de la elección del cuento como forma de publicación y objeto de traducción, he decidido centrar el trabajo en traducciones halladas en una cabecera en concreto conocida como *Les Matinées Espagnoles*, tal y como vengo anunciando.

Para dicho fin, he tomado como punto inicial un trabajo de Emilia Pérez Romero titulado “L’Espagne dans les articles d’Emilia Pardo Bazán pour la *Nouvelle Revue Internationale*”. Mi principal punto de apoyo para realizar este trabajo ha sido la página web de la Bibliothèque Nationale de France, llamada Gallica.bnf.fr.

Siguiendo el trabajo de Pérez Romero, en el cual hace referencia a la existencia de hasta una docena de cuentos de Emilia Pardo Bazán traducidos al francés, he de decir que solamente analizaré ocho de esos títulos en el presente trabajo por motivos de espacio. En este punto, la colaboración de Emilia Pérez Romero ha sido de gran ayuda

⁶ ARAGÓN RONSANO, F. *Los hermanos Zemganno* de Edmond de Goncourt, en la traducción de Emilia Pardo Bazán, 1891.

para mí, ya que amablemente me ha facilitado información relacionada con los cuentos que por vía digital no había logrado localizar.

En este momento es ya conocido que Emilia Pardo Bazán fue una colaboradora ocasional en esta publicación francesa, publicación que, a continuación, describiré con más detalle.

2.2 *Les Matinées Espagnoles: Nouvelle Revue Internationale*

Esta cabecera francesa fue una revista de periodicidad quincenal. Su primer número data del 15 de enero de 1883 y se mantuvo con sus características iniciales hasta el número del 30 de mayo de 1888. En ese momento el título de la cabecera pasó a ser *Nouvelle Revue Internationale*, conservando como subtítulo su primera denominación.

A partir de los años 90, este subtítulo desaparecería dejando paso al nuevo título que se mantuvo hasta 1905: *Nouvelle Revue Internationale Européenne*. Finalmente, y como última variante de títulos para la publicación, ésta adoptó como nombre *La Nouvelle Revue Internationale Illustrée*. Aunque no he podido fijar la fecha de desaparición, sí he encontrado ejemplares digitalizados hasta 1909. En sus últimos años y debido al enorme alcance de la revista, se terminó publicando tanto en francés como en inglés.

Este extremo toma relevancia si nos fijamos en la fecha de defunción de su directora, 1902. A partir de su desaparición, la nueva dirección de la publicación será encargada a un tal Raqueni y se nombrará a J.L Brunet como redactor jefe, el cual desempeñará el puesto que hasta su muerte ocupó el republicano Emilio Castelar.

Esta publicación tenía amplios intereses culturales y contó con la colaboración de destacados literatos tanto españoles como franceses. Su directora fue una conocida mujer de letras, aunque más conocida por su intensa vida personal, tanto familiar como íntima. Mme Marie Laetitia de Rute será una figura clave para el desarrollo de esta publicación y a ella le dedicaré un apartado más adelante.

Fijando mi atención en la cabecera que vengo citando, puedo constatar que era una publicación de alto nivel cultural, con temas que abarcaban desde la política y las finanzas hasta el arte y las publicaciones literarias. Debido a su naturaleza, esta revista se dirigía a un público cultivado. Los autores que colaboraban en ella eran de origen español, francés y portugués y, en cada número, en su página principal, aparecía una larga nómina de colaboradores y colaboradoras, separados según su sexo. En esos listados aparecen Clarín, Galdós, Pardo Bazán o Eça de Queiroz, entre otros. Esto no quiere decir que en cada número apareciesen todos los colaboradores de esa edición en concreto, sino que se ocupaban de citar a todos y cada uno de los autores que en algún momento aportaban artículos, cuentos o estudios a la revista. Esto nos indica que la importancia de la misma era muy notoria dentro del ámbito cultural, ya que tomaban parte en ella colaboradores de mucho prestigio en ese momento y que han mantenido su fama a lo largo del tiempo.

Un momento crucial que he encontrado a lo largo de mi rastreo en la cabecera francesa es esa división en la nómina entre colaboradores y colaboradoras. La directora publicó la revista bajo un pseudónimo. El nombre escogido fue M. le Baron Stock. Esta práctica de escritura bajo un nombre falso de género masculino fue algo muy recurrente en la época entre las autoras de ese tiempo. Existe un trabajo de Margot Irvine titulado “Journalisme, cosmopolitisme, féminisme: Les collaboratrices aux *Matinées espagnoles*” del cual solo he logrado localizar el resumen inicial, en el que la autora refleja su intención de estudiar la publicación dirigida por el Baron Stock. En este resumen destaca como principales colaboradoras de Mme de Rute a Camille Delaville, Guiomar Torrezão, Emilia Pardo Bazán y Grazia Pierantoni Mancini, entre otras. Todas ellas, aunque de diferentes nacionalidades, mantienen un punto común y es que defienden posiciones feministas en sus textos.

Estas aportaciones, en la visión de Irvine, promueven la difusión de la literatura de las mujeres fuera de sus fronteras nacionales. Tras numerosos rastreos, consigo ponerme en contacto con la autora de este trabajo y es ella quien me informa de que la totalidad del mismo está siendo editado para su posterior publicación. Amablemente, me ofrece su ayuda para resolver cualquier duda acerca de *Les Matinées* y así me facilita información sobre las relaciones que unían a las mujeres que, de manera más o menos regular, colaboraron con la cabecera francesa.

Como se puede observar, la marca femenina es un punto clave en la cabecera analizada. Por ello, Pardo Bazán encaja perfectamente como una colaboradora ocasional de la misma. Pero esta colaboración no fue casual. En el estudio realizado sobre la biografía de la conocida como “princesa rebelde”, Mme de Rute, he podido saber que a ambas escritoras las unía una gran amistad que comenzó cuando doña Emilia se instaló a la capital española, ya en la década de los 80 y años después de la llegada de Marie Laetitia a Madrid en 1875. Pero, como ya he dicho, esta relación se tratará en el apartado correspondiente.

La publicación se mantuvo activa y se fue expandiendo por todo el mundo, llegando a países como Portugal, EE.UU. y Rusia, entre otros que se citan en las planas de la revista y que van aumentando en número según avanzan los años de publicación. (Vid. Anexos pág 97)

La variación en los títulos atiende a las ansias de abarcar temas de todas las naciones, no solo de las europeas, sino también de otras partes del mundo. La última gran novedad de la publicación fue su variante ilustrada, algo que su fundadora ya no llegó a conocer. El primer ejemplar de la revista con ilustraciones impresas apareció tras su muerte, en el año 1905, tres años después de la muerte de su distinguida fundadora y directora, de la mano de su nuevo director Raqueni y de su redactor jefe J.L Brunet.

Aun así, algún retrato sí aparecía anteriormente en la revista. Así, en una biografía de Emilia Pardo Bazán publicada en *Les Matinées Espagnoles* y que data de 1884, existe una nota que aclara que, por un problema de última hora, el retrato que debía acompañar a la biografía no se ha podido incluir, por lo que la imagen de doña Emilia aparecería en el número siguiente.

Una idea que me pareció francamente interesante es la elección y redacción de textos que se publicarían en la revista. La imagen que se pretendía transmitir a los lectores era capital a la hora de seleccionar los textos, ya que, como suele ocurrir en estos casos, España tenía una parte de entusiastas que veían a nuestro país como “bello y heroico”, en palabras de Pérez Romero, y otra de los detractores que solo se fijaban en la tradición taurina, los gitanos y los ladrones. Por ejemplo, en el artículo titulado “Sesión flamenca” publicado en la revista en el año 1886, en los números 4 y 5 que abarcan del 15 al 22 de febrero en las páginas 81-85, Pardo Bazán pone de relieve las costumbres del baile y cultura flamenca, pero de manera que fija un estereotipo que todo extranjero entiende por español. A finales del siglo XIX el flamenco goza de una época dorada, algo que Pérez Romero ya había comentado en su trabajo, y la escritora gallega así quiere dejarlo plasmado en dicho artículo, pero con un fuerte ímpetu por mostrar que esa cultura tan española, y sobre todo andaluza, no era propia de personas de baja moral o condición social, sino que simplemente era una muestra más de folclore popular español.

Esta forma de elaborar la revista, con una temática dirigida a un tipo de lector en concreto que tenía unas expectativas sobre aquello que iba a encontrar en la publicación, entraría en juego a la hora de escoger los cuentos que doña Emilia publicó en esta cabecera. Su obra cuentística es demasiado ingente como para escogerlos al azar. Es posible que la temática tan variada que los cuentos hallados poseen no sea fruto de ese azar, sino que su cosmopolitismo sería una manera de reflejar la forma de escribir de la autora, subrayando su capacidad para tratar diferentes temas con una maestría propia de una distinguidísima escritora como lo fue Pardo Bazán.

Les Matinées Espagnoles fue una revista que tenía un coste 3.50 francos en sus inicios, un precio que fue disminuyendo con el paso de los años hasta establecer 1 franco como precio por cada ejemplar.

Como se ha visto hasta ahora, el personaje de la mujer fundadora y directora de la revista ha ido intrínsecamente ligado a la propia publicación. Por ello, creo pertinente ahondar un poco más en la fascinante biografía de la princesa Ratazzi.

2.3 La fundadora, Mme. Marie Laetitia de Rute

En un trabajo de Francisco Miguel Aránega Castilla y José Antonio Serrano García, licenciados ambos en Humanidades por la Universidad de Jaén, he encontrado una amplia biografía de Mme de Rute que me ha servido como referencia y guía a la hora de explicar la creación y configuración de la revista *Les Matinées Espagnoles*.

Asimismo, en dicho trabajo, he conseguido encontrar las pistas que me han ayudado a la hora de discernir el origen de la colaboración de Emilia Pardo Bazán en esta publicación. Por todos es conocido que la autora de *La Quimera* era rúbrica anhelada en la mayoría de publicaciones periódicas, pero en este estudio en concreto, con más motivo cabe la indagación en las razones que llevaron a la gallega a colaborar con la publicación de Mme de Rute.

Pues bien, la conocida como la “princesa rebelde” nació el 25 de abril de 1831 en Waterford, en la parte de Irlanda que pertenecía al Reino Unido en aquel momento.

Tuvo tres matrimonios por los que adquirió sucesivamente los títulos de princesa de Solms, Madame Urbano Ratazzi, y Señora de Rute en última instancia.

Su interesante historia comienza con su madre, perteneciente a la familia Bonaparte, puesto que era la nieta de Napoleón I. Conocida como Laetitia Bonaparte, se casó a los 17 años con un importante político llamado Sir Thomas Wyse. Este matrimonio no tuvo una bonita historia y terminó con el intento de suicidio de la esposa arrojándose a un río conocido como Serpentine. Pero la tragedia no llegó a su fin, ya que la mujer fue rescatada por un capitán conocido como John Hodgson, quien posteriormente la convertiría en su amante. Fruto de esta unión nacieron cuatro hijos y de ellos la pequeña sería la fundadora de la revista analizada. Algo extraño ocurrió con los apellidos de los infantes que, por causas desconocidas, mantuvieron el apellido Bonaparte-Wyse. Una de las teorías que se sustentan al respecto es que la madre intentaría mantener una relevancia social para sus descendientes, algo que esos apellidos obviamente les proporcionarían. Esto no pareció bien a los Bonaparte, por lo que la familia de esta escritora se vería una y otra vez resignada al exilio. Las continuas disputas y las idas y venidas de Laetitia así lo demuestran a lo largo de su vida.

Poco se conoce de la infancia de Mme de Rute, solamente lo que ella misma indicó en sus *Memorias*, en las que describe su niñez como feliz y arropada por el cariño de su madre. En este punto, resultó de gran ayuda un artículo hallado en la afamada publicación decimonónica *La España Moderna* titulado “Apuntes para mis memorias”, firmado por Marie Laetitia de Rute en abril de 1889. Aquí se puede ver el gran amor que profesaba hacia su madre, quien no solo le otorgaba el cariño propio de una progenitora, sino que también cultivaba el ingenio y saciaba las ansias del saber y del conocimiento de la pequeña Marie Laetitia. Desde niña tuvo una mente abierta y soñadora y destacó su interés por las letras. Socialmente, se codeó con personajes destacados de su época y tuvo como maestra a Juliette Récamier, mujer adinerada de la alta sociedad parisina.

Su primer matrimonio con un acaudalado burgués de Estrasburgo, que le doblaba la edad, se celebró en 1848 en la ciudad de París. Su nombre era Friedrich Joseph zu Solms y tenía el título de conde. Este matrimonio no duró demasiado y tras el nombramiento de Napoleón III, Marie Laetitia pierde el apellido por ser extranjera y casada con un extranjero. La joven se quedó sola y pasaba las horas con sus libros y compartiendo su tiempo con las visitas que acudían a sus veladas de poesía.

Más tarde, tras su destierro, se asentó en la región de Aix-les-Bains, al sur de Francia, lugar en el que continuó con su costumbre de hacer de su residencia una gran corte en la que las celebridades culturales y literarias del lugar realizaban encuentros para hablar de arte, literatura o política. Estas reuniones en Francia fueron conocidas como “los salones”.

Los llamados desde el siglo XVIII *salonniers* eran los asistentes a dichas juntas y en ellas tomaron parte escritores como Pardo Bazán, políticos y hombres de la alta sociedad francesa y del extranjero. Esta costumbre se fue asentando también en nuestro país y la escritora coruñesa formó parte de estas reuniones desde muy joven, ya en la casa familiar de sus padres. Con el paso de los años, Pardo Bazán se convirtió en una de las más grandes anfitrionas de este tipo de actos en su residencia de la capital española y, por supuesto, asistente a los diferentes salones celebrados tanto en España como en la capital francesa.

Ángeles Ezama Gil estudia en uno de sus trabajos⁷ la faceta de doña Emilia como cronista de salones, algo que la propia Pardo Bazán nunca reconoció.

A estos salones sería invitada personalmente por la princesa Ratazzi a compartir lecturas e impresiones con otros autores tan destacados como Dumas o Renan en su salón del Boulevard Poissonière. Lo mismo ocurriría una vez asentada la princesa Ratazzi en Madrid; doña Emilia ocuparía un lugar especial en su lista de invitados.

Aunque en 1860 regresa de nuevo a París, la princesa es expulsada por segunda vez dos años más tarde, esta vez con destino a Turín. En este momento, su todavía marido del que se había separado por desavenencias conyugales, enfermo, vuelve a su lado por el mero interés de no perecer solo en el año 1863. Ella, poco después del deceso de su cónyuge, se casa con Urbano Pio Ratazzi, un prestigioso hombre de Estado italiano.

El interés de la “princesa rebelde” por mostrar allá donde va las novedades de la vida cultural la lleva a reeditar la revista *Les Matinées d’Aix-les-Bains* y fundar una nueva publicación con las mismas características y bajo el título de *Les Matinées Italiennes*, en 1865.

Años después, en 1873, muere su segundo marido, Urbano Ratazzi, con el que ya tiene una hija, Isabel Roma. Tras este trágico suceso, las dos mujeres se instalan en París, pero nuevamente, debido a las enemistades que allí encuentran, ambas deciden trasladarse a España, país en el que permanecerán durante largas temporadas.

Finalmente, madre e hija se instalan en la capital española en el año 1875. Buena muestra de que estos viajes fueron continuados se refleja en un poema que llevaba por título *Los inundados de Murcia*, publicado en *El Imparcial* del 21 de diciembre de 1879 bajo la autoría de esta fémina tan reconocida. La llegada a nuestro país de la directora de *Les Matinées* y su pequeña Isabel fue noticia en los principales periódicos españoles, que se hicieron eco del acontecimiento de manera respetuosa por ser viuda de Ratazzi.

Enseguida hace amistad con importantes políticos como Cánovas, Sagasta y, el más importante para este trabajo, el republicano Castelar, futuro redactor jefe de *Les Matinées Espagnoles*. Todos estos y otros contactos que la dama francesa consiguió en nuestro país no fueron fruto de la coincidencia en la mayoría de los casos. Mujer experimentada en el ámbito social y cultural, acostumbrada a moverse dentro de las más

⁷ EZAMA GIL, A. “Emilia Pardo Bazán revistera de salones: Datos para una historia de la crónica de sociedad”. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. 2007.

altas esferas en otros lugares, la todavía considerada como Mme Ratazzi, obtuvo el respeto y consideración de las mejores amistades y compañías. Ella misma lo confiesa en sus “Apuntes para mis Memorias” citados anteriormente y publicados en *La España Moderna*. En palabras de la propia autora en una conversación que mantiene con una de sus visitas poco después de haberse casado por primera vez describe su inquietud por mezclarse y codearse con los grandes intelectuales del momento:

Escribir listas que después guardaba en los cajones de mi mesa. Un día las saqué para enseñárselas a la Princesa de Lieven, que había venido á visitarme, y me preguntó qué papeles eran aquéllos. “Señora”- le respondí,- “son los nombres de mis amigos.” -¿Tus amigos, hija mía? ¿Tan jovencita, acabada de salir del convento, y ya relacionada con las personas más eminentes y célebres de Francia? Pero en fin, no me asombro tanto de eso, como de que los amigos tuyos, que también son los míos, se lo hayan tenido tan callado, y no me dijese palabra de una niña tan simpática y graciosa.”-“Señora”- advertí,- “es que todavía no les conozco; pero son mis amigos ya, porque quiero que lo sean, y porque he de merecer el título de amiga suya.”

Por supuesto, si hay que destacar una amistad en concreto, está claro que Emilia Pardo Bazán representa una de las más importantes dentro del círculo literario español, como después se verá.

Nuevamente, una vez asentada en su residencia madrileña, la viuda de Ratazzi organiza en su nuevo hogar numerosas veladas poéticas y fiestas de las que se hacían eco todos los periódicos y de las que he podido hallar documentación escrita. En concreto, he encontrado un artículo del cronista de salones Monte-Cristo, en el diario *ABC* del 29 de mayo de 1932, en el que hablaba de la fama de los salones de Mme. de Rute, en un apartado titulado “*Crónicas de París. El salón. Ante un retrato*”. Aquí, el autor describe a la viuda de Ratazzi como:

Aquella dama vestida de negro, de altiva y elegante presencia, que llevaba un guante de color ámbar en una de las manos... “La dama del guante”.

En este mismo artículo se cita el tercer matrimonio de la mujer con el político Luis de Rute, descrito por el autor como un hombre “joven e inteligente”.

Continúa Monte-Cristo⁸ describiendo los salones de Mme. de Rute:

Las fiestas brillantes, dadas en el antiguo palacio de Altamira (calle de la Flor), por la egregia dama, a las que concurrían el insigne orador ex presidente de la República española D. Emilio Castelar y otras personalidades literarias, políticas y sociales, entre las que se destacaban la marquesa de la Laguna y la eminente autora de *Morriña*, Emilia Pardo Bazán⁹.

Unas líneas más abajo, en un francés no todo lo riguroso que cabe esperar y que impide la correcta comprensión de las palabras de Mme de Rute, el autor cita una carta de la francesa en la que invita al cronista Escalera a una de sus veladas. Un dato curioso

⁸ Pseudónimo utilizado por el cronista de salones Rodríguez de la Escalera.

⁹ Monte-Cristo también le dedica alguna crónica en *Los salones de Madrid*.

referente a las reuniones en casa de Marie Laetitia y al que se hace referencia en este artículo, y más concretamente, en la carta que Monte- Cristo transcribe en él y de la cual vengo hablando, es la presencia eminentemente masculina. Ninguna mujer era invitada salvo Emilia Pardo Bazán. La explicación, según palabras de la señora de Rute, es que considera que debe dividir a sus invitados según el talante de la reunión en cuestión. Por un lado, están las reuniones a las que la autora de *Insolación* acudía junto a los principales políticos y hombres de letras de finales del XIX. Por otro, aquellas reuniones a las que asistían mujeres de diversa índole, esposas de estos últimos, por ejemplo, que eran asistentes más apropiadas para la conversación banal y la distracción insustancial.

De este tipo de afirmaciones se puede deducir que la *Ratazzi*, como era conocida entonces aunque ya se había casado con Luis de Rute, tenía en gran estima intelectual a doña Emilia, además de considerarla como un personaje imprescindible en sus salones, sin importar el tema tratado. Así pues, esto indica que Mme de Rute veía las reuniones con señoras (a excepción de Pardo Bazán) poco productivas para sus fines intelectuales y dejaba a un lado las reuniones femeninas por considerarlas más lúdicas que culturalmente productivas.

La relación entre Mme de Rute y Pardo Bazán no hizo sino aumentar en reencuentros y alabanzas mutuas. Doña Emilia incluso leyó parte de una obra de su amiga en una velada literaria que recogió el *Heraldo de Madrid* el 21 de enero de 1900.

Es en 1881, junto a su último marido, Luis de Rute, cuando comienza el plan de editar *Les Matinées Espagnoles* siguiendo su tradición de crear allí donde va.

Este matrimonio tuvo una hija que murió de forma trágica en un accidente y es nuevamente aquí cuando Emilia Pardo Bazán entra en contacto con Mme de Rute para dedicarle unas palabras a la pequeña fallecida:

Lola no se distinguía de la mayor parte de las criaturas de su edad más que en el ensortijado y diáfano pelito de oro; riendo parecía un serafín. (PARDO BAZÁN, E. “Una Cara Memoria. Luis de Rute”, *El Liberal*, núm. 3.608, 25 de abril de 1889, pág.1)

Los últimos años de la “princesa rebelde” se caracterizaron por catástrofes personales y aquí, nuevamente, su amiga, Emilia Pardo Bazán, toma la palabra para describir el estado de Mme de Rute en el mismo artículo citado de *El Liberal*.

Tras la muerte de su marido regresa a París, pero no se olvida de sus amistades españolas y durante algún tiempo continúa asistiendo a banquetes con personalidades de alto rango. Ya enferma, con una sordera irreversible y una ceguera fruto de su muy temprana miopía, el número de reuniones en el domicilio de la princesa, al igual que el número de invitados a los mismos, se reducen considerablemente, entre otras cosas, porque con una sordera como la que sufre la autora de *Portugal a vista de pájaro* es imposible que cualquier conversación sea mínimamente factible. Aun así, mantiene relación con Pardo Bazán hasta el fin de sus días, en 1902. El 6 de enero de ese mismo año muere en París y será enterrada en el panteón familiar de Aix-les-Bains junto a su hija.

Doña Emilia, unos meses después de la muerte de su amiga, le dedica un artículo en *La Ilustración Artística* de Barcelona en el apartado titulado *La vida Contemporánea*. A él me referiré en los anexos finales (Vid. Anexos, pág. 100)

Así pues, tras esta pequeña incursión en la biografía de la fundadora de la revista en la que Emilia Pardo Bazán colaboró de forma ocasional, me dispongo a tratar los textos que conforman el núcleo de análisis de este trabajo. El estudio realizado de dicha biografía me parece harto importante a la hora de esclarecer la relación, que se mantuvo hasta la muerte de la francesa entre la directora de la revista que firmó bajo el pseudónimo de M. Le Baron Stock y la autora de *Los Pazos de Ulloa*, así como para determinar su aportación a *Les Matinées Espagnoles*.

3. LOS TEXTOS

De entre toda la ingente obra cuentística, 627 relatos hasta ahora documentados, de Emilia Pardo Bazán no resulta tarea sencilla escoger qué textos son adecuados para su publicación en una cabecera como *Les Matinées Espagnoles*. Tal y como he venido citando, dicha revista fue dirigida desde sus inicios hacia un público culto y selecto, nacional e internacional, que se perfiló como cliente fiel con el paso del tiempo a esa forma de informar y entretener al lector.

Por ello, cuando doña Emilia comienza sus colaboraciones con M. le Baron Stock, lo hace con un cuento titulado *Le Petit-fils du Cid*. La aparición de dicho relato ha sido estudiada por Emilia Pérez Romero como una creación por parte de la autora gallega en exclusiva para la publicación francesa. De esta teoría me ocuparé más adelante, pero ya deja entrever el nivel de implicación que Pardo Bazán alcanzó con la citada cabecera.

Como decía, la extensa obra cuentística de doña Emilia hace de la selección de los textos que se publicarán en *Les Matinées* una ardua tarea que se tendrá que llevar a cabo siguiendo los criterios establecidos por la propia directora y contando siempre con la opinión de su redactor jefe, Emilio Castelar.

La multiplicidad de temas, la diversidad en cuanto a personajes o la extensión más o menos larga del propio relato serán algunos de los factores que se tendrían que tener en cuenta a la hora de seleccionar un cuento u otro. Pues bien, dicho proceso no resulta nada fácil por varios motivos, entre los cuales destaca la implicación lingüística del gallego.

Mme de Rute no solo tendría que elegir un relato en cuanto a su temática, sino también seleccionar aquellos textos que, con su riqueza léxica, ofreciesen al lector una muestra de las diferentes culturas que en un mismo país podían existir.

Claramente, en la obra de Pardo Bazán, ya sean novelas o cuentos, se refleja de forma recurrente el influjo gallego en su léxico, en la elección de personajes y paisajes... Por ello, en algunos de los cuentos que aquí se analizan, se puede observar cómo los traductores han dejado intactos ciertos vocablos propios del habla gallega,

simplemente destacándolos a nivel tipográfico en cursiva, bien por no conocer equivalencia en el idioma de recepción de dichas palabras, bien por conservar el talante, entonces regional, que ese tipo de léxico aportaba a la totalidad del cuento. Un lector gallego apreciaría especialmente ese guiño a su cultura cuando leyese a Pardo Bazán en un periódico de la época, así como un lector extranjero podría apreciar la diversidad de posibilidades culturales que nuestro país ofrecía. No en vano otras obras de la escritora coruñesa fueron publicadas cuando su temática era bien diferente. Buen ejemplo de ello es el artículo titulado “Sesión flamenca”, el cual, como se verá más adelante, presenta otro rasgo cultural español radicalmente opuesto al ofrecido en los cuentos seleccionados para el corpus de este trabajo.

Así pues, en primer lugar haré una pequeña lista de los textos hallados y más tarde analizaré sus contenidos, rasgos estilísticos y fidelidad de la traducción.

Los títulos que he localizado en cuanto a relatos se refiere, acompañados del año de aparición en la revista francesa, son los siguientes:

- *Nieto del Cid (Le Petit-fils du Cid)* (1883)
- *Travesura Pontificia (Espèglerie pontificale)* (1890)
- *Cuento de Navidad (Conte de Noël)* (1900)
- *Santiago el mudo (Santiago Le muet)* (1900)
- *La niña mártir (L'enfant martyre)* (1900)
- *Primer amor (Premier amour)* (1900)
- *Temprano y con sol (De bonne heure et au soleil)* (1900)
- *Remordimiento (Remords)* (1900)

Además, en la búsqueda de estos títulos que acabo de referir, he hallado artículos de la autora y sobre ella traducidos al francés, textos que adquirieron mucha fama en nuestro país y que se tomaron para formar parte de esta revista debido a su relevancia política, cultural y social. Destaca aquí una biografía de la autora, en la que no aparece firma alguna que nos ayude a conocer su autoría, publicada en la cabecera en el año 1884, algo que, por supuesto, indica la gran importancia que Pardo Bazán tenía dentro de la publicación en cuestión. No en vano, en una nota al pie encontrada en el artículo titulado “La dynastie espagnole et la Reine régente” firmado por doña Emilia y publicado en la revista en el año 1898, se cita que dicho texto está sustituyendo al trabajo que Emilio Castelar publicaba en la sección de crónicas políticas de manera regular. Esta nota al pie pone de relieve que Pardo Bazán es una pluma tan autorizada como la de Castelar y la define como una de las escritoras más célebres del momento. Incluso el editor se permite realizar un juego de palabras con el nombre de ambos autores españoles en la nota aducida

Pour cette fois, Dona Emilo remplacera Don Emilio. Ces deux noms sont aussi chers l'un que l'autre, non seulement en Espagne, mais à toute l'Europe.¹⁰

¹⁰PARDO BAZÁN, E. “La Dynastie espagnole et la Reine régente. *Nouvelle Revue Internationale*”. Números 3 y 4. Deuxième semestre. Madrid, 1898, pág 11.

A continuación enmarcaré aquellos títulos de los artículos y demás textos de y sobre Pardo Bazán hallados durante el rastreo, a los cuales me referiré brevemente en un apéndice posterior:

- “Biografía sobre Emilia Pardo Bazán” (1884)
- “La mujer española” (“Autour des femmes espagnoles”) (1890)
- “Notas de la obra *Souvenirs d’Antan*” (1892)
- “La guerra” (“La guerre”) (1898)
- “La dinastía española y la Reina regente” (“La dynastie espagnole et la Reine régente”) (1898)
- “Le mouvement littéraire” (1900)

Otros dos títulos como son la novela *L’Oracle des Sorcières* y el artículo “Sesión flamenca” han aparecido también en el transcurso de esta búsqueda. El primero de ellos es una novela que en español lleva por título *El Saludo de las Brujas*, obra que se publicó en el año 1898 y que apareció en la revista francesa conforme a las costumbres de la época, por capítulos y en diferentes números. El segundo es una descripción del arte flamenco en el que Pardo Bazán refleja el baile y la cultura de los personajes que viven de, por y para esta danza.

Es aquí, en este texto dedicado a la cultura flamenca, donde se puede situar la comparación con los relatos que doña Emilia publicó en la cabecera francesa dirigida por Mme de Rute en cuanto a temática se refiere.

Si bien los cuentos reflejan perfectamente la cultura gallega a través de su léxico, sus paisajes o sus personajes, este artículo pretende lo mismo con una cultura totalmente diferente a la primera y, sin embargo, pertenecientes ambas al paradigma español.

En momentos como este, se puede apreciar perfectamente la intención de dar cuenta en la revista de todos los aspectos relacionados con España, y ofrecer la posibilidad de que ésta sea conocida más allá de las fronteras, respetando, eso sí, las expectativas que el lector tenía sobre la publicación en cuestión.

Pardo Bazán escribió como quiso, donde quiso y siempre a su manera, pero este hecho no impidió que en ocasiones tuviese que adaptarse a unas pequeñas normas que ciertos periódicos o revistas podían imponerle. Ella, en la medida que su carácter y convicciones le permitían, redactaba sus aportaciones dentro de las reglas establecidas, aunque sin dejar de plasmar en pequeños detalles esa escritura palpitante tan suya. Así, en los cuentos escogidos para su publicación en *Les Matinéés* se puede ver reflejada una sociedad tanto rural como urbana, religiosa, que vive situaciones de amor y desamor, con personajes de todas las clases sociales... Por su parte, en el texto titulado “Sesión flamenca”, la autora de *La Tribuna* expone una visión muy conocida de la cultura andaluza, que, por otra parte, es la reconocida mundialmente como española. La autora gallega quiere mostrar aquí que el flamenco no es ocio dedicado a personas de clase social baja, sino que es más bien un espectáculo del que gozan las mujeres más

distinguidas de España, a la vez que cada representación se convierte en una buena ocasión para reunirse y disfrutar de un espectáculo ameno en el que para nada existen tintes de bajeza cultural.

Con todo esto quiero aclarar que el conjunto de todo el corpus estudiado en este trabajo ofrece al lector extranjero una visión variada de todo el panorama cultural español. No solo una faceta festiva, taurina, flamenca, sino también una nación religiosa, como por ejemplo en cuentos como *Conte de Noël* o *Espièglerie pontificale*, personajes que sufren, que pueden enamorarse, que son fieles...

Toda esta variedad temática será analizada posteriormente aclarando así el influjo de todas las variantes culturales que podía ofrecer España al lector extranjero.

Los dos últimos documentos citados (“Sesión flamenca” y *L’Oracle des Sorcières*) no formarán parte de este trabajo por motivos de espacio, no obstante quiero dejar constancia de su puntual hallazgo y de que se han tenido en cuenta para la elaboración del presente estudio.

3.1 Temas y contenidos de los cuentos

El amplio abanico de temas que los cuentos de doña Emilia nos ofrece es perfectamente visible en esta publicación. El corpus de más de 600 cuentos de doña Emilia se ve en la cabecera francesa reducido a una docena de títulos, tal y como refiere Pérez Romero en su trabajo¹¹, aunque yo solo he utilizado para mi estudio ocho de esos títulos. En cualquier caso, todos los títulos hallados son más que suficientes como para contemplar una paleta temática y estilística más que representativa. Así, los lectores franceses tuvieron un buen sentido de la literatura pardobazaniana.

Comenzando el análisis temático de cada cuento de forma particular, en primer lugar presentaré el relato titulado *Nieto del Cid* (*Le Petit-Fils du Cid*) publicado en la revista en el año 1883.

La acción es protagonizada por un joven llamado Javier que vive con su tío sacerdote y una criada. Una noche están los dos, tío y sobrino, cenando con los empleados del hogar, cuando su banquete se ve perturbado por el asalto de un grupo de ladrones. El cura y Javier se defienden del ataque pero el joven es herido en el combate.

En ese momento, el sacerdote se queda solo ante los atacantes mientras que su sobrino corre a buscar la ayuda de la Guardia Civil. Cuando éste regresa con los agentes ya es demasiado tarde. Su tío había caído acribillado y él, a causa del balazo recibido, queda manco de por vida.

En este caso, el tema es la valentía del hombre ante el ataque de su propiedad, una valentía que tiene consecuencias funestas. Asimismo, y como veremos con cada uno de los cuentos, la situación y los personajes son un reflejo de una parte de la sociedad, tanto española como gallega. En este caso el protagonista es un sacerdote,

¹¹ PÉREZ ROMERO, E. “L’Espagne dans les articles d’Emilia Pardo Bazán pour la *Nouvelle Revue Internationale*”. *La culture de l’autre : l’enseignement des langues à l’Université* - Actes. 2010.

cabeza de un hogar en el que cría a un familiar menor, en este caso un sobrino, con la ayuda de los criados.

El segundo lugar cronológico de la lista lo ocupa el cuento titulado *Travesura Pontificia* (*Espièglerie pontificale*) publicado en español en 1890 en la revista *La España Moderna*. En este relato, la autora propone como protagonistas por un lado a la máxima figura de la Iglesia, el Papa, y por otro, a uno de sus feligreses, llamado Inocencio Pavón. Este último fue nombrado embajador en unas pequeñas y remotas regiones de Hispanoamérica en las que el joven realizó su cometido de manera demasiado concienzuda. Cada vez que daba un informe de la situación de sus regiones o daba solución a los problemas que en ellas acaecían, Pavón se ganaba una condecoración papal. Pero llegado un punto en el cual el fiel misionero no tenía sitio en el pecho ya para más reconocimientos y al Papa se le habían terminado también, éste decidió obsequiar a Inocencio con una tabaquera muy lujosa que el pobre Pavón también se colgó al cuello. Cuando el Papa vio esto, además de hacerle gracia, tuvo que ingeniárselas para buscar un nuevo presente como reconocimiento por su labor como embajador. Pero esta vez no podría ser algo que el muchacho pudiese llevar encima. Así que buscó una consola con las réplicas de los mayores monumentos de la humanidad, de tal forma que era imposible transportarla a cuestas. Finalmente, el cuento termina con el interrogante de qué hará el vicario si Pavón le pregunta cómo se ha de colgar el presente de Su Santidad.

El tema en esta ocasión cambia radicalmente con respecto al primero. Se presenta esta vez una imagen de la Iglesia totalmente relajada, amable, cercana e incluso bromista. Lejos de la idea que se podía tener de los religiosos de la época, como un grupo de hombres serios, sin ápice de alegría y con una vida sumida en el obscurantismo, aquí se presenta al Papa como un hombre de fe que simplemente quiere divertirse, desde el respeto, con uno de sus fieles.

En tercer lugar está el *Cuento de Navidad* (*Conte de Noël*). Este relato fue publicado en *La Ilustración Artística* en el año 1911 y tiene como tema principal el amor, pero el amor reflejado desde dos puntos de vista diferentes. Por un lado está la madre de Fernando, que representa el amor maternal, el más grande del mundo. Por otro, está el amor de la madre por la figura de Dios, en quien confía para sanar a su hijo con poca salud. Nuevamente el tema religioso ocupa las líneas del relato, aunque en esta ocasión comparte protagonismo con el amor maternofilial.

Se relata aquí la historia de Fernandito, un niño enfermo crónico y su mayor apoyo, su madre, quien representa en esta historia el amor más incondicional amor. El pobre niño sufrió mucho con los posibles remedios que con él y con su cuerpo todos los médicos experimentaron, llegando al extremo de azotarlo para intentar estimular su sistema nervioso. Puesto que nada funcionaba, su madre se encomendó a Dios, a quien le pidió un alma para su hijo y así conseguir que sintiese algo. Para tal labor, su madre se dedicó durante mucho tiempo, y siempre en los meses cercanos a la Navidad, a trabajar en una de las habitaciones de la casa que ni ella ni su hijo frecuentaban.

Durante ese tiempo, gente y operarios de todo tipo entraban y salían de la casa y por fin, el día de Nochebuena a medianoche, la madre cogió a Fernando y lo llevó a ver el nacimiento de Dios, que era lo que había estado preparando en esa misteriosa habitación. Con tanto trabajo consiguió esa madre por fin que su hijo sintiese algo, la belleza de un bebé recién nacido, su niño Jesús en la cuna.

El cuarto lugar lo ocupa el siguiente relato titulado *Santiago el Mudo* (*Santiago Le muet*) publicado en *Les Matinéés* en el año 1900. En esta ocasión, Pardo Bazán toma como protagonista a un joven muy introvertido, que apenas pronuncia palabra y trabaja como sirviente en el Pazo Quindoiro. Vive solo después de que sus hermanos emigrasen buscando un futuro mejor a Buenos Aires. Él prefirió quedarse en su amado pazo, lugar en el que, de vez en cuando, recibía la visita de su querido amo Raimundo. Este joven sirviente pertenece a la clase social baja y representa la imagen de una Galicia rural en la que los grandes señoríos permanecían todavía vigentes. A su vez, el papel que toman sus hermanos emigrados pone de relieve una situación que la sociedad gallega vivió muy intensamente como fue el fenómeno migratorio de un gran número de personas que se vieron obligadas a dejar su tierra natal en busca de una mejora económica y laboral.

El contrapunto a este gran conjunto de personas que vio en la emigración su único recurso lo establece el amo de Santiago, Raimundo. Es un noble adinerado, con buena posición social y ninguna preocupación económica gracias a las herencias familiares, que no a su propio trabajo. El señorito trataba muy mal a su criado, hasta que una noche se llevó a una dama a sus aposentos con la ayuda de Santiago. Por la mañana, salta la alarma cuando el joven le comunica a su sirviente que ha matado a su acompañante. Santiago, lejos de juzgarle, como buen amigo, más que criado, le ayuda a deshacerse del cadáver y de todas las pruebas que pueden incriminarle como asesino.

Cinco años se pasó Raimundo sin volver por el pazo y cuando lo hace, aunque Santiago le asegura que ya no queda ni rastro del suceso, el señorito decide que algo sí queda, Santiago. Por ello, le da dinero y lo envía a Buenos Aires con sus hermanos. El fiel criado acata la decisión tomada por su amo y parte muy triste, mientras que Raimundo continúa con su vida y visita el pazo de manera asidua con su nueva esposa e hijas.

Aquí la temática ya no es la misma. Ahora nos encontramos ante un relato con el tema de la fidelidad entre amo y sirviente, algo claramente diferenciado del cuento cuyo argumento fue tratado en primera instancia, *Nieto del Cid*, en el que el papel de los sirvientes era única y exclusivamente el de ocuparse de las tareas domésticas. En ningún momento, en dicho cuento se hace referencia a la fidelidad de los criados hacia su señor (alguno podría haber salido en su ayuda frente al ataque de los bandidos en lugar de ocultarse para no ser lastimados), simplemente se presentan como personajes que desempeñan una labor en la casa sin mayor relevancia narrativa.

En el quinto lugar de la nómina está *La niña mártir* (*L'enfant martyre*). Este es uno de mis relatos favoritos. En él, doña Emilia presenta un personaje infantil, perteneciente a una familia adinerada que la colma de atenciones desde su mismo nacimiento. De salud débil, la niña vive un calvario.

Cuidadores y médicos la vigilan día y noche, cada comida, cada paso, cada ropa, cada hora de sueño es supervisada. Incluso cuando la llevan a la playa para meterse en el agua, lo hace una sola vez y con ayuda de un cuidador.

Toda esta dedicación no le evita una muerte temprana ni todo su sufrimiento, sino que solo consigue limitarla y no le permite disfrutar de la breve vida que le espera.

El tema en esta ocasión es la prueba de una realidad que, aun hoy en día está presente, y es la idea de que el dinero no puede arreglarlo todo y que, por muy afortunado que uno sea económicamente, si no tiene salud, no tiene nada. Además, este cuento puede interpretarse como una crítica a las familias de la alta sociedad que protegen demasiado a sus infantes, hasta el punto de que les impiden vivir su propia vida. Esa niña hubiese disfrutado más si le hubiesen dado permiso para salir ella sola a jugar como una más. Su final no habría cambiado, pero el camino habría sido, desde luego, mucho más ameno.

En sexta posición se encuentra el título *Primer amor* (*Premier amour*) aparecido en la revista en el año 1900, momento en el que más títulos cuentísticos de Pardo Bazán se recogen en la revista. En este relato, Pardo Bazán cuenta la historia de un joven que sufrió su primer enamoramiento a través de una foto que le robó, tras muchos intentos fallidos, a su tía de uno de los cajones de su habitación. Quedó fascinado por la belleza de aquella dama hasta el punto de que enfermó de amor. El joven vivía con sus padres y su tía, una señora muy religiosa, ya mayor y a la que él ve como un ser horrendo. Tras mucho padecimiento, un día consigue el retrato para él y su disfrute personal, pero entonces cae desmayado a causa de la inanición que lo ataca.

Cuando se despierta entre las miradas preocupadas de sus progenitores y de su tía, ésta le intenta arrebatar la foto para no estropearla y poder guardar así un recuerdo de belleza juvenil. El joven cae nuevamente desmayado a causa del horror cuando es consciente de que aquella fotografía que tanto había anhelado no es más que el retrato de juventud de su tía. Aquella fémica grotesca que él veía todos los días era la persona de la que se había enamorado a través de la fotografía. Su desmayo fue la reacción ante el rechazo que su cuerpo y su mente ante aquel hecho.

El tema aquí es el amor, y es en primera instancia, el que parece capital en el relato. Pero la transcendencia del cuento va más allá, haciendo del texto una reflexión de lo efímero de la belleza y el desgaste provocado por el paso del tiempo en el cuerpo humano.

Y ya, en penúltimo lugar, se encuentra el cuento titulado *Temprano y con sol* (*De bonne heure et au soleil*) publicado en el mismo año que el anterior en la cabecera francesa.

Este cuento relata la historia de dos jovencitos, Currín y Finita, ambos hijos de padres adinerados y que vivían en el acomodado barrio de Salamanca. Los dos niños se conocieron en las escaleras de su edificio y se dieron cuenta de que compartían la misma pasión por la filatelia. Conversación tras conversación se fueron enamorando y un día decidieron fugarse a París. Pero una vez en la estación (así comienza el relato, *in*

medias res), se dieron cuenta de que el dinero no les alcanzaba más que para llegar a Ávila. Aun así, allá se fueron. La jovencita, más decidida que su acompañante, se mostraba emocionada, mientras que el joven estaba más receloso. No alcanzaron más que a llegar a 25 kilómetros desde su partida para que, al bajarse del tren, los recogiesen y fueran llevados a su domicilio de nuevo. Cada uno de los jóvenes fue enviado a un colegio interno diferente. En ese momento, el padre de Finita y la madre de Currín se dieron cuenta de que podía haber algo también entre los dos, aunque ellos, como adultos más sensatos, no toman la decisión como sus hijos de fugarse.

Tras este breve resumen el tema queda al descubierto. El entusiasmo y la inocencia del primer amor y las ansias de conocer y viajar de la jovencita muestran un hecho patente en la sociedad de la época, un hecho que la propia Emilia vivió con su marido José Quiroga. Estos amores prematuros normalmente se veían truncados por la incompatibilidad de caracteres con el paso del tiempo. Los desengaños o decepciones, al igual que hoy en día, eran algo muy común entre jóvenes y no tan jóvenes parejas.

Así, sus padres, ya adultos, aunque pudieron enamorarse, se tomarían su romance con muchísima más tranquilidad, y es posible que ni siquiera se hiciese público ante la sociedad por miedo a críticas o represalias.

Por último, en esta lista encontramos el cuento *Remordimiento* (*Remords*) publicado en la revista en diciembre del año 1900.

El tema aquí es el amor, pero un amor poco adecuado, el que siente un tío por su sobrina y viceversa.

El vizconde de Tresmes es el protagonista de este relato. Un hombre ya mayor y enfermizo que posee grandes riquezas y vive de manera acomodada. Con su buen físico en su juventud y su buena posición social y económica, este hombre conquistó a toda mujer excepto a una, su sobrina. Cuando la joven alcanzó la adolescencia se enamoró del vizconde y éste, en un afán por evitar el incesto, se apartó de ella e incluso le procuró matrimonio. Cuando por fin la joven contrajo nupcias con un hombre más adecuado para ella en todos los aspectos, su tío comenzó a buscarla, casi enfermo de amor, pero ella enfermó a causa de la pena que sintió por tener que unirse a un hombre que no amaba. Cuando la muchacha falleció le declaró su amor al vizconde y éste se arrepintió de no haber seguido su vocación de Don Juan, ya que perdió así a la única mujer que había amado de verdad. Ese era su remordimiento.

El amplio abanico de temas que estos títulos recogen da buena cuenta de una realidad social española que se transmite en forma de ficción al lector extranjero. No olvidemos que doña Emilia está colaborando con una revista que muestra a su receptor una imagen de España para dar a conocer el país en el ámbito internacional mostrando que ciertas actitudes y tradiciones culturales pueden ir cambiando poco a poco, modernizándose con los tiempos, como por ejemplo ocurre con la transformación de la visión de la Iglesia como institución extremadamente severa en el cuento *Travesura Pontificia*.

Una vez analizado el corpus desde el punto de vista argumental, me dispongo a exponer punto por punto las demás características literarias que hacen de los relatos hallados buen mensajero de la realidad española en el ámbito internacional.

3.2. La estructura

En general, la estructura de los cuentos de Pardo Bazán es muy similar en todos los casos. Un relato breve con una acción desenvuelta con una rapidez propia de este tipo de género, presenta a los personajes de manera concisa. En un primer momento, simplemente los nombra o los sitúa en un espacio determinado en el que se desarrollará la acción, como es el caso de *Santiago el mudo*, *Nieto del Cid* o *Primer amor*. Esto no varía en ninguna de las traducciones analizadas. Si bien existen cambios léxicos y morfológicos, a nivel estructural los textos no sufren variaciones llamativas que pongan en entredicho la validez de las traducciones.

En el primero de los cuentos citados en el párrafo anterior, la autora transporta al lector hasta un pazo, lugar en el que habita el criado Santiago.

En segundo lugar, el joven co-protagonista de *Nieto del Cid* no se muestra en el principio inmediato del relato, sino que es presentado más adelante, cuando la cena de la que disfruta con su tío resulta interrumpido por los bandidos. En esta ocasión es su tío, el cura, quien adquiere todo el protagonismo.

En el caso del relato titulado *Primer amor* se encuentra se inicia la acción mediante preguntas realizadas por el narrador en primera persona a sí mismo, propias de un monólogo interior, algo que ya provoca que el lector sienta empatía con el protagonista y pueda, incluso, llegar a ponerse en su piel. Este recurso es igualmente utilizado en la versión francesa y guarda las mismas características que envuelven al lector en una historia que podría vivir él mismo en primera persona. Es una *captatio benevolentiae* perfectamente situada por la pluma de Pardo Bazán en el momento adecuado y en el relato adecuado.

Si atendemos al comienzo de cada uno de los cuentos que restan en cada caso es diferente. En el caso de *Temprano y con sol*, por ejemplo, se arranca ya con el desenlace del cuento, situando al lector en una estación madrileña desde la cual unos críos pretenden encaminarse hacia París.

Por su parte, en el cuento titulado *La niña mártir*, el narrador en tercera persona comienza a describir a la protagonista absoluta de la historia, cómo viste, cómo sufre, cómo vive cada segundo de su vida controlada hasta el extremo. Encaja aquí también el cuento *Remordimiento*, el cual comienza con una descripción de la vida que lleva un viejo vizconde y Don Juan en su gran caserío.

Por último, tanto en el *Cuento de Navidad* como en el relato de *Travesura pontificia*, el lector se encontrará con un primer párrafo descriptivo. En el caso de *Cuento de Navidad*, se define el ambiente de este tipo de fechas, mientras que en el cuento de *Travesura pontificia* la misma descripción se ocupará de exponer una idea

que mezcla lo nuevo y lo ya conocido sobre una agrupación religiosa que en ocasiones en la época se consideraba superior, la Iglesia, y más concretamente, describe cómo son esos hombres de fe que dedican su vida a Dios.

En general, todos los cuentos que aquí se recogen, continúan de manera similar. Atendiendo al patrón de narración: introducción, nudo y desenlace, todos ellos presentan diferentes comienzos, como acabo de explicar, mientras que sus diferencias se unifican en el nudo del relato. Así, tras un comienzo con ciertas variantes, todos pasan a mostrar el grueso de la historia, historia que concluirá de diferentes maneras, pero que en ningún caso dejará un final abierto. Todo esto se mantiene en las correspondientes versiones en lengua francesa publicadas en la revista analizada. No existen giros inesperados o variantes temáticas a lo largo de los cuentos que modifiquen el valor literario de los cuentos de Pardo Bazán.

Por ello, como conclusión de este subapartado puedo afirmar que la estructura de los textos sigue una línea que solo varía en las introducciones en cuanto al estilo se refiere.

Todos estos textos están adecuados al modelo de edición de la cabecera, y dependiendo de este modelo se pueden encontrar con diferentes formatos. Es el caso del cuento titulado *Nieto del Cid*. Este cuento, que se presenta en los anexos 1 y 2, se refleja el mejor ejemplo de esta afirmación. Por un lado, está el ejemplar recogido en el número 12 de *Revista Ibérica* el 16 de septiembre de 1883. Por otro, está la distribución del texto claramente diferente hallada en la cabecera francesa *Les Matinées espagnoles*. Este cuento se recoge en la obra de Juan Paredes Núñez.¹²

Este tipo de cuestiones entroncan perfectamente con el apartado de la estructura que he desarrollado, ya que, no solo importa la estructura interna del relato, sino que también, en un análisis exhaustivo de un elemento publicado en la prensa, se ha de tener en cuenta la publicación en cuestión y sus modelos de edición. Todo esto influye a la hora de publicar un texto, ya sea en castellano o en francés, puesto que la forma editorial influye en el modo de recepción. No es lo mismo que un cuento sea publicado compartiendo página con otros, como en el caso de la *Revista Ibérica*, que acercar al lector un texto al que se le dedica un apartado concreto en el que no aparece ningún otro. Este último caso es el que se aprecia en la publicación francesa, de manera que el relato aquí cobra mucha más importancia al no compartir espacio con otros escritos que podrían desviar la atención del lector restando importancia al cuento en concreto.

Todos y cada uno de los textos analizados tienen los rasgos estilísticos propios del género del cuento de Pardo Bazán. Para dar buena cuenta de ellos, continuamos el estudio con el análisis de los personajes.

¹² PAREDES NÚÑEZ, J. *Emilia Pardo Bazán. Cuentos Completos*. Tomo II. Fundación “Pedro Barrié de la Maza Conde de Fenosa”. A Coruña, 1990, págs.30-34.

3.3 Los personajes

En todos los casos anteriormente citados, los personajes escogidos por la autora para protagonizar las historias que relata de forma magnífica, son personajes que perfectamente podrían haber existido en la vida real.

Gran importancia toman, por ejemplo, los protagonistas religiosos, tanto en *Nieto del Cid* como en *Travesura pontificia*. Estamos ante dos personajes de índole católica, uno que por un lado defiende su territorio y sus posesiones, y otro que se sale del papel serio y riguroso que el público le otorga, para gastarle una broma a uno de sus embajadores demasiado entregado a su deber. Incluso en el caso del cuento titulado *Primer amor*, una de las protagonistas, la hermosa joven de la foto, terminará siendo una anciana beata, asidua de las misas matutinas. A primera vista y fijándose en el título del relato, no podemos imaginar que uno de sus personajes puede tener un papel aunque no religioso, sí ligado a la Iglesia. Lo mismo ocurre en el primer relato señalado en este apartado. En un principio, nada nos hace sospechar que uno de sus protagonistas puede ser un hombre religioso. Todo esto, a diferencia del segundo relato mencionado, *Travesura pontificia*. Éste es un buen ejemplo de un título que sí anticipa un posible tema o argumento de índole religiosa, al igual que *Cuento de Navidad*, que aunque no presenta la religión en primera instancia temática, sí lo hace al final, presentando a Dios como la salvación y la esperanza única.

En el siglo XIX la Iglesia había perdido mucho poder, pero todavía dominaba la vida de muchos de sus fieles por completo desde el obscurantismo y el total sometimiento, sobre todo de las mujeres que encontraban en ella su único refugio, como es el caso de la madre de Fernando, ambos protagonistas del tercer cuento tratado en el apartado anterior.

La religión en el caso de *Cuento de Navidad* se llega a utilizar como un personaje más, capaz de sanar el padecimiento del pequeño. La desesperada madre del protagonista solo ve la salida de ese profundo dolor y sufrimiento en la ayuda del Todopoderoso. Y es finalmente la religión quien salva al pequeño, de forma metafórica. Por ello creo que en este cuento, la figura retórica de la personificación está patente a través de esa religión salvadora y sanadora.

Esta personificación de la religión es un hábil recurso literario para dotar de importancia a una cuestión que, a los ojos de los lectores destinatarios de la publicación, era previsible y conocida. El fervor religioso en nuestro país era un hecho. Así esperaban verlo reflejado los consumidores de este tipo de prensa y así lo reflejó la autora gallega en los cuentos publicados en francés en esta cabecera.

Otro rasgo característico de los personajes de los cuentos analizados es que, en todos ellos, Pardo Bazán va presentando protagonistas de distintas clases sociales y edades también diferentes. Podría darse el caso de que en una misma cabecera se publicasen una serie de cuentos con temática semejante, personajes de la misma clase social, con una trama parecida... Pero no es así en absoluto. Cada cuento es distinto al

anterior y diferente del siguiente. Esto indica un gusto por parte del editor por el conocimiento variopinto y cosmopolita y, teniendo en cuenta el tipo de publicación que fue *Les Matinées Espagnoles*, es algo que cabe destacar.

Como ya se ha tratado en apartados posteriores, una de las principales características de esta revista fue su gusto por mostrar al lector una imagen de la sociedad española “esperable”. Esto quería decir que, todo extranjero poseía, y todavía posee en cierto modo, una idea preconcebida de lo que un español y su cultura pueden ofrecer. De ahí que los escritos que se publicaban fuesen escogidos de entre otros muchos que no mostrasen esa realidad española predecible.

Hombres dedicados a la labor política y que también aportaron trabajos al mundo literario tales como Emilio Castelar, redactor jefe de la cabecera dirigida por Marie Laetitia de Rute, ofrecían el boletín informativo que los ávidos lectores esperaban cuando compraban la publicación francesa.

Todos los cuentos de rúbrica pardobazaniana fueron escritos en una época conocida como el Realismo-Naturalismo. Este movimiento literario se ocupó de mostrar en sus obras una realidad palpable, descriptiva cual lienzo y en la que el lector podía imaginar en su mente cada una de las imágenes, de las situaciones, de los personajes que protagonizaban las historias. La influencia del Realismo había acabado en la última década del siglo XIX y es ya, en esa bisagra de entresiglos cuando el Naturalismo comienza a tener mayor relevancia. Cualquier lector de la obra pardobazaniana conoce el gusto de la coruñesa a la hora de escoger temas, personajes, describir paisajes...

Los personajes son una de las principales claves para llegar al lector de forma tan notable. La jovencita soñadora de *Temprano y con sol* o el criado fiel de *Santiago El mudo* son buen ejemplo de ello.

Pardo Bazán crea personajes que hacen que el lector se involucre en la lectura de una sociedad jerarquizada, en la que existen unos criados que en ocasiones son fieles y en otras no tanto, y simplemente cumplen con sus funciones, en la que existen señores bondadosos y otros que no lo son tanto. En definitiva, una sociedad clasista y perfectamente jerarquizada en la que cada uno cumple su función. Un caso llamativo en cuanto a diferencias entre personajes de la misma clase se refiere, es la contraposición que los criados del cura en el relato del *Nieto del Cid* y el leal Santiago protagonista del relato titulado *Santiago el mudo* ofrecen al lector. Por un lado, en el primer cuento citado, aparecen unos criados cuyo único cometido es servir la comida. Por otro, Santiago se involucra de tal modo en la relación con su señor que llega a encubrir incluso un asesinato, algo que sobrepasa la labor leal de un criado.

En otros casos se muestran desgracias a través de infantes enfermos que no pueden ser curados aunque los progenitores en cuestión posean recursos financieros necesarios para hacer, cuando menos, todo lo posible. Recurriendo en este momento a la sabiduría popular, este es un tema que muestra como la autora aun siendo de una clase social alta y perteneciendo a una familia acomodada, conoce y puede dar testimonio

fictivo de que incluso teniéndolo todo, uno puede quedarse sin lo más importante, la vida.

Así, la imagen de la niña mártir, repleta de cuidados desde su mismo nacimiento, es buen ejemplo de un padecimiento que no se sofoca ni con los más intensos cuidados.

Con todo ello, en este apartado puedo concluir que la elección de los personajes por parte de la autora se adecua a la perfección al sistema editorial de la cabecera. Una revista que pretende mostrar una realidad nacional, con las dificultades que ello implica en un país como el nuestro, logra en esta ocasión y con las aportaciones de la autora gallega, llegar al público extranjero y ofrecerle los principales acontecimientos políticos y sociales de la España de finales del siglo XIX. Todo ello, presentado de forma amena e intercalando relatos breves como los recogidos en este trabajo, no hacía sino acrecentar la valía de la publicación en cuanto a riqueza literaria y variedad cosmopolita se refiere.

3.4. El narrador y el punto de vista

Ciertamente, en la mayoría de estos textos, el narrador se encuentra en tercera persona, es decir, expresa un punto de vista omnisciente, de manera que se encuentra en condiciones de transmitir la historia con un lujo de detalles que un narrador en primera persona, con un enfoque más limitado, no podría llevar a cabo.

Pero creo que el mayor punto de atención en este subapartado he de centrarlo en el nivel de empatía de ese narrador omnisciente. Esto, a primera vista, puede parecer contradictorio, pero no lo es tanto si atendemos a la explicación que sigue.

Por supuesto, es innegable que un narrador omnisciente no participa de la acción en ningún momento. Sin embargo, la capacidad de doña Emilia para transmitir los sentimientos, las sensaciones de los personajes, es realmente asombrosa en este tipo de relatos breves. No se ha de olvidar que estamos ante textos realistas, en los cuales no se encuentra ninguno que se dilate con cargadas descripciones que pueden hacer perder el gusto e incluso el hilo de la historia, sino todo lo contrario. Sí existen esas descripciones, pero mucho más escuetas en cuanto a extensión se refiere y esto es debido a, entre otras cosas, el género y el tipo de publicación en las que aparecen los textos. La diferencia de estas descripciones en las que el narrador se presenta en tercera persona y aquéllas en las que un personaje protagonista toma la palabra y cuenta la historia en primera persona, como es el caso del relato titulado *Primer amor*, es que, en lugar de mostrarnos un paisaje o una situación con gran número de detalles de manera que el lector casi puede verse inmerso en esa imagen, el autor ofrece el punto de vista de un narrador que nos transporta al mundo más sentimental de los personajes. Cómo se siente el joven cuando descubre que su gran amor no es más que una imagen de juventud de su tía, ese ser horrendo que él no estima demasiado, es perfectamente descrito por éste ya que es el propio protagonista el que cuenta la historia de desde un punto de vista retrospectivo.

Ya no estamos ante los escenarios recreados con todo lujo de detalles de, por ejemplo, los campos madrileños de *Insolación* o los alrededores de los Pazos en *La Madre Naturaleza*, sino que el lector se adentra en el sufrimiento de una niña con numerosísimos cuidados que no impiden su muerte, en el sentimiento de abandono de un criado que lo ha dado todo por su amo y que ahora se ve empujado al exilio, o en el sufrimiento por un desengaño amoroso.

Por todo ello, me parecía conveniente aclarar que el narrador omnisciente toma un papel de gran importancia en estos cuentos en particular. La omnisciencia realista en los cuentos puede lograr ciertos destellos de humanidad que quizá otro tipo de literatura no llega a conseguir, bien porque no es su principal objetivo, como es el caso de las novelas de caballerías, bien porque su finalidad es de otro tipo, catártica... En el caso del cuento *Remordimiento* el narrador toma un punto de vista diferente. La persona que nos cuenta la historia es una mujer que ha entablado directamente una conversación con el protagonista y que nos va narrando, además del diálogo que han mantenido, su apreciación de los detalles, las sensaciones y pensamientos que le van surgiendo a medida que la conversación avanza. Esto ayuda a que el lector todavía se involucre más en la historia, que quiera saber más.

Por su parte, doña Emilia, mostrando diferentes edades, diferentes circunstancias vitales en las distintas clases sociales, consigue abarcar una realidad muy amplia en unos cuantos relatos breves de manera cuidada, familiar y directa. Esto último es algo que concierne ya al lenguaje y al estilo, dos rasgos que se analizarán en el epígrafe siguiente.

3.5. Lenguaje y estilo

Cuando hablamos de Pardo Bazán, hablamos de una “escritura palpitante” en palabras de José María Pozuelo Yvancos en su artículo para el diario *ABC Cultural* publicado el 12 de mayo de 2001. A lo largo de este artículo, el autor se dedica a repasar la situación social y literaria en la que escribió doña Emilia, atendiendo más a su descripción de personaje ligado a la rama naturalista, cuando la escritora gallega nunca se reconoció como tal.

He tomado este artículo como referencia en este punto ya que, desde mi punto de vista, se trata de nuevo aquí la figura de Pardo Bazán como otras muchas veces, de manera errónea.

A lo largo de toda su trayectoria literaria, sus novelas se han sostenido como grandes sin necesidad de aludir a ninguna cuestión teórica naturalista a la que Pozuelo hace referencia en este artículo:

...*Insolación*, *Los pazos de Ulloa*, *La Madre Naturaleza* como novelas que deben sostenerse, y creo que se sostienen, por una escritura palpitante, y no por la “cuestión” teórica que a doña Emilia le pareció palpitante en su tiempo...

En esta afirmación que define la escritura de doña Emilia como palpitante sí estoy de acuerdo y en torno a ella gira este apartado.

Si bien en el artículo citado se habla de la redacción de sus novelas, no existe gran diferencia a la hora de analizar la redacción de los cuentos que ocupan el grueso de este trabajo. En las novelas la autora realista hace gala de su ilustre pluma a la hora de describir los paisajes que rodean los Pazos, las emociones, sentimientos y pensamientos de Amparo en el personaje de *La Tribuna*, o las aventuras amorosas de una mujer de buena familia en las romerías madrileñas de *Insolación*.

Igualmente, en el caso de los cuentos, la situación no varía y sigue siendo igual de eficaz la descripción que la autora elabora en cada caso.

En ciertos momentos, como es el caso de los cuentos *Primer amor* y *La niña mártir*, la autora se dedica a describir el estado y aspecto de algunos de sus personajes. Lo hace de manera minuciosa pero sin extenderse demasiado en el tiempo. Oraciones simples, claras y directas que ofrecen al lector una visión casi fotográfica de un personaje o un objeto son características inherentes a este tipo de relatos, tanto en la versión española como en la versión traducida.

En el caso del primer cuento citado, en él se describe de manera poco amable el aspecto de la tía del protagonista, una anciana sin ápice alguno de belleza femenina.

Al mismo tiempo, esa misma mujer es descrita como la más hermosa de las féminas en su juventud y a través de la fotografía que el protagonista roba a su tía de un cajón se demuestra que esa belleza ha expirado con el paso de los años.

A nadie que lea un cuento de Pardo Bazán puede pasarle por alto la cercanía con la que trata a cada uno de sus personajes. Esto lo consigue a través de un lenguaje cuidado, utilizando algún que otro cultismo, pero en ningún momento crea confusión al lector o transcribe una historia de manera ininteligible para el gran público. Si bien es cierto que los cuentos aquí analizados se dirigían a un grupo de lectores selectos y con alto nivel cultural, también es un hecho probado que doña Emilia no escribía para una minoría, sino que buscó siempre el reconocimiento, tanto de los intelectuales de su época como del gran público y la gente de a pie. Para ello, supo combinar a la perfección cuidado y cercanía en una escritura con la que el lector tiene la sensación de poder decir: “Esto lo he vivido yo” o “podría pasarme a mí”.

Este tipo de escritura no siempre se mantuvo en sus traducciones de la cabecera analizada. Ciertas elisiones o cambios semánticos afectan a la riqueza discursiva pardobazaniana.

La elección de los temas y los personajes, aspectos tratados anteriormente en este trabajo, encuentran aquí otro gran punto de apoyo para crear una literatura cercana a la vez que cuidada. Las ansias de su autora por mostrar una realidad cercana y conocida para todos están presentes desde el primero hasta el último de los cuentos.

En cualquier caso, las traducciones analizadas no alteran en absoluto el punto de vista desde el que se presentan las diferentes historias publicadas en *Les Matinées Espagnoles*. Si bien es cierto que hasta ahora no existen grandes variaciones entre las versiones originales de doña Emilia y los textos trasladados a la lengua francesa, en el epígrafe siguiente se comentarán otros aspectos lingüísticos que sí sufren variaciones

entre el texto original y la lengua de destino y debido a esos cambios la recepción de los lectores extranjeros de estos relatos puede verse afectada.

4. LAS TRADUCCIONES

En este apartado se analizará el grado de exactitud y fiabilidad de las traducciones halladas en la cabecera francesa comparando estos textos con los originales extraídos de las *Obras completas (Cuentos)* de la Biblioteca Castro, en la edición de José Manuel González Herrán y Darío Villanueva. Asimismo, el título *Nieto del Cid* se recogerá también en la obra de Juan Paredes Núñez *Emilia Pardo Bazán. Cuentos Completos*. Tomo II.

He de resaltar que, en términos generales, las traducciones halladas se ajustan bastante bien a la versión original en castellano, salvando, por supuesto, algunas excepciones de vocabulario y elipsis notables. Pero en términos literarios se respeta el espíritu del cuento pardobazaniano en todas y cada una de las traducciones analizadas.

En el caso de los temas y contenido de los cuentos, por supuesto, no varían en absoluto en ninguno de los casos. Puede parecer poco importante señalar esto, pero desde mi punto de vista, lo creo necesario puesto que, dependiendo de la fidelidad de la traducción, el texto puede llegar a cambiar por completo, bien por incapacidad del traductor para entender bien el mensaje del autor, bien por escaso conocimiento de la lengua tanto materna como extranjera que pretende traducirse.

Lo mismo ocurre con lo ya comentado en el caso de la estructura. La traducción se encuentra en un formato diferente del analizado en el original, pero debido al tipo de publicación. No es lo mismo un cuento editado para la prensa, que un mismo cuento en una selección de cuentos publicada como libro. En el caso de cuentos como *Nieto del Cid* como muestra el anexo número uno, el texto comparte página con otras noticias y artículos, algo que le resta importancia y no consigue atraer tanto la mirada del lector.

En el caso de la versión digitalizada en Gallica.fr de *Les Matinéés*, el cuento *Le Petit-fils du Cid* aparece dividido en varias páginas, lo cual consigue centrar la atención total del lector en el relato de manera exclusiva. Ciertamente, esto puede ser fruto de la digitalización.

En lo que se refiere a la estructura interna, los traductores siguen fielmente la versión original. Esto implica que el conjunto de textos transmitidos vía periodística de Pardo Bazán aquí analizados ha sido recibido del mismo modo tanto en su país de origen como en su lugar o lugares de recepción.

Hago aquí un pequeño paréntesis para recordar que esta cabecera, aunque se editó y publicó en España y Francia además de en Portugal e Italia en un primer momento, se fue extendiendo a otros países del continente e incluso se conoció al otro lado del océano, tanto en Estados Unidos, como en Hispanoamérica.

Volviendo al tema que atañe a este apartado, es el momento de citar a los traductores, protagonistas más adelante de un subapartado, y a su buen trabajo en el

caso de los cuentos aquí estudiados. Han mantenido el original del texto a nivel estructural y temático, salvando ciertos detalles que se comentan a continuación.

4.1 Aspectos léxico-semánticos variantes en las traducciones

Tras haber cotejado todos los cuentos de la cabecera con sus correspondientes originales en castellano, he detectado un lenguaje igualmente cuidado, de cierto nivel cultural elevado, pero de sencilla comprensión para cualquier lector que se propusiese estudiar la cabecera en el idioma galo. Si bien es cierto que los destinatarios de *Les Matinées espagnoles* eran personas con un alto interés intelectual, destaca la claridad y cuidado a la vez de los textos escogidos, tanto en español como en francés.

El traductor o traductores se han ceñido a lo estrictamente escrito por Pardo Bazán, manteniendo vocablos propios de la tierra gallega de la escritora, intentando adaptar ciertos galleguismos y coloquialismos a la lengua francesa, aunque no siempre lo realizasen con total tino. Teniendo en cuenta la rigidez morfosintáctica y léxico-semántica del idioma francés conocido por los lingüistas como uno de los más cartesianos, cabe destacar que la tarea de adecuarse a un lenguaje tan cercano como el que poseen los relatos pardobazanianos es francamente una labor encomiable por parte de los traductores.

Así, encontramos ejemplos de estas variantes de manera notable en el cuento titulado *Santiago el mudo* (*Santiago Le muet*).

Ya desde el principio, en su mismo título, el nombre gallego de Santiago permanece en perfecto castellano, sin cambiar a su correspondiente francés, Saint-Jacques.

El trato que recibe Raimundo, el dueño del pazo por parte de este criado, con diferentes acepciones como “amo”, “señorito” sufre cuertas variaciones que pueden confundir al lector francés y no representar la figura que Pardo Bazán pretende mostrar cuando define así al noble joven gallego. Aquí, el traductor elige el sintagma “du jeune” para referirse al señorito Ramiro. Esta acepción significa, literalmente “del joven”, de manera que no otorga el distintivo que se le da al amo de Santiago como “señor”. La connotación de la palabra no es, desde mi punto de vista, de un joven, como se traduce al francés, sino más bien de un personaje de clase media-alta que se sabe por encima del protagonista.

Más adelante se denomina al señorito Ramiro como “jeune maître”. Esta vez sí se acerca la traducción un poco más al original “señorito” de Pardo Bazán.

El mismo problema de traducción de esta palabra “señorito”, lo he encontrado en el cuento *Un petit-fils du Cid*. Aquí, este título que los criados otorgan a sus amos jóvenes se traduce como “Monsieur”, es decir, “señor”. En mi opinión, este nombre es

más adecuado que cualquiera de los anteriores, aunque “le jeune maître” tampoco se aleja demasiado de la realidad.¹³

Otro ejemplos, como en el caso de *L'enfant Martyre*, existen ejemplos de palabras como “sanjuanera” (Vid. Anexos pág. 78) que no han recibido traducción y simplemente se eliminan. Puede ser que los traductores no hayan encontrado la palabra o expresión adecuada para transcribir este vocablo o simplemente no tengan el conocimiento para aplicarla al idioma de traslado de forma adecuada.

Algo parecido ocurre ya hacia el final del mismo cuento, cuando el traductor cambia la palabra “cerradura” por la palabra “llave”. Cuando el original explica “...por el ojo de la llave”, el traductor interpreta “par le trou de la serrure”. En esta ocasión el significado del texto no varía, aunque sí el vocabulario utilizado.

Otro elemento digno de mención en este cuento y su traducción es el acierto por parte del traductor a la hora de identificar a un “rapaz” como “enfant”. Algo que no ocurre con las onomatopeyas por ejemplo. En el caso de “ouu, ouu!” en el original transcritas, pasan al francés como “couic couic!...”. La variación en este tipo de expresiones es muy frecuente, incluso en la lengua hablada un francés reconocerá el sonido emitido por un gallo como “cocorico”, mientras que un español el sonido que espera escuchar cuando debe reconocer al macho de la gallina será el matutino “quiquiriquí”.

Por último, por lo que respecta a este cuento en concreto, quizá el más jugoso en cuanto a variantes entre el original y la traducción francesa, cabe destacar el detalle de mantener ciertos vocablos castellanos, como “rosquillas”, y no traducirlos, creando una nota al pie en la que se explica qué es y en qué consiste la palabra en cuestión.

Este tipo de palabras se destacan en los cuentos franceses en cursiva, al igual que todos aquellos vocablos latinos como “pater” o “quoniam”.

Continúa el traductor en esta línea en otras expresiones y palabras de la misma página como “gañán”. Esta palabra en la traducción se ajusta perfectamente a la traducción literal del vocablo¹⁴ “garçon de ferme”.

Hoy en día existe la idea de que un hombre de granja, como se traduce el vocablo en cuestión, es un hombre necesariamente desarrapado, con poca higiene, descuidado en cuanto a su aspecto y de pocas luces. Este término se sostiene actualmente en este tipo de connotaciones degradantes. Quizá en la época en la que se escribió este cuento simplemente fuese una manera de definir, efectivamente, a un hombre de granja, pero la lectura hoy en día, dependiendo del lector, podría ser diferente.

¹³ El diccionario de María Moliner define así el término “señorito”: Tratamiento, solo o seguido del nombre propio, dado a las personas jóvenes de una casa dado por los servidores y personas subalternas. Por ello, una traducción adecuada del término sería “un garçon de bonne famille” o directamente “le patrón”.

¹⁴ El diccionario de María Moliner define así el término “gañán”: Hombre que sirve como criado en una hacienda, para distintos trabajos.

Una palabra que sí ha llamado especialmente mi atención es el adjetivo “vieux” traduciendo el castellano “vetusto”. En francés sí existe el adjetivo “vétuste” y perfectamente se podría haber utilizado en esta traducción. Desde mi punto de vista, incluso se habría mantenido mejor el estilo cuidado de la autora gallega, ya que, el cambio entre “viejo” y “vetusto” origina un salto de lo culto al nivel más coloquial francamente notable. Pardo Bazán escribía de manera muy cuidada, pero nunca de forma que una lectura resultase impenetrable. El uso de este tipo de léxico en momentos puntuales así lo refleja.

Por otra parte, un aspecto que sí se mantiene tanto en el original como en las traducciones es la aparición de palabras latinas en cursiva y sin traducir, como “*quoniam*” o “*Pater*”, la primera como muletilla de asombro del cura que fallece en el cuento y la segunda como referencia a la oración cristiana “Padrenuestro”.

A lo largo de la nómina de cuentos analizada en este trabajo se suceden este tipo de cambios mínimos de significado en las traducciones pero, ante la imposibilidad de reunirlos todos en este trabajo por problemas de espacio, sí destaco algunos de los más importantes que representan el conjunto de los cambios que se pueden encontrar en estos textos.

La situación es similar en el plano morfosintáctico, un aspecto del análisis que se desarrolla en el siguiente punto del trabajo.

4.2 Aspectos morfosintácticos variantes en las traducciones

Se ha adelantado ya que uno de los mayores cambios que se han recogido a lo largo de estos ocho cuentos, ha sido la aparición de diferentes elipsis en los textos.

Este fenómeno se ha venido produciendo a lo largo de las distintas traducciones en mayor y menor grado. Desde la eliminación de una palabra en concreto, hasta la elipsis de una o dos oraciones completas.

Esto puede ser debido a que el traductor considere que el mensaje es recibido igualmente por el lector sin necesidad de añadir la traducción de según qué partes del relato, pero sí es cierto que, aunque no varíe el mensaje, sí varía la esencia realista del cuento.

Un buen ejemplo de ello es el cuento *L'enfant martyre*. Aquí, concretamente en la página 514 (Vid. Anexos, pág. 78) existe una elipsis muy notable de una gran parte del relato original. He tomado como referencia en este análisis el cuento de igual título *La niña mártir*, de las *Obras Completas* volumen VIII editado por González Herrán y Villanueva. Exactamente el texto del que se ha prescindido en la versión francesa es:

¡Ah! ¡Si la madre pudiese restituirla a la concavidad del claustro materno, y el padre al calor de las entrañas generadoras! ¡Si fuese dable meterla en la campana neumática, o alojarla en la máquina donde incuban los polluelos! (1900:514)

Aunque existen otras elipsis en el resto de cuentos que forman parte del grueso de este trabajo, son siempre palabras sueltas que, en general, no cambian el significado ni el espíritu del cuento.

Otro ejemplo del fenómeno de la elipsis utilizado con la finalidad de resumir una idea en concreto y expresada con varios adjetivos que vienen a traducirse en una sola idea, he encontrado el caso del comienzo del cuento titulado *Espièglerie pontificale* (Vid. Anexos, pág. 64).

En esta ocasión, el texto original dicta lo siguiente

La gente rutinaria que piensa por patrón, medida y compás, suele imaginarse a los Papas como a unos hombres abstraídos, formalotes, serios, encorvados y agobiados...

En este texto el traductor se sirve de una única palabra que simplifica todo el grueso del sujeto de la primera oración del cuento. El vocablo en cuestión es “vulgaire”, además de elidir el adjetivo coloquial “formalotes”

Le vulgaire ne se représente guère les Papes, que comme des êtres abstraits, graves, courbés et opprimés...

Es común también encontrarse con oraciones que, aunque poseen el mismo significado, presentan variaciones en ciertas expresiones, como por ejemplo los añadidos exclamativos. Estamos ahora en el caso contrario al inmediatamente citado. Esto quiere decir que en alguno de los cuentos encontramos signos de exclamación que en el original no existen, o palabras que resumen una idea que en el texto castellano se viene repitiendo como en el caso de “malheureuse” en el cuento de *L'enfant martyre*, más concretamente en la página 514 (Vid. Anexos, pág. 78). Aquí se utiliza este adjetivo para definir el estado de salud en el que se encuentra la pobre niña, su estado anímico y su vida en general. Ya en la página siguiente, 515, se hacen los añadidos que el traductor considera pertinentes para dotar de más énfasis al relato a través de las exclamaciones finales en las siguientes oraciones

Et combien terrible devait être cette impression!

Elle ne rompait même pas alors son voeu de silence!

En estos casos el significado no cambia, simplemente el traductor consideró oportuno destacar dichas expresiones, con la intención, presumiblemente, de dotar de mayor pasión al relato, de aumentar el “pathos”. Ciertamente, en este caso lo consigue, pero en otros casos similares, simplemente es un añadido ortográfico, ya que la propia expresión, sin exclamaciones a mayores, es lo suficientemente emotiva sin ayuda de terceros.

Este tipo de inferencias en las traducciones, si bien son comunes, no deberían ocurrir muy a menudo. El trabajo de un traductor es trasladar a la lengua que se disponga un texto que tiene unas características determinadas y que su autor consideró adecuadas en su momento. Un traductor no debería cambiar ningún tipo de vocablo o expresión con el fin de modificar el texto original.

Pero, a nivel sintáctico, los ejemplos de variación también aparecen en mayor o menor medida. En este caso, he encontrado multitud de oraciones simplificadas, algo muy común en francés por otra parte. Oraciones yuxtapuestas, pasan a conformarse a través de la conjunción “y” (*Et* en francés), comas que se transforman en puntos y viceversa...

La mejor ejemplificación de este tipo de fenómenos la encontramos, una vez más, en el cuento de *Santiago Le muet* y en *Le petit-fils du Cid*.

En el primero de los cuentos citados se puede percibir el cambio que sufre una frase exclamativa y adversativa que, traducida al francés, se transforma en enunciativa eliminando la conjunción “pero”:

¡Qué obscura, pero qué dulce y tranquila se deslizaba en el vetusto Pazo de Quindoiro la existencia de Santiago!

Comme l’obscur existence de Santiago s’écoulait tranquille et douce dans le vieux Pazo de Quindoiro!

Esta cita ejemplifica también otro de los indicios de diferentes traducciones para un mismo vocablo tratado anteriormente con el caso del “señorito”. En esta ocasión la palabra en cuestión es “pazo”. En esta cita sí se mantiene su nomenclatura en la traducción, pero no se resalta en cursiva, como en el caso de “rosquillas”. Más adelante, el traductor se vuelve a referir al pazo como “château”, es decir, literalmente un castillo.

Quizá un afán aquí por evitar repeticiones ha llevado al traductor a cometer un error en el sentido literal del término utilizado.

Debido a este tipo de cambios aquí analizados, se aprecia el gusto del traductor por mantener de la forma más cercana posible el espíritu del texto original en la traducción realizada.

El papel de un traductor, como vengo exponiendo en estos apartados, es francamente importantísimo a la hora de estudiar las formas de transmisión de una literatura tan palpitante como la de doña Emilia. Por ello, creo que el papel que estos trabajadores protagonizan en las traducciones es digno de merecer un aparte en este estudio.

4.3 Los traductores

Como ya anuncia Pérez Romero en el trabajo que sirve como punto de partida para este análisis, en la cabecera dirigida por Mme de Rute, solamente aparece la firma de los traductores en aquellos relatos publicados a partir de 1900. Dichas firmas pertenecen a G. Saint-Laurens y René Halphen.

De entre todos los cuentos analizados en este trabajo, son dos los textos que carecen de firma de su traductor son: *Un Petit-fils du Cid* y *Espièglerie pontificale*. El

primero data de 1883, mientras que el segundo, como se refleja en los anexos (Vid. Anexos, págs. 54-64), está fechado en el año 1890.

Ciertamente, en los demás cuentos que se analizan, se puede ver perfectamente la firma de los traductores.

En primer lugar, René Halphen firma las traducciones de *L'enfant martyr*, *Premier amour*, *De bonne heure et au soleil* y *Remords*.

Por su parte, G. Saint-Laurens expone su rúbrica en los siguientes títulos: *Santiago Le muet* y *Conte de Noël*.

Quedan así los dos primeros sin traductor reconocido. En el caso del cuento titulado *Un petit-fils du Cid*, se añade en una nota al pie en el propio cuento traducido de la cabecera francesa, que el texto ha sido escrito personalmente por Pardo Bazán para *Les Matinées Espagnoles* (Vid. Anexos, pág. 54). Puede ser, efectivamente, que doña Emilia escribiese ese cuento por encargo de su amiga Mme de Rute para esa publicación en concreto. Pero eso no impidió que el mismo cuento saliese publicado en castellano el 16 septiembre de 1883 en la *Revista Ibérica*. Entre el texto en castellano publicado en dicha revista y el texto traducido al francés en *Les Matinées* existe una diferencia de exactamente un mes en cuanto a la fecha de redacción por parte de doña Emilia y la traducción francesa. En la cabecera francesa aparece el lugar y la fecha de redacción citados de la siguiente manera:

Granja de Meirás, 9 août 1883 (Vid. Anexos, pág. 54)

La fecha, en cambio, que aparece en la publicación española varía en cuanto al mes

Granja de Meirás, 9 Julio 1883. (Vid. Anexos, pág. 59)

Esto puede deberse a una simple equivocación por parte del traductor, o también cabe contemplar la posibilidad de que la propia Pardo Bazán tradujese el cuento, tal y como afirma Pérez Romero¹⁵, ya que ella poseía capacidad suficiente y dominio de la lengua francesa para llevar a cabo tal tarea. Así, se explicaría que el original castellano se escribiese un mes antes de la redacción de la traducción, que doña Emilia podría haber realizado a petición de la directora de *Les Matinées*.

En el caso de *Espièglerie pontificale* carezco de datos más allá de la propia firma de Pardo Bazán al final del cuento. No se indica lugar ni fecha de redacción o traducción, por lo que se puede pensar que de nuevo fue doña Emilia quien tradujo su propio texto castellano, o bien, que simplemente el traductor no firmase su trabajo.

De René Halphen¹⁶ conocemos poco. Su pseudónimo era "Madrizy" o "Madrizy" fue un periodista y traductor francés de entre los siglos XIX y XX que

¹⁵ PÉREZ ROMERO, E. "Autotraducción del cuento *Nieto del Cid*: algunas notas sobre las dos versiones propias española y francesa de Emilia Pardo Bazán". AUGUSTO S. A. DOTRAS BRAVO y D. SANTOS SÁNCHEZ (eds.): *Literatura y Re/escritura*, Centro de Literatura Portuguesa, Coimbra (en prensa).

¹⁶ QUÉNARD, J. M. *La France littéraire, un Dictionnaire bibliographique de savantes*, Vol.8. Firmin Didotfrères. París, 1836.

trabajó en España. Conocía a toda la aristocracia española y fue cronista de sociedad en Marid aunque no conoció muy correctamente el idioma español. Él era consciente de eso y por ello se hace corregir cuando escribe crónicas para revista y periódicos como *Por Esos Mundos* (1903), *El Gráfico* (1904), *Gran Mundo y Sport* (1906-1907), revista aristocrática dirigida por Antonio de Hoyos y Vinent; *La Correspondencia de España* (1910-1916) y en la revista Blanco y Negro, siempre bajo el pseudónimo de "Madrizy".

Era especialmente requerido como corresponsal en Biarritz. Junto al cronista social Montecristo y "El abate Faria" formó la trinidad central de los cronistas de salones del primer tercio del siglo XX.

No he podido seguir el rastro de estos traductores que han firmado los textos en la cabecera francesa, pero no descarto continuar con este trabajo de manera más minuciosa en el futuro y poder hallar así algo más de información.

Algo tremendamente importante a la hora de hablar de los traductores, en cualquier publicación, no solo en esta cabecera, es el tema de la remuneración. Aunque en este caso, he indagado todo lo posible en el asunto, no es sencillo encontrar trabajos relacionados con este tema, salvo los de Botrel¹⁷. Este autor realiza un estudio acerca de los traductores y los trabajos remunerados que podían realizar además de ser una referencia bibliográfica obligada para la redacción de cualquier trabajo cuya base sea el análisis de la prensa periódica. Pero en este caso, no he encontrado nada válido para este trabajo que me pueda indicar cuánto podía cobrar un traductor por trabajo realizado.

5. CONCLUSIONES

Tras todo el recorrido realizado desde el primer momento en el que tomé contacto con los cuentos de doña Emilia, hasta el punto en el que me encuentro en mi trabajo, puedo concluir, entre otras cosas, que queda mucho por hacer en este campo.

En un primer momento del acercamiento a los cuentos en francés, he descubierto todo un mundo que, poco a poco, se ha conformado hasta conseguir poner en orden toda la información que de manera cada vez más copiosa iba apareciendo y que, aun hoy, todavía aparece. Soy consciente de que se puede profundizar muchísimo más en estas traducciones en particular, de cada cuento en concreto, con todas sus variantes entre el original y el relato francés, pero eso abarcaría más de lo que este trabajo permite. Aun así, el balance del trabajo, desde el punto de vista de la autora ha sido muy enriquecedor. La investigación realizada a propósito de la cabecera en concreto, su directora e incluso la amistad que la unió a Pardo Bazán han abierto una puerta verdaderamente interesante al estudio de la literatura escrita por mujeres en un mundo eminentemente masculino. Gracias a las aportaciones de sobresalientes féminas como las colaboradoras de *Les Matinées Espagnoles* el mundo de las letras abrió paso a plumas tan destacables como lo fue en su momento Emilia Pardo Bazán.

¹⁷ BOTREL, J. F. "Traduire et transférer en Espagne à la fin du XIXe siècle". *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, N° 49, 2014, págs. 63-72.

La obra pardobazanianana, aunque ya muy explorada, tiene mucho que ofrecer todavía. Un trabajo como el de Pérez Romero ha dado pie para conocer toda una cabecera y una historia conformada alrededor de ella. Igualmente, la aportación de la profesora canadiense Margot Irvine¹⁸ con su trabajo dedicado exclusivamente a las colaboradoras de esta revista publicada en la bisagra de entresiglos ha descubierto un tránsito de trabajos entre mujeres de letras célebres en sus países de origen y que, al igual que la autora gallega, quisieron darse a conocer en otros países, de manera que crearon una alianza mediante la cual se prestaban ayuda para publicar sus textos en países vecinos con la ayuda de sus colegas también colaboradoras en *Les Matinéés*.

En lo que concierne al plano de la recepción y transmisión de la literatura española a través de autoras como Pardo Bazán, queda patente que, en lo que al análisis de las traducciones de sus cuentos se refiere, queda mucho por hacer. Los trabajos de traslación a otras lenguas que conocemos de obras de Pardo Bazán suelen ser traducciones en distintas lenguas de novelas como *Los Pazos de Ulloa*, a lenguas como el francés, el inglés, el ruso o el alemán.

Algunas, como cita Ana M^a Freire en su artículo “Las traducciones de la obra de Emilia Pardo Bazán en vida de la escritora”, se han llegado a conocer incluso en lenguas como “...checo, sueco, danés, estonio o japonés.”

Indiscutible es la actividad traductora de Emilia Pardo Bazán. Poseía una gran capacidad para realizar múltiples trabajo de traducción ya que conocía varias de las lenguas europeas y su afán por aprender no tenía fin. Estaba más que capacitada para realizar la traducción de cualquiera de sus cuentos, e incluso de escribir directamente en francés y trasladar el texto más tarde a la lengua española.

Por otra parte, su producción periodística la situó en muy buen lugar con respecto al público que gustaba de sus trabajos. Sus distintas colaboraciones la han hecho partícipe de muchos periódicos y revistas de la época y, por supuesto, colaboradora de una cabecera tan importante y desconocida como lo es *Les Matinéés Espagnoles*. No solo colaboraba doña Emilia en prensa nacional, sino que su firma aparece en publicaciones periódicas de toda Europa, especialmente en la prensa francesa.

La obra periodística de doña Emilia es extensa y sus colaboraciones han sido muy tenidas en cuenta a la hora de elaborar esta investigación. Trabajos como las actas del III Simposio dedicado al periodismo de Pardo Bazán¹⁹ han sido obras de primera línea de importancia en cuanto a la información que en ella he localizado. Por ello, la adición de un apéndice en que trataré alguna de esas colaboraciones en concreto, la creo necesaria ya que ayudará a comprender todavía mejor la relación que Pardo Bazán mantuvo con las mujeres y hombres más ilustres de su época y como sus aportaciones

¹⁸ IRVINE, M. “Un réseau de femmes journalistes: Les collaboratrices aux *Matinéés Espagnoles*”. Université de Guelph (Canada) (en prensa).

¹⁹ GONZALEZ HERRÁN J.M, C. PATIÑO EIRÍN y E. PENAS VARELA. “Emilia Pardo Bazán: EL PERIODISMO.” III Simposio. A Coruña 3, 4, 5, 6 y 7 de octubre de 2006. Casa-Museo Emilia Pardo Bazán.

en los periódicos de tirada nacional eran cada vez más cotizadas. Asimismo, en ese apéndice trataré brevemente el caso de aquellos textos publicados también en la cabecera francesa de y sobre Pardo Bazán que han sido relevantes a la hora de realizar este estudio.

Así pues, este tipo de colaboración periodística contribuyó claramente a la transmisión de la literatura española en el siglo XIX al resto de Europa y también del mundo entero al que esta cabecera terminó llegando.

El afán divulgativo de la misma contribuyó a que la lectura de las obras de doña Emilia fuese muy común entre personajes con alto nivel cultural de otros países extranjeros. Así, no solo los cuentos, sino también los artículos que se tratarán en el apéndice posterior han servido como una forma más de corroborar el asentamiento de doña Emilia en el puesto que le corresponde en el mundo de las letras universales.

Es cierto que el siglo XIX es el siglo de la novela y que muchas de las novelas de Pardo Bazán han sido traducidas a otras lenguas por el inmenso reconocimiento y fama que lograron en nuestro país. Pero es un hecho, como se ha demostrado en este trabajo, que la prensa ha significado un antes y un después para los autores decimonónicos como doña Emilia. En numerosas ocasiones, el trabajo periodístico fue la base de su sustento, algo que esta feminista declara procuró buscar desde el principio de su carrera. Un reconocimiento a su obra que le permitiese ser independiente gracias a su propio trabajo.

La fidelidad de las traducciones pues, ha sido tremendamente importante a la hora de estudiar cómo se transmitía y se recibía la producción literaria española en el extranjero. Asimismo, como se ha intentado plasmar en este trabajo, los traductores, aunque en ocasiones desconocidos, han realizado un trabajo muy digno a la hora de interpretar y dar a conocer en otros países la escritura de doña Emilia.

No sabemos si estas colaboraciones de la autora gallega han supuesto un beneficio monetario para ella, pero lo que sí sabemos es que, gracias a esta cabecera dirigida por Mme de Rute, la obra literaria de Pardo Bazán traspasó fronteras.

El ámbito de la traducción es un camino que, para todo aquel que se sienta atraído, como yo me siento, por la obra de doña Emilia, aportará grandes descubrimientos de otros muchos textos que quedan todavía por conocer, numerosas colaboraciones de Pardo Bazán en publicaciones periódicas extranjeras...

Puedo concluir que, tras este estudio, todos los conocimientos que he adquirido no han hecho más que aumentar la estima por una lengua tan querida para mí como lo es el francés, al igual que lo era para Emilia Pardo Bazán.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

PARDO BAZÁN, E. *Nieto del Cid. Obras Completas*. Vol. VII. González Herrán J. y D. Villanueva (eds.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, págs. 113-124.

PARDO BAZÁN, E. *Travesura pontificia. Obras Completas*. Vol. VII. González Herrán J. y D. Villanueva (eds.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, págs. 263-272.

PARDO BAZÁN, E. *Cuento de Navidad. La ilustración Artística*. Nº 1565. Barcelona, 1911.

PARDO BAZÁN, E. *Santiago El mudo. Obras Completas*. Vol. VIII. González Herrán J. y D. Villanueva (eds.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, págs. 187-194.

PARDO BAZÁN, E. *La niña mártir. Obras Completas*. Vol. VIII. González Herrán J. y D. Villanueva (eds.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, págs. 39-44.

PARDO BAZÁN, E. *Primer amor. Obras Completas*. Vol. VII. González Herrán J. y D. Villanueva (eds.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, págs. 187-196.

PARDO BAZÁN, E. *Temprano y con sol. Obras Completas*. Vol. VII. González Herrán J. y D. Villanueva (eds.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, págs. 291-300.

PARDO BAZÁN, E. *Remordimiento. Obras Completas*. Vol. VIII. González Herrán J. y D. Villanueva (eds.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, págs. 69-76.

PAREDES NÚÑEZ, J. *Emilia Pardo Bazán. Cuentos Completos*. Tomo II. Fundación “Pedro Barrié de la Maza Conde de Fenosa”. A Coruña, 1990, págs.30-34.

www.gallica.bnf.fr (Visitados el 30/07/13)

PARDO BAZÁN, E. *Le petit-fils du Cid. Nouvelle Revue Internationale*. 2º Vol. 2º semestre. 1883, págs. 110-114.

PARDO BAZÁN, E. *Espièglerie pontificale. Nouvelle Revue Internationale*. Nº 6, 1 abril 1890, págs. 225-229.

PARDO BAZÁN, E. *Conte de Noël. Nouvelle Revue Internationale*. Traducido por G. Saint-Laurens. 1900, págs. 276-281.

PARDO BAZÁN, E. *Santiago Le muet. Nouvelle Revue Internationale*. Traducido por G. Saint-Laurens. 1900, págs. 364-366.

PARDO BAZÁN, E. *L'enfant martyre. Nouvelle Revue Internationale*. Traducido por René Halphen. 1900, págs. 513-515.

PARDO BAZÁN, E. *Premier amour. Nouvelle Revue Internationale*. Traducido por René Halphen. 1900, págs. 601-605.

PARDO BAZÁN, E. *De bonne heure et au soleil. Nouvelle Revue Internationale*. Traducido por René Halphen. 1900, págs. 786-790.

PARDO BAZÁN, E. *Remords. Nouvelle Revue Internationale*. Traducido por René Halphen. 1900, págs. 673-675.

Bibliografía secundaria

Bibliografía específica:

BOTREL, J. F. “Traduire et transférer en Espagne à la fin du XIXe siècle”. *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 49, 2014, págs. 63-72.

BOYER, C. “Le naturalisme, arme de la rupture: Emilia Pardo Bazán et le conte rural”. *Babel*. 2012, págs. 119-131.

BRAVO-VILLASANTE, C. *Emilia Pardo Bazán. “La vida Contemporánea”*. Colección Novelas y Cuentos. Magisterio Español, Madrid, 1972.

CLEMESSY, N. *Les contes d'Emilia Pardo Bazán: essai de classification*. Centre de Recherches Hispaniques, París 1972.

DONAIRE, Mª L. y F. LAFARGA. *Traducción y adaptación cultural; España-Francia*. Universidad de Oviedo, Oviedo, 1991.

EZAMA GIL, A. *El cuento de la prensa y otros cuentos: Aproximación al estudio del relato breve entre 1890-1900*. Prensas Universitarias Zaragoza, Zaragoza, 1992.

FREIRE LÓPEZ, A. M^a. “Las traducciones de la obra de Emilia Pardo Bazán en vida de la escritora”. *La Tribuna. Cadernos de estudo da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*. Nº 3. Fundación CaixaGalicia. 2005, págs. 21-38.

FREIRE LÓPEZ, A. M^a. “La obra periodística de Emilia Pardo Bazán”. *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán: actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 2003, págs. 115-132

GÓMEZ-FERRER MORANT, G. “Emilia Pardo Bazán en el ocaso del siglo XIX”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, número 20, 1998, págs.129-150.

GONZÁLEZ HERRÁN, J. M, C. PATIÑO EIRÍN y E. PENAS VARELA (Eds). *Actas del III Simposio “Emilia Pardo Bazán: El Periodismo”*. Fundación CaixaGalicia, A Coruña, 3-7 de octubre de 2006.

GONZÁLEZ HERRÁN, J. y D. VILLANUEVA. *Obras Completas*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999-2014, 12 vols.

IRVINE, M. “Journalisme, cosmopolitisme, féminisme: Les collaboratrices aux Matinées espagnoles” (en prensa)

LAFARGA, F. “Teatro francés y teatro francés en la revista Les Matinées espagnoles (1883-1888)”. *Anales de filología francesa*, nº 21, 2013, págs. 123-136.

PARDO BAZÁN, E. *Insolación (Historia amorosa)*. Ed. de Ermitas Penas Varela, Cátedra, Madrid, 2001.

PARDO BAZÁN, E. *La Madre Naturaleza*. Edición de Ignacio Javier López, Cátedra, Madrid, 1999.

PARDO BAZÁN, E. *Los Pazos de Ulloa*. Edición de M^a de los Ángeles Ayala, Cátedra, Madrid, 2004.

PARDO BAZÁN, E. “La Vida Contemporánea”, *La Ilustración Artística*, Barcelona, 7 de abril de 1902, número 1.058, p. 234.

PAREDES NÚÑEZ, J. *Cuentos completos*. Tomo II. A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1990, 4 vols.

PÉREZ ROMERO, E. “Autotraducción del cuento ‘Nieto del Cid’: algunas notas sobre las dos versiones propias española y francesa de Emilia Pardo Bazán”. AUGUSTO, S, A. DOTRAS BRAVO y D. SANTOS SÁNCHEZ (eds.): *Literatura y Re/escritura*, Coimbra, Centro de Literatura Portuguesa (en prensa).

RUIZ-OCAÑA, E. “Los asesinatos de las mujeres”. Universidad Complutense de Madrid. *Didáctica (Lengua y Literatura)* 2004, vol. 16, págs. 177-188

RUTE, M^a. L. “Apuntes para mis memorias”. *La España Moderna*. Abril 1881, págs. 5 -18.

VV.AA. *La Tribuna. Cadernos de estudo da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*. N° 7. Fundación CaixaGalicia. 2009.

Bibliografía general:

ALONSO, C. *Historia de la literatura española. 5 Hacia una literatura nacional. 1800-1900*. Crítica, 2010.

ARÁNEGA CASTILLA, F. M. y J. A. SERRANO GARCÍA, “La princesa de Solms, condesa Ratazzi y Marquesa de Rute, Marie Laetitia Bonaparte – Wyse: Genealogía de la princesa rebelde”. *Trastámara*, n° 9, enero-junio 2012, págs. 127-152.

VV.AA. *Historia de la literatura española*. Dir: Martínez de la Concha, ed: Romero Tobar. Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

Fuentes electrónicas:

<http://www.cece.edu.es/pardo.htm>

CABRÉ, M^a. A. “Doña Emilia, la adelantada”. *La Vanguardia*, Libros, 1 de febrero 2002. (Visitado 5/03/2014)

POZUELO YVANCOS, J. M . “Una escritura palpitante”, *ABC Cultural*, 12 de mayo de 2001. (Visitado 5/03/2014)

SOTELO VÁZQUEZ, A. “Una brillante cronista de prensa”. *La Vanguardia*, Libros, 1 de febrero de 2002. (Visitado 20/02/2014)

www.hemeroteca.abc.es

MONTE-CRISTO. “Crónicas de París. El salón. Ante un retrato”. *ABC*. Domingo 29 de mayo de 1932. EDICIÓN DE LA MAÑANA. Pág.24. (Visitado el 20/02/2014)

www.hemerotecadigital.bne.es

“Velada literaria”. *El Heraldo de Madrid*, núm. 3359 del 21 de enero de 1900, pág.2. (Visitado el 5/09/2014)

El Imparcial, núm. 76970 del 30 de diciembre de 1981, página 4” (Visitado 5/09/2014)

PÉREZ ROMERO, E.” L’Espagne dans les articles d’Emilia Pardo Bazán pour la Nouvelle Revue Internationale”. Université de Tours. (Visitado 4/11/2014)

www.ccec.revues.org

PÉREZ ROMERO, E. “Emilia Pardo Bazán journaliste: entre littérature et presse” (1876-1921), *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [En línea], 8-2012. (Visitado 2/06/2014)

www.cervantesvirtual.es

GONZÁLEZ HERRÁN, J. M. “Artículos/ cuentos en la literatura periodística de Clarín y Pardo Bazán”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. (Visitado 12/12/2013)

ANEXOS

LES MATINÉES ESPAGNOLES

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE EUROPÉENNE

PAR

M. LE BARON STOCK

Avec la collaboration de MM.

ALARCON.	CHAMPFLEURY;	ARSÈNE HOUSSAYE;	PONTMARTIN;
J. LUIS ALBAREDA;	LUIGI CHIALA;	VICTOR HUGO;	MANUEL DEL PALACIO;
ALMAVIVA;	PINHEIRO CHAGAS;	MOSEER (Vicomte de);	T. RIBEYRA;
ALECSANDRI;	Général CORONA;	IGNOTUS;	ROMERO ROLEDO;
BRAGA (TEÓFILO);	JEAN DE DCMFRONT;	PAUL LACROIX (Bibl. Jacob);	RODRIGUEZ RUBÍ;
ARAUJO (JOAQUIN);	DURÁNTIN;	COMTE DE LAS ALMENAS;	RODRIGUEZ CORREA;
VICTOR BALAGUER;	JOSÉ ECHEGARAY;	LOUISY;	LUIS DE RUTE;
BAZ;	EMILE DESCHANEL;	LIÉGEARD;	LOUIS RATISSONNE;
ADOLPHE BELOT;	DESCHANEL (PAUL);	LEON Y CASTILLO;	LAURENÇO NYTO;
V. BONAPARTE-WYSE;	ENAUT;	MADRAZO;	AURÉLIEN SCHOLL;
ANDRÉS BORRERO;	ECA DE QUEROZ;	JULIO CÉSAR MACHADO;	SEGUR;
EMILIO CASTELAR;	FASTENRATH;	HECTOR MALOT;	JULES SIMON;
BENALCANFOR (Vicomte de);	HENRI FAZY;	EUGÈNE MANUEL;	TORRES CAIGEDO;
A. CÁNOVAS del CASTILLO;	FAUCON;	HENRI MARTIN;	TOISON D'OR;
CHESTE (Comte de);	PAUL FÉVAL;	MORET Y PRENDERGAST;	TONY RÉVILLON;
CÉSAR CANTÚ;	GERMOND DE LAVIGNE;	NUÑEZ DE ARCE;	VALERA;
CANO;	DE GRAVES;	RAMON DE NAVARRETE;	VALERO DE TOROES;
CAMPOAMOR;	GARCÍA SASTISTEBAN;	RAMALHO ORTIGAO;	Marquis DE VALMAR;
CASA-SEDANO;	THÉODORE GUERRERO;	OGON;	VAPERAU;
CHRISTOVAO AYRES;	GUILHEN ROBLES;	HENRI DE PARVILLE;	JACQUES VINCENT;
CHONSKY;	ROBERT HULT;	PETRUCELLI de la GATTINA;	VERCONSIN;

Et celle de Mesdames

APRAXIN (Comtesse);	EMILIA PARDO BAZÁN;	MARIE DE RUTE;
SARAH BERNHARDT-DAMALA;	GRAZIA PIERANTONI MANGINI;	ANNA SÉGALAS;
PATROCINIO DE BREDMA;	GEORGES DE PEYREBRUNE;	MARY SUMNER;
CARLA SERENA;	PÉREGRINE;	GUOMAR TORREZAO;
CAMILLE DELAVILLE;	Vicomtesse DE RENNEVILLE;	SCHALK DE LA FAVERUE;
FANNY DELL'ODIO TORCHI;		SPARE;

Premier volume — Premier semestre

1884



BARON STOCK

MADRID

Palais Altamira, 18, San Bernardo.

LISBONNE

228, rua S. Bento (cher G. Torrezae).

PARIS

5, rue Logelbach (Pare Menecean).

Rome: chez Bocca.

Establecimiento tipográfico de Álvarez hermanos, Ronda de Atocha, 15, Madrid.



NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE

Dirigée par le Baron STOCK

Avec la collaboration de MM.

ABASCAL (Gutierrez);
ACHARD (Edouard);
AGAT (Adolphe);
AICARD (Jean);
ALMERAS (H. d.);
ALIAS (Leopoldo et Genaro);
ALTMIRA (Rafael);
AMICIS (de);
ARAUJO (Joaquim de);
ASSE (Eugène);
AUDERAND (Philibert);
AZCARATE (G. de);
BALAGUER (Victor);
BARATIERI (Général);
BARE (Louis de);
BARRÉS (Maurice);
BATAILLE (Frédéric);
BEAUNE (Georges);
BENOIT (Peter);
BERAZA (Alonso de);
BERTHA (A. de);
BERTHAUT (Léon);
BLARQUEZ (Antonio);
BOIS (Jules);
BOUHELIER (St-Georges de);
BOURPARIE (Paul);
BOURGET (Paul);
BRAGA (Teófilo);
BRASNE (H. de);
BRANDES (Georges);
BRETON (le maestro);
BRISSON (Adolphe);
BROGIE (Duc de);
BUJAC (Commandant);
CAMPOAMOR (Ramon de);
CANALIAS (José);
CHARLAUT (Henri);
CHRESTE (Comte de);
CHIALA (Luigi);
CLAIRVILLE (Ch.);
CLARETIE (Jules);
CLARETIE (Léon);
CLARIN;
CONTI (Henri);
COPPEE (François);
CORDAY (Michel);
CORENTIN GUYHO;
CORNELY (J.);
CRISCI;
DARGENE (Jean);
DARSZY (Géza);
DENTS (Pierre);
DESCANEL (Paul);
DESPIETZ (Julien);
DICENTA (Joaquin);

DIETSCHINE (Ivan);
DIGUET (Charles);
DOMFRONT (Jean de);
DORIS (Henri);
DROUILLY (Georges);
DUJARRIG (Gaston);
EÇA DE QUEIROZ;
ECHEGARAY (José);
ENNES (Antonio);
ERVILLE (Henri d.);
ESPARBES (Georges d.);
ESSARTS (Fabre des);
ESSARTS (Emmanuel des);
FABIÉ (François);
FALK (Max);
FASTENRATH (Juan);
FERRETI FIGUEROLA;
FERRY (Gabriel);
FIGUEROLA-FERRETI (Louis et Manuel);
FLAMMARION (Camille);
FLOURENS;
FONVIELLE (W. de);
FOURÈS (Élie);
FUGAIRON (Jean);
GERMOND DE LAVIGNE;
GINER DE LOS RIOS;
GIRAUD (Albert);
GITTENS (Frans);
GYULAI (Pol);
GOBLET (René);
GONZALEZ SERRANO (U.);
GOUDEAU (Emile);
GRANDMOUGIN (Ch.);
GUERRERO (Théodore);
GUICHES (Gustave);
GUILHEM ROBLES (F.);
HARAUCOURT (Ed.);
HENNEBICQ (Léon);
HÉRÉDIA (De);
HERVIEU (Paul);
HERZL (Théodore);
JOKAI (Moricz);
JOURDAN (Louis);
JUSTIN (Joseph);
KERATRY (Comte de);
KEYMEULEN (L. Van);
KOHN ABREST;
LABAT (Louis);
LABRA (Rafael de);
LACROIX (Albert);
LACROIX (Octave);
LADEVÈZE (Garcia);
LAFFITTE (Pierre);

LAHOR (Jean);
LAISANT (A.);
LANDOY (Eugène);
LEBLOND (Maurice);
LE FRANC (Paul);
LEMATRE (Jules);
LEMIRE (Abbé);
LEMONNIER (Camille);
LEMOYNE (André);
LEON Y CASTILLO (F. de);
LICHTENBERG (André);
LIEGEARD (Stéphane);
LLORENTE (Manuel);
LOPEZ DOMINGUEZ (Général);
LOTI (Pierre);
LOUISY;
LYONNET (H.);
LYS (Georges de);
MAETERLINCK (M.);
MAGALHAES LIMA;
MAGRE (Maurice);
MALOT (Hector);
MANUEL (Eugène);
MARCÈRE (To);
MARET (Henry);
MARLE (Van);
MARQUET DE VASSELLOT;
MARTHOLD (J. de);
MATHIEUX (Paul);
MAZEL (Henri);
MICHAUD D'HUMIAC (L.);
MIDHAT (Ahmed);
MILÉVOYE (Lucien);
MILLIEN (Achille);
MISTRAL (Frédéric);
MOLINARI (G. de);
MONTEGUT (Maurice);
MONT (Pol de);
MONTFORT (Eugène);
MORAYTA (Miguel);
MOYA (Miguel);
MURO (José);
NAVARETTE (Ramon de);
NAVARRO EVERTER;
NORMAND (Jacques);
NOVO Y GOSON (Pedro de);
NUNEZ DE ARCE (G.);
OMBIAUX (Maurice des);
PALACIO (Manuel del);
PALACIO VALDÈS;
PARODI (Alexandre);
PARVILLE (Henri de);
PAULIAT (Louis);
PENE-SHEFERT;

PEREZ GALDOS
PICARD (Edmond);
PICON (Octavio);
PI Y MARGALL;
POORTUGAEL (General);
POUVILLON (Emile);
RAMEAU (Jean);
RATISBONNE (Louis);
REIBRACH (Jean);
RÉMY (Marc);
RENCY (Georges);
REPARAZ (Gonzalo);
RICHEPIN (Jean);
RICHIET (Stienne);
RILLÉ (Laurent de);
RIVAS (duc de);
RODRIGUEZ CORREA;
RUEBA (Salvador);
SALVANY (José-Tomas);
SASVARY (Armand);
SCHALK DE LA FAVERIE;
SCHOLL (Aurélien);
SELA (Aniceto);
SÉRIGNAN (comte de);
SERPA-PIMENTEL (A. de);
SHEPARD (Jessé-Francis);
SILVELA (Francisco);
SILVESTRE (Armand);
SOUDAN (Jehan);
SULLY-PRUDHOMME;
TALMEYR (Maurice);
TCHEKOFF (Antoine);
TEURTOIS (Jules de);
THAUDIÈRE (Edm.);
THIERRY (Gilbert-Augustin);
THIERRY (Augustin);
TISSOT (Victor);
TOLSTOI (Léon);
TOURNIER (Albert);
TROIMAU (Hégard);
TROLLIET (Emile);
TROUBAT (Jules);
TURR (Général);
VALABRÈGUE (Antony);
VALERA (Juan);
VALMAR (Marquis de);
VAMBÉRY (Arminius);
VARENNE (Roger des);
VASCHIDE (N.);
VERHAEREN (Emile);
VITOUX (Georges);
VOGUE (E. Melchior de);
VORLUNI (Giuseppe);
ZILCKEN (Ph.);
ZOLA (Emile);

Et celle de Mesdames

ALINÉ-HANOUM;
APRAXIN (Comtesse);
ARANTES (vicomtesse de);
BELLUC (J.-T. de);
BERTON-SAMSON (C.);
BLEDNA (Patrocínio de);
BOURGOGNE (Jean de);
CASANOVA (Sofia);
CLADEL (Judith);
FERRUGIA (Gemma);

FLAQUER (Gimeno de);
GAGNEUR;
GEVIN CASSAL (O.);
GREVILLE (Henry);
HALLER (Gustave);
LOS RIOS (Blanca de);
MAUD GONNE;
MINGHETTI (Mario);
MISTRAL (Marie);
NESTÉ (Gaire de);

NIGUAR (Ihsan-Bey);
OQUENDO & LIGNEREUX (S.);
PARDO-BAZAN (Emilia);
PARIA KORRIGAN;
PEYREBRUNE (Georges de);
PIERANTONI MANCINI (Grazia);
RENOOZ (Céline);
REYNOLD (Maurice);
ROMANO (Jésé de);
RUTE (Marie de);

SALBERG (René de);
SÉVERINE;
SERAO (Mathilde);
SUMMER (Mary);
SUTTNER (Bertha de);
TALLENAY (Jeanne de);
TOLA DORIAN (Princesse Metchersky);
VAN DE WIELE (Marg.);
WASZKLEWICZ (B. de).

PREMIER SEMESTRE 1900

BUREAUX : 23, Boulevard Poissonnière, 23. — PARIS

UN PETIT-FILS DU CID ⁽¹⁾

Le vieux curé du sanctuaire de Saint-Clément de Boan soupait paisiblement, assis à table, dans un coin de sa vaste cuisine. La lumière du triple bec de la lampe accusait les lignes accentuées de son visage, ses épais sourcils blanchis, son crâne tonsuré, d'où s'échappaient de blanches mèches, sa chair rugueuse, sanguine, qui débordait en plis épais de son rabat. Le curé occupait le haut de la table; au centre, son neveu, beau gars de vingt-deux ans, mangeant de grand appétit; au bout, le garçon de ferme, les manches de sa grossière chemise d'étoupe relevées jusqu'aux coudes, enfonçait sa cuillère de bois dans une énorme tasse de bouillon fumant et le humait silencieusement.

Une villageoise servait tout le monde, profitant de l'occasion pour prendre aussi sa part, sinon des plats, du moins de la conversation. Le service le permettait, puisque, ne pêchant pas par la complication, il se réduisait à poser devant les convives une miche de pain gigantesque, à sortir du buffet le vin et les divers plats, et à pousser négligemment sur la nappe la casserole de terre remplie de pommes de terre au lard rance.

« Monsieur Xavier, demanda-t-elle sans quitter ce qu'elle faisait, qu'avez-vous entendu dire de la bande qui rôde par ici ? »

— De la bande, petite ? attends... répondit le garçon relevant sa bonne et joviale figure, ce que j'entends dire de la bande ? On m'a raconté quelque chose à la foire, oui, l'on m'a conté.....

On dit que l'on a volé à M. l'abbé de Lubrego une quantité d'argent... cent onces ! Ils ont attendu qu'il eût vendu le seigle du grenier et ses bœufs à la foire du 15, et puis... ils l'ont attrapé !

— Il ne s'est pas défendu ?

— Ne savez-vous pas qu'il est très vieux ? Il était en outre alité ce jour-là, surpris par sa goutte. »

Le curé, qui jusque-là avait gardé le silence, releva vivement ses yeux qui scintillaient comme du jais sous ses sourcils neigeux, et il s'écria :

« Se défendre ? Dans toute sa vie, Lubrego n'a pas su par où se charge une escopette.

— Il est vieux.

— Bah ! quant à être vieux... J'accomplirai mes soixante-cinq ans à la Pentecôte, et il en aura soixante-six à la Fête-Dieu... Je le tiens de bonne source : il me l'a dit lui-même. De sorte que, quant à l'âge... en ce qui me concerne, il ne m'empêche pas de viser juste, grâce à Dieu !

— Oui, les perdrix d'hier peuvent en témoigner, eh, eh ! approuva chaleureusement le neveu. Vous m'avez accommodé la dernière.

— Et le lièvre d'aujourd'hui, enfant !

— Et le renard de dimanche, ajouta le garçon de ferme, faisant émerger son museau des vapeurs du bouillon ; quand M. l'abbé l'amena, le trainant par une corde, comme cela, et il lui serrait le cou — *râle du Seigneur... couic..., couic!...*

(1) M^{me} Emilia Pardo Bazán, dont nous publions aujourd'hui cette page saisissante écrite spécialement pour les *Matinées espagnoles*, est actuellement le George Sand de l'Espagne. Sa réputation grandit chaque jour ; nous étudierons prochainement cette originale et puissante personnalité.

— Il est là, le maudit, murmura le curé, montrant la porte où s'étendait, clouée par les quatre extrémités, une peau sanglante.

— Il ne mangera plus de poules», ajouta la servante, menaçant du poing la dépouille inerte.

Cette conversation cynégétique rendit la tranquillité à la réunion, et Xavier ne pensa plus à conter ce qu'il savait de la bande. Le curé, après avoir récité les grâces, marmottant le latin, se rinça la bouche avec du vin, croisa les jambes, alluma une cigarette, et, tendant à son neveu un journal plié, murmura entre deux bouffées : « Voyons maintenant ce que dit *la Foi, l'homme*. »

Xavier commença la lecture de l'article de fond, et la bonne, sans penser à desservir la table, prit pour elle une tasse de bouillon dans la soupière, et s'assit, pour l'avaler, sur un banc à côté du foyer.

Presque aussitôt un hurlement prolongé couvrit la voix sonore du lecteur. La servante resta immobile, la cuillère en l'air, sans oser la porter à sa bouche. Xavier écouta un instant, et reprit sa lecture, tandis que le curé, indifférent, aspirait des nuages de fumée et crachait fréquemment de côté.

Deux minutes s'étaient passées à peine qu'un nouveau hurlement, auquel succédèrent des aboiements furieux, rompit le silence extérieur. — Cette fois le lecteur laissa le journal, et la servante se leva, bégayant :

« Monsieur Xavier..., maître!... maître!...

— Silence! » interrompit Xavier, et il s'approcha à pas de loup de la fenêtre au bas de laquelle il semblait que se fissent entendre les grondements furieux des chiens, qui, du reste, s'étaient tus de nouveau. Le curé, faisant de sa main droite un cornet à son oreille, attendait de sa place.

« Oncle, murmura Xavier.

— Petit?

— Les chiens se taisent, mais je jurerais entendre des voix.

— Alors, comment se taisent-ils? »

Le jeune homme ne répondit pas, occupé qu'il était à enlever la barre de la fenêtre avec le moins de bruit possible. Il entr'ouvrit doucement les volets, souleva l'espagnolette, et, encouragé par le silence qui régnait, il se résolut à pousser le vitrage. Un froid aigu entra dans la pièce, de laquelle on aperçut un pan de ciel sombre, parsemé d'étoiles, dans la profondeur duquel se dessinaient les contours vagues des arbres du bosquet. Au même instant, un sifflet aigu déchira l'air, une détonation retentit, et une balle, effleurant les cheveux de Xavier, alla s'incruster dans le mur de face.

Xavier ferma instinctivement la fenêtre, et le curé, s'élançant vers son neveu, le palpa avec sollicitude.

« Les damnés!... T'ont-ils atteint, enfant?

— Si c'eussent été des balles à loup... aie de moi! dit Xavier quelque peu ému.

— Sont-ils là?

— Derrière les premiers châtaigniers du bois.

— Mets la barre. Prends l'escopette, les balles... la poire à poudre... Prends également notre Lefauchaux... tu entends?... »

Ici, le curé dut élever la voix comme s'il commandait une manœuvre militaire, les aboiements désespérés des chiens résonnant plus fort d'instant en instant.

« Et maintenant, en avant, pendant qu'ils aboient... avant qu'ils se taisent, mille tonnerres!...

— Si nous connaissions quelqu'un de la bande, je le sifflerais ou lui parlerais, opina le garçon de ferme, debout, empoignant une fourche à faucher le genêt, tandis que la servante, tapie près du feu, tremblait de tous ses membres et poussait par instants des gémissements étouffés. Le curé, ouvrant un judas pratiqué dans l'épaisseur des volets, y passa le poing et cassa une vitre, puis collant sa bouche à l'ouverture, il cria aux chiens d'une voix forte :

« Sus, sus, *Chucho, Morito, Linda*! sus... allez, allez! *Animo, Linda*! mettez-les en pièces!... »

Les chiens, fous de rage, se précipitèrent. On entendit, au pied même de la fenêtre, un bruit de lutte, des menaces sourdes, un *aïe* de douleur, une imprécation, puis, les plaintes d'un animal agonisant.

« Le pauvre Morito!... maintenant il ne chassera plus le renard! » murmura tristement le laboureur.

En même temps le curé, prenant son escopette des mains de Xavier, la chargeait jusqu'à la gueule.

« Laisse-moi avec mon escopette de perdrix... elle est vieille, mais redoutable... Toi, arrange-toi avec le Lefaucheux... Pour moi... ces nouveautés... Je suis pour l'ancienne mode... As-tu des cartouches? »

— Oui, Monsieur, répondit Xavier, se disposant également à charger son élégante carabine.

— Sont-ils là-dessous?

— Au pied même de la fenêtre... Il se peut qu'ils dressent les échelles.

— Par la seconde porte d'entrée y a-t-il du danger?

— Je crois que non... Ils ont à sauter le mur de la cour, et nous pouvons les fusiller de la galerie.

— Et par la porte du cellier?

— S'ils y mettent le feu, oui. Pour la rompre, ils ne la rompront pas!

— Alors, nous allons nous égayer un instant. Attendez, attendez, mes petits amis!

Xavier regarda la figure de son oncle. Ses narines étaient dilatées, sa bouche était sardonique, le bout de sa langue dépassait ses dents, ses joues en feu, ses prunelles brillantes, ni plus ni moins que lorsque dans la montagne son rabatteur favori s'arrêtait, lui signalant une bande de perdrix cachée dans les genêts. Quant à Xavier, il abhorrait ces préparatifs de chasse humaine.

En cet instant suprême, tandis qu'il glissait dans son sac les projectiles meurtriers, il pensait qu'il se plairait bien davantage dans le cloître de l'Université, au café, ou à la foire du quinze, achetant des *rosquillas* (1), et des caramels aux jeunes filles du *Paso de Valdovar*. Il revoyait en imagination la foire, les cornes luisantes des bœufs, l'œil doux des vaches, le triste pelage des rosses; il entendait la voix fraîche de Casildita del Paso, qui lui disait, dans l'accent mignard et traînant du pays: « Aïe! pour Dieu, donne-moi le bras... *qu'avec* tant de gens on ne peut pas avancer!... » Il croyait sentir la pression de son petit bras. Hélas! c'était la main musculeuse et velue du curé qui le poussait vers la fenêtre.

« Éteignez la lampe (ce qui fut fait de suite par trois souffles vigoureux), commençons la fête. Je charge, tu tires... tu charges, je tire... Eh! Thomas, cria-t-il à la servante, ne crie pas, tu ressembles à une helette... Sors de l'eau, de l'huile, du vin, autant qu'il y en a... Toi, ajouta-t-il en s'adressant au garçon de ferme, à la terrasse! S'ils montent à cheval sur le mur, avise-moi. »

Il dit, puis il entr'ouvrit avec précaution le volet, ne faisant qu'une imperceptible ouverture, tout au plus assez grande pour laisser passer le canon d'une escopette et l'œil avisé d'un homme. Xavier tremblait au contact du froid de la nuit, mais il se remit bien vite, car il n'était pas lâche, et il regarda en bas. Un groupe sombre fourmillait, on entendait comme une délibération faite à voix basse.

« Feu! lui dit son oncle à l'oreille.

— Ils sont vingt au moins, répondit Xavier.

— Et puis? grogna le curé. Tout en faisant impatiemment cet aparté à son neveu, il appuya dans l'embrasure de la fenêtre son escopette et tira. Il se produisit immédiatement un trouble dans le groupe, et le curé se frotta les mains.

« Un est tombé les jambes en l'air, *quoniam!* murmura-t-il, prononçant la parole latine avec laquelle, depuis le temps lointain du séminaire, il remplaçait toutes les interjections qui abondent dans la langue espagnole. Maintenant, à toi, enfant. Ils ont une échelle. Le premier qui monte... »

(1) Sorte de gâteaux secs très durs et très sucrés.

Les doigts de Xavier se crispèrent sur son élégante carabine Lefauchaux, mais peu à peu ils se détendirent.

« Oncle, s'enhardit-il à murmurer, parmi ces gens, il y en a de connus. Je me souviens, maintenant, l'on en parlait à la foire. On assurait qu'il y'a là le chirurgien de Solas..., l'artificier de Junsende..., le frère du médecin de Doas... Voulez-vous que je leur parle? Avec un peu d'argent, il se peut qu'ils soient satisfaits et nous laissent la paix, sans que nous ayons à tuer personne.

— De l'argent! de l'argent! s'écria sourdement le curé. Sans doute, tu penses que cette maison renferme des millions!

— Et... et les fonds de l'église?

— Ils sont à l'église, *quoniam*, et je me laisserai rôtir la plante des pieds, comme le curé de Solas l'année passée, plutôt que de leur en donner un *ochavo*! Feu sur eux! Si tu as peur, j'irai, moi!

— Peur, non! s'écria énergiquement Javier. Et il posa sa carabine sur l'embrasure.

— Envoie-leur les deux coups! » commanda le curé.

Xavier appuya deux fois le doigt sur la gâchette, et aux deux détonations une clameur formidable répondit d'en bas. Le jeune homme n'avait pas encore eu le temps de relever la main, qu'une décharge formicable vint s'aplatir dans les volets, arrachant de longs éclats de bois et les enlevant presque, décharge. Au travers du vacarme on distinguait des bruits différents entre eux : le coup sec des pistolets, le retentissement sonore de la carabine, le pétard des mousquets.

Xavier recula vacillant, le bras droit pendant. Sa carabine tomba à terre.

« Qu'as-tu, enfant?

— Ils doivent m'avoir cassé le poignet, » gémit le jeune homme, allant tomber presque inanimé sur le banc.

Le curé, qui chargeait son escopette, se sentit tirer par les pans de sa lévite, et à la clarté douteuse du feu de l'âtre, il vit un spectre livide qui se traînait à ses pieds. C'était la servante, qui murmura d'une voix inintelligible :

« Maître, maître... rendez-vous, maître... sur votre âme, maître... sinon ils vont nous tuer... nous mourrons tous...

— Arrière, *quoniam*! » proféra le vieux curé, s'élançant à la fenêtre. Xavier, devenu inutile, soupirait en essayant d'attacher son mouchoir de la main gauche. La servante ne se relevait pas, paralysée par la peur; mais le curé, sans s'inquiéter de ces invalides, ouvrit rapidement la fenêtre et vit une échelle appuyée au mur, et vacillant sous le poids des hommes qui y montaient.

Il tira au hasard et atteignit le dernier échelon. Levant ensuite son escopette, il la brandit par le canon, et, d'un vigoureux coup de culasse, il envoya rouler les assaillants du premier échelon.

Plusieurs détonations lui répondirent; mais déjà le curé, retiré à l'intérieur, chargeait de nouveau son arme.

Xavier, qui avait cessé de gémir, s'approcha résolument.

« Oncle, maintenant, vous ne tiendrez pas un quart d'heure. Ils vont entrer par ici ou par le patio. J'ai senti une odeur de pétrole. Ils brûleront la porte de la cave. Je ne peux plus tirer; pourtant, je voudrais vous servir à quelque chose.

— Versez-leur de l'huile bouillante de la main gauche.

— Je vais faire sortir la *Rabona* de l'écurie par le portail et faire un temps de galop jusqu'à Doas.

— Au poste de la garde?

— Au poste de la garde.

— Il n'est plus temps; tu me retrouveras mort. Enfant, adieu! Récite-moi un *patier*, et que l'on dise des messes pour le repos de mon âme.

— Faites qu'ils attendent... enretenez-les... J'irai à travers les airs! »

La silhouette obscure du garçon de ferme se détacha un instant sur le mur rouge du foyer et se fondit ensuite dans les ténèbres de la galerie.

L'oncle rétrécit ses épaules et, se montrant, déchargea une fois de plus son escopette

bout portant. Puis, il courut vers l'âtre et détacha vigoureusement la lourde marmite, qui bouillait sur les braises, retenue par une large chaîne de fer. Il ouvrit entièrement la fenêtre et, sans se garantir davantage, il leva le pot et le versa d'un seul coup sur la tête des ennemis. On entendit un immense hurlement, et comme si ce goupillon brûlant eût servi d'aiguillon à la rage que leur causait une défense si héroïque, tous se précipitèrent vers l'échelle, montant sur les épaules les uns des autres, et tandis que deux ou trois hommes passaient par-dessus le mur et luttait avec le garçon de ferme, une masse humaine tomba sur le curé, qui se défendait encore à coups de crosse.

Lorsque la grappe d'hommes s'égrena, l'on put voir, à la clarté de la lampe, le vieillard étendu par terre, lié et bâillonné.

Les voleurs avaient la face charbonnée, des barbes postiches ; ils portaient des mouchoirs liés autour de la tête, des chapeaux à larges bords et d'autres accessoires qui leur donnaient une physionomie diabolique. Un homme de haute taille, résolu et laconique, demanda des balles et, en deux secondes, fit fermer la porte et bâillonner la servante et le garçon de ferme.

Un de ses compagnons lui dit quelque chose à voix basse. Le chef s'approcha du curé vaincu.

« Eh ! monsieur l'abbé ! ne faites pas le mort ! Il y a là un homme blessé par vous qui veut se confesser. »

Par l'escalier de la cave, quatre hommes montaient en effet pesamment, portant un fardeau. Arrivés à la cuisine, on vit qu'ils tenaient en l'air un corps laissant derrière lui des traînées de sang. La tête du blessé ballotait doucement ; ses yeux, qui commençaient à se vitrer, paraissaient de porcelaine dans sa face noircie ; sa bouche était entr'ouverte.

« Le confesser ! dit le chef. Ne voyez-vous pas qu'il rend le dernier soupir ? »

Mais le moribond, à peine assis sur le banc, où ses compagnons lui soutinrent la tête, fit un mouvement ; son regard se ranima :

« Confession ! » cria-t-il d'une voix haute et claire.

L'on détacha le curé et on le poussa au pied du banc. Les lèvres du blessé remuèrent comme s'il articulait un acte de contrition ; mais le curé connaissait les symptômes de la mort, et, voyant une écume rosée se montrer aux coins de la bouche, il leva la main et prononça rapidement : *Je t'absous*, au moment même où la tête du moribond retombait pour la dernière fois sur sa poitrine.

« Relevez-le, dit le chef. Et maintenant, que monsieur l'abbé dise où il serre son argent.

— Je n'ai rien à vous donner », répondit avec fermeté l'abbé.

Ses sourcils se froncèrent ; son teint, au lieu d'être animé comme de coutume, avait la pâleur bilieuse de la colère ; ses mains, dont les muscles étaient gonflés par les cordes, tremblaient d'un tremblement sénile.

« Je vous dirai autre chose dans dix minutes. Nous allons vous frir les doigts dans l'huile bouillante, dans celle-là même dont vous nous avez arrosés. Nous allons vous asseoir sur les braises, à une heure... A deux heures... »

Le curé regarda autour de lui et vit sur la table où il avait soupé le couteau servant à découper le pain. Avec un bond de tigre, il s'élança sur l'arme, la saisit, et, renversant d'un coup de pied la table et la lampe, protégé par cette barricade, il commença à se défendre à tâtons, dans l'obscurité, sans sentir les coups, sans songer à autre chose qu'à mourir noblement, tandis que ceux qui voulaient le brûler le criblaient de balles...

Le sergent de la garde civique de Doas, qui arriva une demi-heure plus tard sur le lieu du combat, alors que les voleurs cherchaient inutilement sous les poutres, entre les feuilles de maïs de la paillassse, jusque dans le bréviaire du curé, m'assura que le cadavre de celui-ci n'avait plus forme humaine, tant il était percé de coups, maculé et contusionné. Le même sergent m'a dit que depuis la mort du curé les perdrix abondent. Puis, il me montra Xavier, qui ne chasse plus, par la bonne raison qu'il est manchot de la main droite.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Graja de Meiras, 9 août 1883.

NIETO DEL CID.

El anciano cura del santuario de San Clemente de Boan cenaba sosegadamente sentado á la mesa, en un rincón de su ancha cocina. La luz del triple mechero del velón señalaba las acentuadas líneas del rostro del párroco, las espesas cejas canas, el cráneo tonsurado, pero revestido aún de blancos mechones, la piel rojiza, sanguinea, que en robustas dobleces rebosaba del alzacuello.

Ocupaba el cura la cabecera de la mesa; en el centro su sobrino, guapo mozo de veintidos años, despachaba con buen apetito la ración; y al extremo, el criado de labranza, remangada hasta el codo la tosca camisa de estopa, hundía la cuchara de palo en un enorme tazón de caldo humeante y lo trasegaba silenciosamente al estómago.

Servía á todos una moza aldeana, que aprovechaba la ocasión de meter también cucharada, ya que no en los platos, en las conversaciones.

El servicio se lo permitía, pues no pecaba de complicado, reduciéndose á colocar ante los comensales un mollete de pan gigantesco, á sacar de la alacena vino y platos, á empujar descuidadamente sobre el mantel el tarterón de barro colmado de patatas con unto.

—Señorito Javier, preguntó en una de estas maniobras; ¿qué oyó de la gavilla que anda por ahí?

—¿De la gavilla, chica? Aguárdate... contestó el mancebo alzando su cara animada y morena... ¿Qué oí yo de la gavilla? No, pues algo me contaron en la feria.... Sí, me contaron...

—Dice que al señor abad de Lubrego le robaron barbaridad de cuartos... cien onzas. Estuvieron esperando á que vendiese el centeno de la *tulla* y los bueyes en la feria del quince, y ala que te cojo.

—¿No se defendió?

—¿Y no sabe que es un señor viejecito? Aun para más aquellos días estaba encamado con dolor de huesos.

El párroco, que hasta entonces había guardado silencio, levantó de pronto los ojos, que bajo sus cejas nevadas resplandecieron como cuentas de azabache, y exclamó:

—Qué defenderse ni qué... En toda su vida supo Lubrego por donde se agarra una escopeta.

—Es viejo.

—Bah, lo que es por viejo... Sesenta y cinco años cumplo yo para Pentecostés y sesenta y seis hará él en Corpus, lo sé de buena tinta, me lo dijo él mismo. De modo que la edad...

lo que es á mí no me quitó la puntería, alabado sea Dios.

Asintió calurosamente el sobrino.

—¡Vaya! Y si no que lo digan las perdices de ayer, ¿eh? Me remendó Vd. la última.

—Y la liebre de hoy, ¿eh, rapaz?

—Y el raposo del domingo, intervino el criado, apartando el hocico de los vapores del caldo. ¡Cuando el señor atad lo trajo *arrastando* con una sogra así (y se apretaba el gaznate) gañía de Dios! Ouú... Ouú...

—Allí está el maldito, murmuró el cura señalando hácia la puerta, donde se extendía, clavada por las cuatro extremidades, una sanguinolenta piel.

—No comerá más gallinas, agregó la criada amenazando con el puño á aquel despojo inerte.

Esta conversacion venatoria devolvió la serenidad á la asamblea, y Javier no pensó en referir lo que sabía de la gavilla. El cura, después de dar gracias mascullando latin, se enjugó con vino, cruzó una pierna sobre otra, encendió un cigarrillo, y alargando á su sobrino un periódico doblado, murmuró entre dos chupadas:

—A ver luego que trae *La Fé*, hombre.

Dió principio Javier á la lectura de un artículo de fondo, y la criada, sin pensar en recoger la mesa, sacó para sí del pote una taza de caldo y sentóse á comerla en un banquillo al lado del hogar. De pronto cubrió la voz sonora del lector un aullido recio y prolongado. La criada se quedó con la cuchara enarbolada sin llevarla á la boca. Javier aplicó un segundo el oído, y luego prosiguió leyendo, mientras el cura, indiferente, soltó bocanadas de humo y despedía de lado frecuentes salivazos. Trascurrieron dos minutos, y un nuevo aullido, al cual siguieron latidos furiosos, rompió el silencio exterior. Esta vez el lector soltó el periódico, y la criada se levantó tartamudeando:

—Señorito Javier... señor amo... señor amo...

—Calla, ordenó Javier; y, de puntillas, acercóse á la ventana, bajo la cual parecía que sonaba el alboroto de los perros; mas éste se aquietó de repente. El cura, haciendo con la diestra pabellón á la oreja, atendía desde su sitio.

—Tío, siseó Javier.

—Muchacho.

—Los perros callaron; pero juraría que oigo voces.

—¿Entonces cómo callaron?

No contestó el mozo, ocupado en quitar la tranca de la ventana con el menor ruido posible. Entreabrió suavemente las maderas, alzó la falleba, y animado por el silencio, resol-

vióse á empujar la vidriera. Un gran frío penetró en la habitación; vióse un trozo de cielo negro tachonado de estrellas, y se indicaron en el fondo los vagos contornos de los árboles del bosque, sombríos y amontonados. Casi al mismo tiempo rasgó el aire un silbo agudo, se oyó una detonación, y una bala, rozando la cima del pelo de Javier, fué á clavarse en la pared de enfrente. Javier cerió por instinto la ventana, y el cura, abalanzándose á su sobrino, comenzó á palparlo con afán.

—¡Re... condenados! ¿Te tocó rapaz?

—¡Si aciertan á tirar con munición lobera... me divierten! pronunció Javier algo inmutado.

—¿Están ahí?

—Detrás de los primeros castaños del soto.

—Pon la tranca... así... anda volando por la escopeta... las balas... el frasco de la pólvora... Trae también el *Lafuché*... ¿oyes?

Aquí el párroco tuvo que elevar la voz como si mandase una maniobra militar, porque el desesperado ladrido de los perros resonaba cada vez más fuerte.

—Ahora, ahí, ladrar... ¿Por qué callarían antes, mal rayo?

—Conocerían á alguno de la gavilla; les silbaría ó les hablaría, opinó el gañán, que estaba de pie, empuñando una horquilla de coger el tajo, mientras la criada, acurrucada junto á la lumbre, temblaba con todos sus miembros y de cuando en cuando exhalaba una especie de chillido ratonil. El cura, abriendo un ventanillo practicado en las maderas de la ventana, metió por él el puño y rompió un cristal; enseguida pegó la boca á la abertura, y con voz potente gritó á los perros:

—¡A ellos, Chucho, Morita, Linda... Chucho, duro en ellos, ahí, ahí... ánimo Linda, hazlos pedazos!

Los ladridos se tornaron, de rabiosos, frenéticos; oyóse al pie de la misma ventana ruido de lucha; amenazas sordas, un ¡ay! de dolor, una imprecación, y luego quejas como de animal agonizante.

—¡El pobre Morito... ya no dará más el raposo! murmuró el gañán.

Entretanto el cura, tomando de manos de Javier su escopeta, la cargaba con maña singular.

—A mí déjame con mi escopeta de las perdices... vieja y tronada... Tú entiéndete con el *Lafuché*... yo esas novedades... ¡Bah! estoy por la antigua española. ¿Tienes cartuchos?

—Sí señor, contestó Javier disponiéndose también á cargar la carabina.

—¿Están ya debajo?

—Al pie mismo de la ventana... Puede que estén poniendo las escalas.

—¿Por el portón hay peligro?

—Creo que no. Tienen que saltar la tapia del corral, y los podemos fusilar desde la solana.

—¿Y por la puerta de la bodega?

—Si le plantan fuego.... Romper no la rompen.

—Pues vamos á divertirnos un rato... Aguarday, aguarday, amiguitos.

Javier miró á la cara de su tío. Tenía éste las narices dilatadas, la boca sardónica, la punta de la lengua asomando entre los dientes, las mejillas encendidas, los ojuelos brillantes, ni más ni ménos que cuando en el monte el perdiguero favorito se paraba señalando un bando de perdices oculto entre los retamares. Por lo que hace á Javier, horrorizábanle aquellos preparativos de caza humana. En tan supremos instantes, mientras deslizaba en la recámara el proyectil, pensaba que se hallaría mucho más á gusto en los claustros de la Universidad, en el café ó en la feria del quince, comprándose rosquillas y caramelos á las señoritas del Pazo de Valdomar. Volvió á ver en su imaginación la feria, los relucientes ijares de los buyes, la mansa mirada de las vacas, el triste pelaje de los rocines, y oyó la fresca voz de Casildita del Pazo, que le decía con el arrastrado y mimoso acento del país:

—¡Ay, déme el brazo por Dios, que aquí no se anda con tanta gente!

Creyó sentir la presión de un bracito... No, era la mano peluda y musculosa del cura, que le impulsaba hácia la ventana.

—A apagar el velón... (hízolo de tres valientes soplidos). A empezar la fiesta. Yo cargo, tú disparas... tú cargas, yo disparo... ¡Eh, Tomasa! gritó á la criada; no chilles, que parece la comadreja... Pon á hervir agua, aceite, vino, cuanto haya... Tú, añadió dirigiéndose al gañán, á la solana. Si montan á caballo de la muralla, me avisas.

Dijo, y con precaución entreabrió la ventana, dejando sólo un resquicio por donde cupiese el cañón de una escopeta y el ojo avizor de un hombre. Javier se estremeció al sentir el helado ambiente nocturno; pero se rehizo presto, pues no pecaba de cobarde, y miró abajo. Un grupo negro hormigueaba; se oía como una deliberación en voz misteriosa.

—¡Fuego! le dijo al oído su tío.

—Son veinte ó más, respondió Javier.

—Y qué, gruñó el cura al mismo tiempo que apartaba á su sobrino con impaciente ademán; y apoyando en el alféizar de la ventana el cañón de la escopeta, disparó.

Hubo un remolino en el grupo, y el cura se frotó las manos.

—¡Uno cayó patas arriba... *quoniam!* murmuró pronunciando la palabra latina, con la cual desde los tiempos del seminario, reemplaza-

zaba todas las interjecciones que abundan en la lengua española. Ahora tú, rapaz. Tienen una escala: al primero que suba...

Los dedos de Javier se crispaban sobre su hermosa carabina Lefauchaux, mas al punto se aflojaron.

—Tío, atreviéndose á murmurar, entre esos hay gente conocida; me acuerdo ahora de que lo decían en la feria. Aseguran que viene el cirujano de Solás, el cohetero de Günsende, el hermano del médico de Doas. ¿Quiere Vd. que les hable? Con un poco de dinero puede que se conformen y nos dejen en paz, sin tener que matar gente.

—¡Dinero, dinero! exclamó roncamente el cura. ¿Tú sin duda piensas que en casa hay millones?

—¿Y los fondos del santuario?

—Son del santuario, *quoniam*, y antes me dejaré tostar los pies como le hicieron al cura de Solás el año pasado, que darles un ochavo. Pero mejor será que le agujereen á uno la piel de una vez y que no se la tuesten. ¡Fuego en ellos! Si tienes miedo, iré yo.

—Miedo no, declaró Javier; y descansó la carabina en el alféizar.

—Lárgales los dos tiros, mandó su tío.

Dos veces apoyó Javier el dedo en el gatillo, y á las dos detonaciones contestó desde abajo formidable clamoreo: no había tenido tiempo el mancebo de recoger la mano, cuando se aplastó en las hojas de la ventana una descarga cerrada, arrancando astillas y destrozándolas: componían su terrible estrépito estallidos diferentes, seco tronar de pistoletazos, sonoro retumbo de carabinas y tronido de trabucos y tercerolas. Javier retrocedió, vacilando; su brazo derecho colgaba; la carabina cayó al suelo.

—¿Qué tienes, rapaz?

—Deben haberme roto la muñeca, gimió Javier, yendo á sentarse en el banco casi exánime.

El cura, que cargaba su escopeta, se sintió entonces asido por los faldones del levitón, y á la dudosa luz del fuego del hogar vió un espectro pálido que se arrastraba á sus pies. Era la criada que silabeaba con voz apenas inteligible:

—Señor... señor amo... ríndase, señor... por el alma de quien lo parió... señor, que nos matan... que aquí morimos todos...

—¡Suelta, *quoniam*! profirió el cura lanzándose á la ventana.

Javier, inutilizado, exhalaba ayes, tratando de atarse con la mano izquierda un pañuelo; la criada no se levantaba, paralizada de terror; pero el cura, sin hacer caso de aquellos inválidos, abrió rápidamente las maderas y vió una escala apoyada en el muro, y casi tropezó con

las cabezas de dos hombres que por ella ascendían. Disparó á boca de jarro y se desprendió el de abajo; alzó luego la escopeta, la blandió por el cañón y de un culatazo echó á rodar al de arriba. Sonaron varios disparos, pero ya el cura estaba retirado adentro, cargando el arma.

Javier, que ya no gemía, se le acercó resuelto.

—A este paso, tío, no resiste Vd. ni un cuarto de hora. Van á entrar por ahí ó por el patio. He notado olor á petróleo; quemarán la puerta de la bodega. Yo no puedo disparar. Quisiera servirle á Vd. de algo.

—Viérteles encima aceite hirviendo con la mano izquierda.

—Voy á sacar la Rabona de la cuadra por el porton, y á echar un galope hasta Doas.

—¿Al puesto de la Guardia?

—Al puesto de la Guardia.

—No es tiempo ya. Me encontrarás difunto. Rapaz, adios. Rézame un Padre nuestro y que me digan misas. ¡Entra, taca, si quieres!

—¡Haga Vd. que se rinde... entreténgalos... Yo iré por el aire!

La silueta negra del mancebo cubrió un instante el fondo rojo de la pared del hogar, y luego se hundió en las tinieblas de la solana. El tío se encogió de hombros, y asomándose, descargó una vez más la escopeta á bulto. Luego corrió al lar y descolgó briosamente el pesado pote que pendiente de larga cadena de hierro hervía sobre las brasas. Abrió de par en par la ventana, y sin precaverse ya, alzó el pote y lo volcó de golpe encima de los enemigos. Se oyó un aullido inmenso, y como si aquel rocío abrasador fuese incentivo de la rabia que les causaba tan heroica defensa, todos se arrojaron á la escala, trepando unos sobre los hombros de otros; y á la vez que por las tapias se descolgaban dos ó tres hombres y luchaban con el gañán, una masa humana cayó sobre el cura, que aún resistía á culatazos. Cuando el racimo de hombres se desgranó, pudo verse á la luz del velón que encendieron, al viejo, tendido en el suelo, maniatado.

Venían los ladrones tiznados de carbón, con barbas postizas, pañuelos liados á la cabeza, sombrerones de anchas alas y otros arreos que les prestaban endiablada catadura. Mandábalos un hombre alto, resuelto y lacónico, que en dos segundos hizo cerrar la puerta y amarrar y poner mordazas al criado y la criada. Uno de sus compañeros le dijo algo en voz baja. El jefe se acercó al cura vencido.

—Eh, señor abad... no se haga el muerto... Hay ahí un hombre herido por Vd. y quiere confesión...

Por la escalera interior de la bodega subían pesadamente conduciendo algo; así que llega-

ron á la cocina vióse que eran cuatro hombres que traían en vilo un cuerpo, dejando en pos charcos de sangre. La cabeza del herido se balanceaba suavemente; sus ojos, que empezaban á vidriarse, parecían de porcelana en su rostro tiznado; la boca estaba entreabierta.

—¡Qué confesión ni!... dijo el jefe. ¡Si ya está dando las boqueadas!

Pero el moribundo, apenas lo sentaron en el banco, sosteniéndole la cabeza, hizo un movimiento, y su mirada se reaninó.

—¡Confesión! clamó en voz alta y clara.

Desataron al cura y lo empujaron al pié del banco. Los labios del herido se movían como recitando el acto de contrición; el cura conoció el estertor de la muerte y distinguió una espuma color de rosa que asomaba á los cantos de la boca. Alzó la mano y pronunció *ego te absolvo* en el momento en que la cabeza del herido caía por última vez sobre el pecho.

—Llévrselo, ordenó el jefe. Y ahora diga el señor abad donde tiene los cuartos.

—No tengo nada que darles á Vds., respondió con firmeza el cura.

Sus cejas se fruncían, su tez ya no era rubicunda, sino que mostraba la palidez biliosa de la cólera, y sus manos, lastimadas, estranguladas por los cordeles, temblaban con tembleque senil.

—Ya dirá Vd. otra cosa dentro de diez minutos... Le vamos á freir á Vd. los dedos en aceite del que Vd. nos echó. Le vamos á sentar en las brasas. A la una... á las dos...

El cura miró alrededor y vió sobre la mesa donde habían cenado el cuchillo de partir pan. Con un salto de tigre se lanzó á asir el arma, y derribando de un puntapié la mesa y el velón, parapetado tras de aquella barricada, comenzó á defenderse á tientas, á oscuras, sin sentir los golpes, sin pensar más que en morir noblemente, mientras á quemarropa lo acribillaban á balazos...

El sargento de la Guardia civil de Dcas, que llegó al teatro del combate media hora despues, cuando aún los salteadores buscaban inútilmente bajo las vigas, entre la hoja de maíz del jergon y hasta en el Breviario, los cuartos del cura, me aseguró que el cadáver de éste no tenía forma humana, según quedó de agujereado, magullado y contuso. También me dijo el mismo sargento que desde la muerte del cura de Boan abundaban las perdices; y me enseñó en la feria á Javier, que no persigue caza alguna, porque es manco de la mano derecha.

Emilia Pardo Bazan.

Granja de Meirás.—Julio 9 de 1883.

SALOMON (1).

(DE V. HUGO.)

Soy el rey de siniestro señorío;
arraso la ciudad, construyo el templo;
á mi lado medita mi sombrío
arquitecto, mostrando con su ejemplo
á la altiva ciudad mi poderío.

El sostiene la rígida paleta;
blande un ministro mi desnuda espada;
es bueno lo que elevan; es completa
la cúpula hasta el cielo levantada,
y que al Eterno con su orgullo reta.

Mi soplo al cielo sube, más altivo
que el huracan de Libia; Jehová á veces
se conmueve en su trono, cual cautivo.
Hijo del crimen, fruto de sus heces,
tengo el saber amargo y feliz vivo.

El mismo Lucifer, hoy tomaría
entre el abismo y el supremo cielo,
por juez á Salomon; mi alma sombría
hace temblar, creer; yo trocaría
el mundo alegre en miserable duelo.

Conquistador y déspota, me aclaman;
pontífice, me siguen; rey, abrumo
los hombres con la gloria que derraman
mis ojos; sacerdote, con el sumo
terror que da la muerte á los que infaman.

Yo he visto la vision de los festines,
el dedo que dibuja el *Thecol Phares*,
las batallas, los carros, los clarines,
la sangre de los muertos paladines
y la espuela rasgando los ijares!

Soy grande como el ídolo moroso;
como un jardín cerrado, misterioso;
siempre á la humana vista enigma oscuro;
sin embargo, con ser tan poderoso,
algo empaña mi cielo ardiente y puro.

Podeis quitarme el cetro refulgente,
mi trono y el arquero de mi almena,
cuanto brilla y se impone prepotente;

(1) De *El grupo de los idilios*.



NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE

NUMÉRO 6. — 1^{er} AVRIL 1890.

ESPIEGLERIE PONTIFICALE

Le vulgaire ne se représente guère les Papes, que comme des êtres abstraits, solennels, graves, courbés et opprimés, à la façon des cariatides, sous le poids de la Chrétienté entière, gravitant sur leur épaules. Pour la généralité, les souverains pontifes passent leur vie dans l'attitude de leurs portraits, joignant les mains pour prier, ou étendant la dextre pour bénir. A la vérité, les papes, dont la vertu a la pureté de l'enfance, sont d'une humeur enjouée, d'une gaieté angélique, d'un esprit subtil, qu'ils se plaisent à exercer dans l'intimité.

Ils ne se croient pas obligés d'être raides et compassés, parcequ'ils se rapprochent des saints, bien plus que des hommes. Ils y voient, et d'une lieue. Ils entendent pour ainsi dire, croître l'herbe. Ils observent tout avec une pénétration prodigieuse, et leur sourire est spirituel autant qu'humain. Du reste, pourquoi ne riraient ils pas? Le sérieux et la raideur systématiques sont les attributs de l'ignorance. Parfois, les larmes obscurcissent les regards des inconscients: jamais la lueur du sourire, n'illumine leur face immobile et fermée. Le rire est donc la raison, le rire est donc l'âme.

Il n'en faudrait pas conclure, que le rire papal, se traduit par des éclats bruyants, par des gestes grotesques, comme de se tenir le ventre à deux mains, ou de se décrocher les mandibules. Le rire des Papes dépasse à peine les limites du sourire, qui est l'attribut de la mélancolie, tandis que le rire est la manifestation joyeuse ou malicieuse d'un esprit observateur. La mélancolie, a une saveur d'amertume, de misanthropie, d'ennui et de pessimisme. Or, les papes, entourés d'amour et de vénération, inspirés par l'esprit de charité, ne sont jamais amers ou misanthropes.

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE. — NUM. 6

29

En outre, leurs occupations multiples ne leur laissent guère le temps de s'ennuyer. Ils ignorent donc cet infécond chagrin psychique appelé mélancolie, distillé en nous par le double fiel de notre foie et de nos déceptions. D'autre part, les papes sont presque toujours des hommes de talent, ils occupent une situation suprême, et sont remplis d'expérience chrétienne et mondaine. Leur rire modéré exprime donc le *sumum* de la philosophie de ce monde.

Ces observations me sont suggérées par une anecdote que je vais conter, et qui se passa, il y a pas mal d'années, non sous le pontificat actuel, mais lorsque la souveraineté du Successeur de Saint Pierre avait atteint l'apogée de sa splendeur.

Son Excellence, Mr. Innocent Pavón, Asturien de naissance, mais élevé à Madrid sous l'aile protectrice d'un illustre personnage du parti modéré, avait obtenu, après plusieurs échecs dans le monde administratif et officiel, et moyennant des démarches et des influences qui nous importent peu, d'assumer à la cour pontificale la représentation de trois ou quatre républiques hispano-américaines, des plus inconnues, des plus modestes et des plus nouvelles qui soient écloses dans ce temps là.

Grâce à ce *haut poste*, maître Pavón se considérait comme un ambassadeur de grande volée. Il n'eut pas fait bon de lui démontrer qu'il pouvait être égalé, sinon surpassé, dans l'art de la représentation. Toisant avec une compassion dédaigneuse les membres du corps consulaire, il aspirait à ne frayer uniquement qu'avec les plénipotentiaires des grandes puissances.

Malheureusement, ces messieurs avaient une allure si imposante, une physionomie si sérieuse, des favoris si dignes, des moustaches si correctes, un regard si discret, qu'on eut juré qu'ils ne voyaient pas le reste de l'humanité. La raideur de l'ambassadeur d'Angleterre, la morgue impertinente de l'Autrichien, les formes familières, mais protectrices et humiliantes de l'Espagnol, l'aisance hardie du Français, pesaient lourd sur l'estomac de Pavón. En même temps, il les étudiait comme l'on étudie un art pour appliquer à son tour à ses inférieurs, ces façons lentes et dédaigneuses, qui lui paraissaient le ton diplomatique par excellence.

Il fallait voir Pavón quand il revêtait un uniforme de fantaisie, choisi parmi différents modèles plus brodés les uns que les autres, et qu'il assistait aux réceptions, dans la loggia Vaticane, ou qu'il accourait aux audiences privées, qu'à chaque alerte, il demandait au Pontife. Il ne manquait jamais de prétexte de donner la migraine au pape. Comme les petites républiques représentées par Pavón étaient en train de se constituer et se querellaient sans cesse à propos de limites, de frontières ou de territoires, il arrivait qu'aujourd'hui, par exemple, Pavón accourait exposer les plaintes d'une république, et que le lendemain, il forgeait des arguments contraires en faveur de sa rivale; le tout exécuté avec l'impartialité la plus stricte, la solennité la plus méticuleuse, et sans que le pape eut jamais l'air de s'apercevoir que Pavón lui disait et lui demandait le contraire de

ce que la veille il disait et demandait. Pavón soumettait également à la chambre Pontificale des questions juridiques et d'organisation ecclésiastique, distribution de paroisses, provision de sièges épiscopaux et autres choses du même genre. Pour ces cas-là, Pavón avait étudié et possédait sur le bout du doigt certaines formules oratoires, imposantes et sonores, comme si, d'une lieue plus ici ou plus là bas, d'un évêché *in partibus*, ou d'une paroisse de plus ou de moins dans la vallée de Pachacamac, eût dépendu la solution de quelque conflit international épineux, ou le salut de l'orbe chrétien. « Je demande toute l'attention de votre Sainteté, et celle de son éminence monseigneur le cardinal, secrétaire d'État, sur ce point ardu et délicat.... Le problème qui m'amène à vos pieds, très Saint-Père, est de ceux que, seule, une exquise prudence peut résoudre d'une façon satisfaisante... Aujourd'hui, nous allons élucider des matières hautement importantes, » etc., etc.

A chacune des affaires très-déliées qu'il arrangeait, disant à la fin *amen*, et accédant complètement aux indications du Vicaire du Christ, Pavón, qui possédait déjà toutes les décorations espagnoles, recevait quelque ordre ou quelque décoration pontificale. Mais, comme le nombre n'en est pas infini, un jour vint où il n'en resta aucune à lui conférer. Une occasion nouvelle de récompenser les services, le zèle et la diplomatie de Pavón se présentant, le cardinal secrétaire d'État dut demander au pape:

— Sainteté, je ne sais ce que nous allons offrir à ce *benedetto* Pavón. Il s'éternise à son poste. Voilà cinq ans qu'il réside à Rome, et il ne lui manque aucune distinction, croix ou ruban. Saint-Père, que lui donnons-nous?

— Ceci me regarde; je verrai ce que je dois lui offrir — répliqua tranquillement le souverain Pontife. — En effet: la première fois que Pavón vint au Vatican présenter ses respects au pape, celui-ci, l'appelant avec une familiarité affectueuse dans l'embrasement d'une fenêtre immense qui domine les jardins d'où, aujourd'hui, Léon XIII tend des pièges aux oiseaux, sortit une petite boîte de sa poche, et de cette boîte une tabatière d'or. Un cercle délicat de diamants entourait le couvercle, faisant ressortir l'émail artistique de la miniature, où souriait le visage placide et serein du pape. Comme l'on dit vulgairement, le Pontife était parlant: la perfection de ses traits, dignes d'une médaille; son front resplendissant d'intelligence; les mèches de sa chevelure argentée, échappant à la douce pression de la calotte blanche; les yeux rians, avec une pointe de malice là bas, tout au fond de la prunelle, tout, jusqu'aux hermines et au velours rouge du camail, ressortait dans cette œuvre d'art.

A part sa valeur — un trésor par son mérite intrinsèque — ce cadeau était la plus courtoise et la plus exquise des attentions, car rien n'agréait plus à sa Sainteté, que de prendre une prise de tabac parfumé. On raconte que dans une certaine occasion, ayant offert du râpé à un cardinal qui lui

répondit «qu'il n'avait point un semblable vice,» le pape répliqua: «Le tabac n'est pas un vice, car si c'en était un, vous l'auriez.» Quel cadeau mieux choisi de la part du pape, donc, qu'une tabatière!

Pavón se confondit en remerciements et en protestations de son indignité à recevoir une telle faveur.

Le jour suivant, le pape demanda au cardinal secrétaire— Que devient notre Pavón? Je suppose qu'il n'aura pas été mécontent?

— Mécontent! A! *Santità!* Mécontent! Mais il est fou de joie, il ne sait ce qu'il a! Cette nouvelle distinction l'a tellement déconcerté, lui a mis à tel point la cervelle à l'envers, qu'il en est arrivé à me demander.....

— Quoi donc?

— Que votre Sainteté devine ce qu'il m'a demandé.....

— A quoi servait la tabatière?

— Bien autre chose! De quelle couleur est le ruban!

— Le ruban pour la porter?

— Précisément.

Un sourire plus jovial et plus lumineux que jamais, resplendit sur le visage régulier du pape, donnant un éclat singulier à ses yeux clairs et vifs.

— Le ruban pour la porter, répéta-t-il. *Dio! È molto semplice.* Il n'y avait qu'à lui répondre: «Couleur de tabac.....»

Le secrétaire d'Etat ne put réprimer un éclat de rire, qui, franc et mélodieux, s'échappa de ses lèvres, jaillissant entre ses dents blanches, comme l'eau d'une fontaine de marbre antique.

Pas plus que le pape, le cardinal n'était capable de rire avec des spasmes brutaux, comme un faquin; son rire fin et discret s'harmonisait avec son type de prélat aristocratique et élégant, sa soutane taillée par le bon faiseur, serrée par une ceinture de soie rouge, son pied étroit et long, artistement chaussé, sa physionomie sagace et douceuse de diplomate italien. Cette minute plaisante écoulee, le pape et le secrétaire d'Etat se consacrèrent tout entiers aux affaires sérieuses, et on ne parla plus de Pavón, ni de sa tabatière.

A la première solennité qui eut lieu au Vatican, le cardinal et le Pontife échangèrent un rapide coup d'œil, en voyant entrer *il signor* Pavón, tout resplendissant de croix, d'étoiles, de plaques. Sa poitrine était un Calvaire aveuglant. Parmi cet attirail, un objet entre tous attirait l'attention, la curiosité, et peut-être l'envie des assistants, surpris et ignorants de ce que pouvait signifier cette décoration nouvelle et inconnue. Soutenue par un large ruban de soie, couleur de tabac mûr, la tabatière du pape, ornée de la belle tête du Pontife, attirait tous les regards par l'éclat fulgurant des diamants qui l'entouraient.

La plaisanterie durat-elle longtemps? Transpira-t-elle au dehors? Ce serait mal connaître le Vatican que de le supposer. Le Vatican est la discrétion même. Si les bonnes traditions et les formes affinées de la diplomatie et de

la courtoisie se perdaient, c'est au palais des papes qu'on les retrouverait.

On n'y conçoit point les lourdes plaisanteries, indices évidents de mauvais goût et d'éducation vulgaire. On ne concède aux faiblesses humaines, prévues, devinées, absentes à l'avance, d'autre attention, qu'un chuchotement discret, bien vite étouffé. Celui qui veut prendre des leçons de tact et de haute mondanité doit accourir au Vatican. Si les cléricaux grossiers et les radicaux fanatiques étaient capables de s'amender, c'est au Vatican que pourrait s'accomplir le prodige.

Quelques mois après que Pavón se fut présenté avec sa tabatière en sautoir, survint une occasion nouvelle de récompenser encore ses services. Cette fois, le cardinal secrétaire manifesta au pape que, pour sa part, il renonçait à chercher ce que sa Sainteté pourrait offrir à Pavón. Avec sa sérénité et son calme habituels, le Pontife répondit qu'il enverrait cependant sans retard à Pavón, un témoignage de sa gratitude et du cas qu'il faisait de son zèle et de son dévouement au St Siège. Dévoré de curiosité, le secrétaire d'État allait, venait, circulait, cherchant à deviner ce que pourrait bien être le don pontifical. Le pape, avec une malice d'enfant unie à la réserve d'un souverain, se taisait ou détournait la conversation, aussitôt que le cardinal l'amenait sur ce sujet. Les seules paroles qu'on put lui arracher furent celles-ci.

— Ce que je donnerai à Pavón? J'espère que c'est une chose qu'il ne pourra pas porter.

A la fin, cependant, le cardinal, n'y tenant plus, résolut de faire à Pavón une visite en toute règle, pour voir s'il arriverait à éclaircir le mystère. A peine était-il entré dans le salon, qu'il distingua un objet qui, certainement, était le cadeau du pape. Cette console immense, aux pieds cannelés et dorés, dans le style du premier empire, supportant une lourde mosaïque où se déployaient en demi-cercle le Panthéon, le Colysée, la colonnade du Bernin, l'acqua Paola, le Môle adrien et d'autres monuments universellement célèbres de Rome, était certainement la finesse trouvée par le Vicaire du Christ, pour que Pavón n'eut pas l'idée de pendre au cou son cadeau.

A peine fut-il admis en présence du pape, que le secrétaire lui dit plaisamment:

— S^t Père, j'ai eu le plaisir d'admirer le présent qu'a fait votre Sainteté *al signor Pavone. Bella cosa*. Seulement, cette fois, il ne m'a pas demandé la couleur du ruban.

— S'il la demande, il ne faut pas vous en étonner; mais bien lui répondre sur le champ, sans hésitation, qu'il est couleur de câble, ajouta avec une douce espièglerie l'auguste Vieillard, qui, enveloppé de sa soutane neigeuse, une lueur rose aux joues, le visage irradié de lumière, semblait un archange, volant au dessus des misères terrestres et des petitesse de la vanité humaine.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CONTE DE NOEL

LA NUIT DE NOEL EN ENFER

Il faisait un froid sibérien et il eût été doux de passer dans ma chambre close et dans mon lit bien chaud les dernières heures de la nuit. Mais ne pas assister à la messe de minuit? Rester, durant la nuit de Noël, parasseusement pelotonnée au coin du feu?... Non, du courage... Enveloppons-nous et sortons.

La cité épiscopale dormait sous la mystérieuse clarté de la lune. Dans les rues désertes on eût dit que des tentures d'une blancheur argentée succédaient aux zones de ténèbres. Jamais ces rues ne m'avaient paru aussi solitaires, aussi fantastiquement vieilles; jamais je n'avais trouvé un aspect aussi sévère aux antiques demeures qui portent fièrement leur blason et les sombres embrasures surmontées de chapiteaux byzantins ne m'avaient jamais semblé si effrayantes. Cette ombre noire qui glisse là-bas comme un fantôme n'en serait-elle pas un! Mon sang se glace dans mes veines quand, sortant des ténèbres, l'ombre s'arrête devant moi, immobile, muette, un doigt sur ses lèvres.

La lune verse sur elle un flot de lumière et je distingue son visage de cire à demi caché par le collet de son manteau et par un chapeau de feutre capricieusement bossué. Je connais cet homme. Je ne l'ai vu qu'un instant, mais je n'ai jamais oublié cette figure pensive et mélancolique. Alors les étudiants récitaient ses vers et vantaient l'ironie mordante de ses bons mots.

...Un an plus tard, le poète se tirait un coup de pistolet dans la tempe. Comment, après quatre lustres, le rencontré-je à cette heure, le 24 décembre, sur le chemin de la cathédrale?

Je veux l'interroger, mais, comme dans les rêves, aucun son ne sort de ma gorge. Il ne parle pas non plus et me fait signe de le suivre dans la direction de la basilique...

...Au lieu d'entrer avec les fidèles nous suivons, mon guide et moi, le mur de la façade neuve. Devant nous s'ouvre une petite porte peinte en rouge que j'avais toujours vue fermée. Un étroit passage qui descend dans les entrailles de pierre de la cathédrale, en spirales toujours plus profondes, se présente à nos yeux. Mon guide fatidique s'y engage et je le suis sans frayeur. Une végétation verdâtre, l'humidité qui suinte donne à ce passage une grande ressemblance avec l'intérieur des aqueducs. Là-bas, au loin, tremble une petite lumière. On dirait qu'elle s'éloigne à mesure que nous nous rapprochons. Nous descendons, nous descendons toujours. Les côtes, les rampes, les échelons presque insensibles au début devenaient si raides et si scabreux que je croyais trébucher et rouler au lieu de descendre. La fatigue et un commencement de frayeur m'arrêtèrent un instant. Mon guide, toujours muet, se retourne et me fait signe de continuer. Ce ne sont plus des échelons, ce sont des précipices rocaillieux, des blocs de granit avec d'immenses lézardes d'où

menacent de tomber des pierres gigantesques, enfin une plage arde, nue, bordant une mer huileuse et lente, aux vagues grises comme du plomb fondu.

...A gauche, nous apercevons par intermittences des lueurs rougeâtres. On aurait dit qu'un incendie dévorait la cabane d'un des pêcheurs de cette rive maudite. Mon guide se dirigeait vers ces flammes. « Poète, lui dis-je, je n'irai pas plus loin. Je ne sais où tu me conduis et je ne suis pas tranquille. Tu es sûrement une âme en peine car il est certain que tu t'es frappé toi-même d'une balle mortelle et ton tombeau offre aux regards des curieux une pompeuse épitaphe dans un cimetière planté de cyprès et de lauriers-roses. Je prierai pour toi, je prierai avec ferveur... si tu me ramènes à l'instant sur la place de la cathédrale. »

— A quoi me serviraient les prières? répondit mon guide d'une voix calme mais désespérée, une voix qui paraissait de glace. Viens avec moi et ne réclame pas, car Virgile ne daignerait pas te servir de guide. Je fus un des moindres poètes du Parnasse romantique. La muse ne m'aimait pas assez pour me rendre immortel, j'ai voulu l'être en me fiançant à elle dans la mort... Ah! si je n'avais trouvé au delà que le néant!

Le poète ne fit aucun geste en parlant ainsi. Son visage de marbre n'était ni changé ni altéré. Ses yeux seuls me parurent noyés de larmes... des larmes brûlantes comme le feu.

— Tu es en enfer? demandai-je avec autant de pitié que de terreur.

Il ne répondit que par un soupir.

— Mais je ne veux pas y aller! m'écriai-je. Eloignons-nous de ces frontières que l'espérance ne peut franchir.

Mon guide me regarda avec dédain et répondit : « Je soupçonnais bien que tu aurais peur; mais, pour te montrer que la pitié n'est pas bannie, même des enfers, je t'y conduis durant la seule nuit où les supplices cessent. Ce n'est pas que l'enfer se réjouisse de la naissance du Christ. La tristesse ne nous est jamais épargnée, mais les tourments s'arrêtent. Entre sans frayeur tu te croiras dans le monde des vivants car tu ne verras que tristesse et qu'amertume...

En effet, personne ne se lamentait. Près de la porte se groupaient les indifférents, je les reconnus à leur attitude car les guêpes et les abeilles ne les tourmentaient plus. Ceux que la passion avait égarés n'étaient plus emportés dans leur effrayant tourbillon. Les couples, immobiles, se regardaient avec une angoisse infinie. La grêle et la pluie ne fouettaient plus les épaules des gourmands, et les avares se reposaient, assis sur les rocs qu'ils devaient rouler au sommet des côtes les plus raides en les poussant de leur misérable poitrine où la générosité n'avait pu entrer. Les abîmes de feu où les matérialistes et les épicuriens subissent le châtiment de leurs honteuses erreurs étaient éteints. Sur le sol, je vis des tronçons humains, débris des corps déchirés des violents et des méchants qui s'efforçaient de se rejoindre durant ces quelques heures de répit. Les têtes sanglantes se posaient sur les épaules; les mains arrachées allaient retrouver les bras. En traversant la sombre forêt d'arbres vivants, mon guide se retourna et me regarda avec une douleur tellement intense, tellement hautaine et incommensurable que je me souvins.

...C'est le supplice des suicidés d'être perpétuellement déchirés par des bûcherons impitoyables et de supporter sur leurs dolentes branches les harpies vengeresses. Mais les horribles monstres avaient disparu. L'enfer se reposait. Je prêtai l'oreille... pas même un sanglot. Pourtant, là-bas, dans un coin... me trompé-je? Non. Quelqu'un gémit, se tord et maudit l'heure où sa mère le mit au monde.

— Poète, dis-je, tu m'as menti! Les supplices durent encore. Je ne veux plus ni voir ni entendre... Ramène-moi à la lumière.

— C'est vrai. J'avais oublié de t'avertir. Il y a encore un supplicié, un seul. Cet homme assassina son rival une nuit comme celle-ci. C'est pour cela que la grâce qui nous est accordée ne s'étend pas jusqu'à lui... Mais viens, je vais te montrer la nuit de Noël en purgatoire.

LA NUIT DE NOEL EN PURGATOIRE

— Nous allons encore voir des peines? demandai-je à mon poète avec le désir de voir se terminer notre voyage.

— Des peines! soupira douloureusement le condamné. Ah! que ne puis-je souffrir celles que je vais te montrer! Il n'y a de peine véritable que celle qui ne doit pas finir. Le temps se consume d'un jour à l'autre et les heures s'absorbent comme l'eau dans le sable. Mais dans la région que j'habite et que tu viens de quitter, il n'y a ni jours ni heures... il n'y a qu'une durée infinie, sans limites, sans succession, sans forme particulière... on devient fou en y pensant.

Pleine de compassion, je gardai le silence, et le poète, baissant la tête sur sa poitrine, cessa de parler. Nous approchions de l'île du purgatoire. On distinguait ses côtes dentelées, ses rivages, et, dans un lointain vapoureux, ses vallons se dessinaient clairement sous une lumière qui ressemblait beaucoup à celle de la lune, mais qui permettait de distinguer les couleurs. Les ondes devenaient plus phosphorescentes à mesure que nous nous rapprochions. Elles prenaient cette transparence pâle de la pierre qu'on a si justement nommée aigue-marine. Tout était vert autour de nous et l'île, plantée d'arbres touffus, verdoyait aussi comme une gigantesque émeraude enchâssée dans l'or fin des sables. On voyait aborder sans cesse de petites barques remplies d'âmes, multitude silencieuse vêtue de vertes tuniques, peut-être faites de feuillage. La clarté verdâtre répandue dans l'air donnait aux visages une couleur singulière. On eût dit qu'ils se reflétaient dans une glace très primitive ou qu'un ver luisant les éclairait de sa petite lueur phosphorique.

— Tout est vert ici, dis-je au poète. Toi seul paraîs couleur de cire.

— Tu en comprendras fort bien la raison, répondit le suicidé avec un calme terrifiant. Le vert est la couleur de la nature qui ressuscite à chaque printemps. Dans le purgatoire tu remarqueras toujours cette nuance joyeuse et juvénile. L'enfer est rouge, le purgatoire vert... Vois ces prairies, ces forêts, ces riches plantations.

Nous entrions dans une anse qu'entourait une végétation tropicale. La barque s'arrêta, prise dans une masse d'algues fines comme des chevelures et fortes comme des cordages. Nous sautons sur les pierres qui forment un môle naturel et nous nous frayons un passage à travers les broussailles. Nous arrivons à une grande esplanade où fourmillait une immense multitude : c'étaient les âmes du purgatoire. L'habitude de les voir représentées au milieu des flammes m'empêchait de les reconnaître.

— Il n'y a donc pas de feu ici? demandais-je au poète.

— S'il n'y en a pas même en enfer cette nuit, comment veux-tu qu'il y en ait ici? répondit mon guide. D'ailleurs, ici, le feu n'est jamais visible. Les peintures d'âmes du purgatoire que l'on voit sur la terre rendent accessible aux sens ce que la raison ne comprendrait peut-être pas. C'est-à-dire que l'on brûle intérieurement; on est atteint d'une fièvre qui n'a jamais de rémission,

CONTE DE NOEL

279

et ce n'est cette nuit. Cette fièvre dissout le sang, sèche le cœur, embrase le cerveau et produit un continuel délire. Le purgatoire est plein de fous qui veulent tout transformer et embellir, et dont les conceptions sont à la fois grandioses et absurdes. Ils n'ont d'autres instants de répit que ceux où ils peuvent approcher de cette petite source qui coule ici entre deux rochers. Elle est formée par les larmes de ceux qui prient pour les pauvres âmes du purgatoire et soupçonnent qu'il y a parmi elles quelqu'un qu'ils ont aimé... Une seule goutte de cette fontaine miraculeuse calme la fièvre des âmes souffrantes. Par malheur, elle coule quelquefois si peu qu'on ne peut même pas humecter ses lèvres... Il y a des époques dans l'année où elle tarit complètement. En échange, le jour des morts elle jaillit impétueuse et abondante, et son murmure console les âmes... As-tu passé le jour des morts à la campagne? Ne t'a-t-il pas semblé que, dans la danse des feuilles mortes, dans le hurlement strident des tempêtes d'hiver, dans le bruit de la pluie et le grondement de l'Océan qui se brise contre les roches, il y a des voix mystérieuses, des voix de l'autre monde? Ah! il y en a! Comme j'envie les morts qui reçoivent les secours des vivants qu'ils ont aimés! Moi, personne ne peut me secourir!

Et le poète se cache le visage dans ses mains, tandis qu'un cri rauque s'échappait de sa gorge...

L'esplanade était une prairie épaisse et douce dont l'herbe montait jusqu'à nos genoux. Au milieu se trouvait un arbre immense, singulier, paradisiaque. De son tronc élevé s'échappaient deux branches horizontales et une autre verticale. Elles étaient gigantesques et couvertes de feuillage. L'innombrable cohorte des âmes fixait obstinément les yeux sur cet arbre, comme s'il allait se produire en lui quelque chose de très important... Bientôt, joignant les mains, elles s'écrièrent :

Voyez!... Voyez!... le miracle s'accomplit, l'arbre fleurit!

En effet, sur cette croix gigantesque apparurent des points rouges, semblables tout d'abord à des grains de corail, mais qui, s'agrandissant, couvrirent la verdure de taches rouges. Un parfum suave se répandit dans l'air et les taches vermeilles prirent la forme de fleurs qui ressemblaient tout à la fois à des roses et à de fraîches et saignantes blessures.

Quand l'arbre fleurit, la multitude des âmes fit entendre des hymnes d'adoration, l'île entière résonna comme une harpe, les collines, les forêts, les grottes, les prairies vibrèrent musicalement, et le poète, découvrant son visage, gémit d'un accent sépulcral : Heureux ceux qui espèrent!

LA NUIT DE NOEL AU CIEL

Comment des limbes brumeux ai-je pu monter au radieux empyrée?... Je me sentis tout à coup entourée d'une onde bleue, subtile, très délicate, que je comparerais à de la turquoise dissoute, si j'avais jamais vu cette pierre précieuse se dissoudre. L'allégresse, l'exaltation de tout mon être, le ravissement de mes sens et de mes facultés, tout me disait : « Que tu es heureuse, tu es au ciel! ». Mais, au bout de quelques instants ma joie se changea en étonnement, en vague inquiétude. De l'azur au-dessus et au-dessous de moi, de l'azur de tous côtés... cela était étrange et devenait un peu monotone. La fête de Noël dans la demeure des élus se réduirait-elle à ce bain d'éther? Tant d'imagination et de variété dans les supplices et si peu dans les célestes récompenses?... Telles étaient mes irrévérencieuses pensées quand, glissant sur la superficie du lac mystérieux, un homme vint à moi vêtu d'un pour-

point de velours noir et couronné de laurier. Son visage brun ressemblait à celui de Cervantès, mais ce n'était pas lui car, dans le mélodieux italien du *seicento* il m'assura être l'auteur de la *Jérusalem*, le poète sorrentin mélancolique, maniaque et amoureux. « J'ai deviné, me dit-il, tes préoccupations, et je veux te prouver que l'on ne s'ennuie pas au ciel. On se figure que le ciel est monotone parce qu'il est par essence ineffable. On peut expliquer l'enfer et le purgatoire au moyen des paroles : le ciel, c'est impossible. Un mortel sait ce que sont les maux et les souffrances, mais la béatitude éternelle il faut la posséder pour la comprendre. Cette nuit seulement, nuit de Noël, il nous est permis de donner aux pauvres habitants de la terre un aperçu du bonheur suprême. Je te dirai tout d'abord que le ciel n'est pas l'immobilité et l'inertie. Au contraire, c'est la vie à flots, c'est l'activité intense et toujours féconde...

Je regardai les yeux du Tasse, troublés pendant sa vie par la démence et la douleur. Ils brillaient maintenant comme des étoiles, clairs, purs, magnifiques, révélant l'âme heureuse et glorifiée. J'enviai le regard du poète. Comme il était différent d'un autre, de celui du suicidé, qui avait pesé sur moi, sinistre et terrifiant tandis qu'il me servait de guide!

Le Tasse ôta sa couronne de laurier et m'en offrit une feuille.

Le talisman fit son effet. Je vis l'azur ambiant s'ouvrir comme un rideau de satin et, tout au loin, j'aperçus les splendeurs de la gloire. Dans une perspective splendide, je vis la cité sainte qui s'étend sur des millions de lieues et qui n'est qu'or et pierres précieuses. Brillante et transparente comme le cristal, ses toursets ses créneaux sont d'hyacinthe et de topaze, son atmosphère est lumineuse, ses alentours sont des prairies d'herbe fraîche et de fleurs rares que caresse une brise embaumée.

— Voilà, me dit le Tasse, la Jérusalem céleste telle que l'imaginèrent et la décrivirent les auteurs mystiques. C'est là qu'habitent les bienheureux plongés dans un océan de bonheur qui les pénètre et les enveloppe (tu devrais bien savoir cela, par saint Anselme). Ils sont semblables à des éponges qui auraient autant de sens pour jouir que de pores et qui, baignées dans une mer de lait et de miel, absorberaient par mille bouches cette douceur et cette suavité...

— Ah! m'écriai-je, je ne comprends pas. Je ne puis me figurer cet état bienheureux, et je crois, poète, que tu ne parviendras pas à élever jusque-là ma faible intelligence... J'écoute tes paroles, elles me font plaisir, mais je ne vois pas ce qu'elles expriment... Je voudrais déjà être une éponge.

Le Tasse me jeta un de ses beaux regards, humide de compassion.

— *Poverina!* répondit-il, voyons si je serai plus heureux en me servant d'images à ta convenance. Tu aimes les arts, n'est-ce pas? la musique par exemple?

— Poète, parle-moi de lettres et non de notes et d'accord. Il y a plus de musique dans tes strophes que dans aucun opéra.

— Ah! incorrigible! s'écria-t-il. Voyons si je puis te mettre sur le chemin de la béatitude. Il faut prendre chaque nature par son faible; chez toi c'est la littérature. Pour te donner envie de gagner le ciel, sache que tu y trouveras les grands poètes et les auteurs illustres de tous les siècles et de toutes les nations. Tu pourras l'entretenir avec eux ou, pour mieux dire, les écouter... Tu comprendras et goûteras avec délice le grec d'Homère, de Pindare et de Sapho, l'hébreu de Job et de David, le latin de Virgile... Je te dirai la fable de la rose et Dante t'offrira quelques-uns de ses *terzine*... Comprends-tu maintenant les charmes du paradis?

— Si le bonheur des élus consiste à *vivre* ainsi sans interrompre l'activité de la pensée, mais au contraire en la complétant, à étendre la sphère de la

CONTE DE NOEL

281

jouissance esthétique, à satisfaire toutes les curiosités qui nous tourmentent, oh! alors, je dis que ce bonheur est grand... Quel plaisir immense que de revivre l'histoire, d'en illuminer les ténèbres, de la connaître telle qu'elle fut et non telle que la donnent les pâles chroniques ou les récits apprêtés des historiographes.

— Justement, annonça le Tasse, tu vas jouir sur-le-champ de ce plaisir. Tu vas voir la naissance du Christ *telle qu'elle s'est passée*. Hâtons-nous, l'instant solennel approche... Je regardai avec la plus ardente curiosité, mais je ne pus rien voir... la clarté m'aveuglait. Un merveilleux fourmillement sidéral, une immense voie lactée montait de la grotte en scintillant et versait des flots de lumière blanche au milieu de laquelle on distinguait un enfant nouveau-né, plus brillant que le soleil et entouré d'une auréole de rayons.

— Cette lumière me gêne, dis-je à mon guide. Je ne vois pas les détails prosaïques, humbles et attendrissants qui m'auraient charmée...

— Tu es mortelle, répondit le poète, tu ne peux comprendre. Cette lumière qui t'aveugle vient de ton imagination; elle n'existe pas. Ne vois-tu pas le nouveau-né pleurant et tremblant de froid? Ne vois-tu pas sa mère?

— Non, de la lumière, toujours plus de lumière, répondis-je engémillant, car mes yeux ne pouvaient plus en supporter l'éclat et je voyais danser des milliers d'atomes d'abord rouges, puis vert émeraude, puis violets... jusqu'à ce que jetant un cri, le cri d'angoisse de celui qui perd la vue, je m'écriai: Rien! rien! obscurité complète... Et j'étendis les mains pour trouver un appui...

EMILIA PARDO-BAZAN.

(Traduction de G. Saint-Laurens)

SANTIAGO LE MUET

Comme l'obscur existence de Santiago s'écoulait tranquille et douce dans le vieux Pazo de Quindoiro !

Les gens du village l'appelaient *Santiago le Muet*. Ce n'était pas qu'il le fût réellement, mais le mutisme volontaire équivalait à la véritable infirmité et Santiago avait l'habitude de se taire. Taciturne et concentré, il vivait dans le Pazo comme la pariaire sur les ruines. Sa famille, depuis un temps immémorial, servait dans cette maison, mais, tout dernièrement, la tradition avait été interrompue. Quand les maîtres du Pazo étaient allés habiter la ville, deux frères de Santiago émigrèrent dans l'Amérique du sud, et celui-ci, qui était orphelin, resta seul dans la noble demeure, déclarant qu'il mourrait s'il était forcé de la quitter. Santiago était le frère de lait du jeune M. Raymond, orphelin lui aussi.

Quand le jeune M. Raymond venait au Pazo, le front de Santiago s'éclairait; sa figure bourrue devenait animée. Cependant cette venue lui coûtait mille peines et mille fatigues. Le jeune maître était violent, haughty, despote. Il se montrait exigeant dans les détails du service et demandait des raffinements qu'un paysan ne pouvait comprendre. Il voulait qu'on allât au-devant de ses fantaisies et traitait Santiago d'imbécile et de maladroit, s'emportant parfois jusqu'à battre son frère de lait. Oui, le jeune monsieur voulait tout à la façon des grandes villes; oui, il était vif comme la poudre et, lorsqu'il se fâchait, il y avait lieu d'avoir peur, mais aussi sa présence apportait le mouvement et la vie. Il arrivait avec une suite de chiens, de chevaux, d'hôtes jeunes et joyeux qui parcouraient, riant et sifflant, les salons délabrés. A table, c'étaient des vacarmes extraordinaires et des toasts avec le vieux vin conservé dans le vénérable cellier. Parmi les hôtes de Raymond il y avait souvent de jeunes Portugais, car le Pazo était tout près de la frontière naturelle que forme le Minho, et le jeune monsieur allait fréquemment à Oporto ou à Lisbonne, acceptant l'obséquieuse hospitalité des riches gentilhommes portugais.

Certain jour d'automne, le jeune maître arriva au Pazo sans s'être annoncé. Il appela Santiago et tous deux s'enfermèrent dans la pièce la plus reculée du château. D'ordinaire, quand Raymond s'annonçait, on convoquait aussitôt les quelques domestiques disponibles qui pouvaient se trouver dans le bourg le plus proche de Quindoiro. Cette fois-là, Santiago se contenta d'aviser une cuisinière et se réserva la tâche de servir, à lui tout seul, le jeune monsieur.

A la tombée du jour, les deux frères de lait sortirent du Pazo et traversèrent le Minho dans une barque qu'ils manœuvrèrent à eux deux.

Il faisait nuit noire quand ils revinrent au château et ils s'introduisirent par une porte dérobée, donnant sur les communs. Personne ne les avait vus sortir, personne ne les vit rentrer. On ne put remarquer qu'ils amenaient avec eux une dame de tournure élégante, coiffée d'un petit chapeau avec un voile blanc. Cette dame s'appuyait sur le bras de Raymond et comprimait un petit rire nerveux chaque fois qu'il fallait s'engager dans un passage étroit et obscur. Dès que Santiago les vit en sûreté, il se retira.

Le lendemain matin, tandis qu'il rôdait auprès de l'appartement des amou-

reux, il sentit une main se poser sur son épaule et vit devant lui un visage décomposé par la terreur. Une voix, la voix de Raymond, rauque, sourde, méconnaissable, prononça un seul mot : « Viens ». Le muet obéit, entra dans la chambre à coucher. Là, sur le vaste lit à colonnes et à couronnes dorées, il vit une femme, la face violette, le sein découvert, les yeux sortant presque de leurs orbites et la langue pendante. Santiago s'élança pour la secourir, mais la mort avait déjà raidi ses membres. Agenouillé au pied du lit, Raymond, atterré et suppliant, tendait les bras vers Santiago en criant avec désespoir : « Que devenir ! Que devenir ! »

— A la nuit, répondit laconiquement le muet. J'en répons. Attendre. Ne pas s'effrayer.

Les heures de ce jour effroyable s'écoulèrent. Santiago ne laissa pas son maître un instant. A défaut de consolations éloquentes il lui donna du moins celle de sa présence. Dès qu'il fit nuit, il trouva moyen d'éloigner la cuisinière et confia une lanterne au jeune monsieur tandis qu'il chargeait le cadavre sur ses épaules. La lumière de la lanterne projetait à travers les vastes salons des ombres à la fois grotesques et terribles. Ils descendirent à la cave. Les grands tonneaux de vins vieux présentaient leur ventre arrondi et, dans les coins obscurs, les longues toiles d'araignées ressemblaient à des linceuls déchirés. Santiago posa la morte sur le sol et, montrant un des plus petits tonneaux, il fit signe à son maître qu'il fallait le soulever pour creuser la fosse au-dessous afin de pouvoir cacher la terre fraîchement remuée. Et Raymond, à bout de forces, dut prendre une barre de fer pour aider à déplacer la tonne. Santiago creusa seul le tombeau. Mais, pour y descendre le corps, il fallut que Raymond le prit par les pieds tandis que le muet le soulevait par les épaules. Après cette lugubre tâche, une fois la fosse comblée et le tonneau remis à sa place, Santiago vit chanceler son jeune maître et comprit qu'il ne pouvait plus se soutenir.

Il le prit dans ses bras, le porta dans sa chambre et le posa sur son lit. Au petit jour, il fit un paquet des vêtements de la morte, sans oublier même une épingle et, s'enfonçant au plus épais des bois, il brûla un à un tous ces objets puis enterra les cendres.

Quelques heures plus tard, Raymond avait la fièvre et le délire. Le muet s'installa à la porte de sa chambre afin que personne ne pût y pénétrer. Il soigna son maître du mieux qu'il put et, pendant dix nuits, il veilla le sommeil agité du criminel.

Quand celui-ci, convalescent et encore très faible, voulut repartir, ses yeux rencontrèrent le regard du muet, qui disait clairement :

« Soyez tranquille. »

La presse portugaise s'occupait à ce moment-là d'un événement extraordinaire : la disparition d'une belle dame, épouse d'un grand seigneur et adorée par lui, malgré la médisance qui s'attaque toujours à l'esprit et à la beauté. La charmante vicomtesse avait quitté Lisbonne pour aller toute seule passer une semaine dans une maison de campagne au bord du Minho. Le soir, comme de coutume, elle alla se promener seule et prévint ses gens qu'elle coucherait dans le voisinage, chez une parente âgée. Cinq ou six jours s'écoulèrent et la dame ne reparut pas. Grande inquiétude des domestiques, surtout quand ils apprirent qu'on ne l'avait point vue au château voisin. Ce fut alors un émoi général. On remua le ciel et la terre, on s'enquit d'elle jusqu'au Brésil. Peine perdue. Personne ne se fût avisé d'aller chercher dans la cave du Pazo de Quindouro sous un tonneau de vin vieux.

Plus de cinq années s'écoulèrent sans que Raymond revint au château. Le temps et l'impunité avaient pourtant calmé ses terreurs. Il s'excusait en se

disant que cette femme l'avait rendu fou de jalousie par ses impudentes révélations et ses défis insensés. Il sentait aussi la singulière attraction des assassins pour les lieux où ils ont commis leur crime. Il ne pouvait non plus abandonner le Pazo... Il se décida. Chose étonnante ! ce qui lui répugnait le plus n'était pas d'entrer dans cette maison, de voir ce lit, de goûter le vin de cette cave... c'était de revoir Santiago, le complice, le témoin silencieux, celui qui avait, qui se taisait et se taisait, dût-on le mettre à la torture...

Cependant le loyal serviteur le reçut avec des démonstrations de joie et, dès qu'ils furent seuls, Santiago, le muet, desserra ses lèvres. D'un ton humble, comme s'il s'excusait, il murmura tout bas :

Monsieur... vous pouvez revenir ici... quand vous voudrez... sans aucune crainte. *Il n'y a plus rien* maintenant. Cette année, à Pâques, j'ai remué la tonne, et j'ai tout ôté... Le four était brûlant... il n'est rien resté... aucune trace. Dieu lui-même ne saurait rien découvrir... »

Raymond respira profondément. Il lui semblait qu'on lui ôtait quelque chose de lourd et de glacé, une pierre qui lui opprimait la poitrine. Maintenant son crime ne pouvait plus le conduire à la honte, à l'échafaud. L'impression des sens, qui confond le corps du délit avec le délit lui-même, contribuait à lui persuader que, dès qu'il ne restait aucune trace, le criminel était absous.

Il y avait cependant au Pazo une ombre, une sombre projection de ce drame ignoré. Quelque chose dans l'atmosphère gênait la respiration du maître et l'empêchait de goûter la paix et le repos...

Peu après son retour, Raymond appela Santiago dans sa chambre. Là, il lui remit une somme assez forte et lui signifia d'aller à Buénos-Aires rejoindre ses frères. Sous sa brune couche de hâle, le muet pâlit, mais ne répliqua pas un mot. L'instinct de chien fidèle qui l'avait guidé pour cacher le crime de son maître lui disait qu'il était de trop maintenant au Pazo. Le seul souvenir qui restât de cette nuit fatale, c'était lui, le muet. Il avait encore dans les yeux le reflet de la lanterne maudite, sur les mains les grains de poussière de la fosse.....

A bord du navire qui emportait les émigrants, nul n'était plus triste, plus silencieux, plus sombre, que Santiago. Tant qu'il put apercevoir la côte, ses yeux ne la quittèrent point; mais quand la verte patrie disparut dans les brumes de l'horizon, Santiago, s'assit sur un paquet de cordages et, entourant ses genoux de ses bras, il baissa la tête et resta immobile, indifférent au bruit et aux chansons de ceux qui parlaient aussi pour des climats lointains...

Raymond s'est marié. Il passe l'été au Pazo avec sa femme et ses enfants.

EMILIA PARDO-BAZAN.

Traduction de G. Saint-Laurens.

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE

L'ENFANT MARTYRE

Il ne s'agit pas d'une de ces créatures dont les malheurs émeuvent tout à coup la presse, de celles que la police recueille aux heures avancées de la nuit, vêtues de haillons, amaigries par la faim, transies de froid, meurtries par les coups ou marquées au fer rouge qu'une marâtre furieuse a appliqués sur leurs chairs tendres.

La martyre dont je vais parler avait du linge blanc à la douzaine, brodé et chiffé, avec une couronne et des bordures de Valenciennes authentiques. On lui expédiait d'Angleterre, dans des caisses énormes, ses vêtements, ses manteaux et ses toques; des mets fortifiants abondaient à sa table ainsi que des vins choisis; des fourrures et des édredons la garantissaient contre le froid et chaque jour une *Chanbermaid* anglaise lavait son corps avec les savons les plus fins et des eaux parfumées.

L'hiver, elle habitait un palais garni d'épais tapis et muni de cheminées, de poêles et de calorifères; les étés elle les passait au bord de la mer, dans une maison de campagne entourée de jardins, de bois, de vergers, d'avenues, plantées d'arbres centenaires, parsemées de déesses de marbre qui s'inclinent sur les étangs et s'y reflètent au travers du voile des feuilles de nénuphar.

Si elle voulait sortir, le landau ou le coupé étaient toujours attelés; si elle préférait s'amuser chez elle, on ouvrait une armoire remplie de jouets extraordinaires et l'on en sortait, comme les contes sortent d'une imagination vive, des êtres merveilleux, des créations de la magie moderne, le jockey vêtu de satin bleu et bouton d'or, avec un cheval qui galope vraiment et saute des fossés; la poupée qui remue la tête en disant *papa* et *maman* d'un ton plaintif bien enfantin; la danseuse tenant un cerceau recouvert de fleurs, se tournant et se retournant, se balançant, dansant sur la pointe des pieds et saluant enfin le public pour terminer; la petite voiture électrique, l'acrobate, le singe qui joue du violon, le rossignol mécanique, qui gazouille, secoue la tête et hérissé ses plumes; tous les automates, toutes les imitations, tous les fantoches de la vie qu'on achète pour amuser les enfants des familles riches.

Et malgré cela, je vous affirme que l'enfant de mon conte était une martyre, qu'elle mourut martyre, et qu'après sa mort, sous les plis du voile de mousseline, elle avait plus que jamais cette expression mélancolique et grave si surprenante chez une enfant de dix ans adorée et élevée dans du coton.

Martyre, croyez-le bien, aussi martyre que les abandonnées, qui, dans les nuits de janvier se pressent les unes contre les autres en grelottant sous une porte cochère. La vie est ainsi faite que chacun y doit boire sa part d'absinthe, les uns dans une coupe d'or ciselé, les autres dans le creux de la main. La

douleur est éternellement féconde; quelquefois elle donne le jour dans des draps de Hollande, quelquefois sur les cailloux d'une rivière!

Fille de parents mûrs qui avaient perdu tout espoir de postérité, héritière unique d'un nom illustre et d'une immense fortune, l'enfant fut victime dès sa naissance de sa brillante destinée. Inquiets de ses moindres mouvements, épiant la respiration, comptant les battements de son cœur innocent, les deux cinquantenaires l'élevèrent avec les soins qu'on donne en hiver à la fleur rare que la première brise détruira fatalement. Un médecin était spécialement chargé de noter la hausse et la baisse dans les fonctions physiologiques de cette frêle créature. On prenait note des gorgées de lait qui passaient du sein de la nourrice dans la bouche du bébé. Une pendule indiquait chronométriquement les heures de sommeil, celles du réveil, des repas, de la toilette, de la promenade. Un thermomètre marquait les degrés de l'eau qui servait aux ablutions; on pesait sur une légère balance les aliments et les vêtements suivant les prescriptions et les ordres du docteur. Quand la crise de la dentition s'effectua, amenant le trouble et l'impatience, la maison se convertit en Trappe; personne n'osait élever la voix et l'on marchait sur la pointe des pieds pour ne pas énerver l'enfant ou la réveiller.

Le régime paraissant hygiénique, il devint permanent. On aurait dit que cette demeure sourde et muette était une chapelle érigée au silence, et la petite fille, avec la singulière intuition, fréquente chez les enfants, comprenant que les bruits n'auraient pas d'échos, non plus que les rires, lorsqu'elle commença à marcher fut peu bavarde, correcte, obéissante, sage, si sage et si obéissante qu'elle faisait peine.

Sur un point cependant elle ne pouvait être aussi docile. Malgré sa bonne volonté elle n'arrivait pas à avoir bonne mine, à acquérir cette couleur de pomme d'api qui réjouit tant les mères. Son teint satiné, rendu transparent par la chlorose, se jaspait de veines d'un azur céleste, prenait de temps en temps des tons jaunes, de la douceur du marbre. Ses yeux d'un bleu sombre étaient profonds, tranquilles et résignés. Sa bouche paraissait une rose décolorée et déjà fanée.

Soit à cause du soin qu'on prenait afin qu'elle ne ressentit jamais la moindre impression de froid, soit à cause de la pauvreté même de son sang, elle était si frileuse qu'au plus fort de l'été elle portait de la flanelle blanche, des guêtres et des gants blancs. En la voyant passer toute blanche, mince, droite, recueillie et grave, les idées saines et gaies que la jeunesse évoque en général étaient remplacées par des idées funèbres, des visions de cloître et de tombeau. Et ne vous imaginez pas que ses parents n'avaient pas remarqué que leur fille était semblable à ces lampes qu'un souffle éteint. Ils s'en rendaient compte, hélas! et c'est pour cela même que chaque jour ils calfeutraient davantage les fentes au travers desquelles une brise fatale aurait trouvé passage. Aussi on blindait, on ouatait, on capitonnait complètement la maison pour empêcher le souffle subtil de la mort d'y pénétrer. Partout du coton, des étoffes, des clous; il fallait isoler l'enfant, l'éloigner de tout contact extérieur.

Par la fenêtre, en écartant les pesants rideaux, la malheureuse petite voyait quelquefois jouer dans la rue les gamins déguenillés, frais, souriants et turbulents, débordant de vie; ils simulaient les combats de la plaza avec une tête de taureau en osier; ils se donnaient des coups de poing dans la figure et se lançaient des pierres les uns aux autres. A la maison de campagne qui dominait la plage, elle retrouvait d'autres gamins, les fils des pêcheurs, nus, bronzés, agiles et frétilants comme des poissons et par bande comme eux; ils se baignaient, restant des heures entières dans l'eau verte et plongeant à la manière des dauphins.

Par ordre du médecin, la petite fille aussi prenait des bains; on lui avait aménagé une cabine commode et vaste dans laquelle on la déshabillait, et, couverte de manteaux et de peignoirs, on la portait dans les bras du baigneur qui la plongeait un instant dans la mer et l'en retirait, aussitôt que l'impression était reçue. Et combien terrible devait être cette impression! Le sang affluait au cœur de la pauvre, tremblante, les pupilles dilatées, son regard s'épouvantait à la vue de cet abîme liquide qui rugissait; et elle frissonnait devant la vague qui s'avancait, effrayante, concave, se refermant sur elle comme pour la dévorer. Aussi ses dents claquaient avec un bruit de castagnettes et elle pensait en elle-même : « J'ai peur ! » Mais pas un cri, pas un soupir ne la trahissait. Elle ne rompait même pas alors son vœu de silence ! Mais lorsque rentrée chez elle, elle apercevait de nouveau les hardis petits pêcheurs en familiarité avec les vagues terribles et jouant avec elles comme l'auraient fait des mouettes, l'enfant martyre songeait : « Comment ces gamins-là peuvent-ils avoir tant de courage ? »

Cependant, la mort à tête décharnée, riant sinistrement, se rapprochait de la demeure seigneuriale si close. Vous supposez bien qu'elle ne trouva aucune porte ouverte pour entrer, ni aucun endroit par où se glisser; elle se fit cependant un passage sous une des tuiles du grenier, de là, par le trou de la serrure, elle passa dans l'escalier, elle s'introduisit dans la redingote du médecin qui pénétrait plein d'assurance chez la malade avec la mort dans sa poche, derrière sa boîte d'allumettes.

A cause de toutes les difficultés qu'elle avait rencontrées, la mort se trouva un peu ébranlée et n'osa pas se présenter avec violence et hardiesse; elle usa d'une hypocrite mansuétude, tardant à emporter la dolente créature. Pendant que la mort attendait pour reprendre ses forces, la martyre souffrit de cruels tourments.

Des drogues détestables, des potions nauséabondes, des papiers et des vésicatoires sur la peau, des médicaments pour cauteriser les plaies que la misère de son organisme ouvrait dans sa gorge. On employa tout, sans que la patiente se départît de son vœu de silence et sans que ses bourreaux fissent attention à la prière de ses yeux vitreux; parce que les bourreaux l'idolâtraient trop pour lui éviter un seul détail du supplice. Seulement, au dernier moment, quand on lui présentait encore une cuillerée de je ne sais quelle drogue pharmaceutique, l'enfant soupira profondément, se remua, dit trois fois non de la tête et, jetant ses bras autour du cou de sa mère, collant son visage contre le sien, elle murmura très bas : « Ouvrez la fenêtre maman ! »

C'était sans doute l'angoisse de la dernière attaque de dyspnée qui commençait. Elle dura peu, et la petite martyre demeura jolie, candide, exsangue, avec une expression d'amertume concentrée, comme celui qui quitte la vie laissant encore quelque chose à y faire ou à sentir, et cette chose, c'était peut-être l'essence même de la vie !

Dans le cercueil doublé de satin, sous les lilas qui les enveloppaient dans d'aristocratiques parfums, les pauvres dépouilles réclamaient justice, se plaignant d'un lent assassinat ! Comme c'était pendant l'été et que la nuit était tiède, et qu'il se répandait dans la chambre une odeur de cire et de cadavre, ceux qui veillaient l'enfant ouvrirent la fenêtre. Quand la bouffée d'air bien-faitrice entra, la petite figure amaigrie parut prendre une douce expression de repos.

Peut-être ne voulait-elle pas passer dans la prison de sa demeure à celle de la tombe sans avoir respiré un peu d'air.

E. PARDO BAZAN.

Traduit par René Halphen.

PREMIER AMOUR

Quel âge avais-je à cette époque-là? Onze ou douze ans? Peut-être bien treize, parce qu'avant c'est un peu tôt pour devenir amoureux si sincèrement; cependant, je n'ose rien préciser, considérant que, dans les pays méridionaux, le cœur est trop précoce, si tant est que ce viscère soit capable de semblables bouleversements.

Si je ne me souviens pas quand, je puis dire exactement comment ma passion se révéla. J'avais grand plaisir après le départ de ma tante, lorsqu'elle se rendait à l'église pour accomplir ses dévotions du soir, à me glisser dans sa chambre à coucher pour fouiller dans les tiroirs de sa commode, rangés avec un ordre parfait. Ces tiroirs étaient pour moi un musée; toujours j'y trouvais un objet curieux et antique qui exhalait une odeur ancienne et discrète, le parfum des éventails en bois de santal dont le linge blanc s'imprégnait. Des pelotes de satin décoloré, des mitaines tricotées pliées avec soin dans un papier de soie, des images de saints, des objets de couture, un réticule en velours bleu brodé, un chapelet en ambre et argent, toutes ces choses m'apparaissaient dans les coins, je les regardais avec curiosité et les remettais à leur place. Mais, un jour, je m'en souviens comme si c'était aujourd'hui même, dans le tiroir supérieur, et à travers des cols de vieille dentelle, je vis briller un objet doré... J'avancai la main, froissai sans le vouloir les dentelles et retirai un portrait, une miniature sur ivoire, de petite dimension et entourée d'un cadre en or.

Je demeurai interdit en la regardant. Un rayon de soleil traversait le verre, frappant l'image séductive, qui paraissait vouloir se détacher du fond sombre et venir vers moi. C'était une créature admirable, comme je n'en avais jamais vu, si ce n'était dans mes songes d'adolescent, lorsque les premiers frémissements de la puberté me causaient à la tombée de la nuit de vagues tristesses et des désirs ardents indéfinissables. La dame du portrait pouvait avoir vingt et quelques années; ce n'était pas une vierge candide, un bouton de rose à peine éclos; c'était déjà une femme en qui resplendissait tout l'éclat de la beauté. Elle avait la tête ovale, mais pas trop longue, les lèvres charnues, entr'ouvertes et souriantes, les yeux langoureux et une fossette au menton, qui semblait avoir été faite en jouant, par le bout du doigt de Cupidon. Sa coiffure était singulière et gracieuse: un groupe épais de boucles près des tempes et un enlacement de tresses sur le haut de la tête. Cette coiffure ancienne, qui remontait de la nuque, découvrait toute la délicatesse de la gorge fraîche, où le creux du menton se répétait plus délicat et plus doux. Quant au costume... je n'oserais prononcer si nos grand'mères y mettaient moins de modestie que nos épouses, ou si les confesseurs d'antan avaient la manche plus large que ceux d'aujourd'hui; j'inclinerais pour cette dernière supposition parce qu'il y a quelque soixante ans, les femmes prétendaient être chrétiennes et dévotes et n'auraient pas désobéi à leur directeur de conscience

pour une chose aussi grave et vieille. Il est certain cependant que, si de nos jours, une dame se montrait dans le costume du portrait, cela occasionnerait une émeute : car depuis la taille, qui commençait presque aux aisselles, seules de légères gazes transparentes ondulaient, montrant plutôt que couvrant, deux scandales de neige, entre lesquels serpentait un rang de perles. Avec la même impudeur, se montraient des bras ronds, dignes de Junon, et terminés par des mains sculpturales... En disant mains, je ne suis pas exact, car à la vérité, on n'en voyait qu'une, qui tenait un riche mouchoir.

Aujourd'hui encore je suis étonné de l'effeloudroyant que la contemplation de cette miniature me produisit, et de la façon dont je restai en extase, sans respiration, dévorant le portrait des yeux. J'avais déjà vu ici et là des estampes représentant de belles femmes; fréquemment dans les illustrations, dans les gravures mythologiques de la salle à manger, dans les devantures des magasins, souvent il était arrivé qu'une ligne vigoureuse, un contour harmonieux et élégant captivassent mes regards précoces en art; mais la miniature trouvée dans le tiroir de ma tante, à part son charme, me semblait animée d'un subtil souffle de vie: on voyait que ce n'était pas le résultat d'un caprice de peintre, mais bien l'image d'une personne réelle, en chair et en os. Le ton riche et éclatant de la peinture, faisait deviner sous l'épiderme nacré, le sang tiède; les lèvres s'écartaient pour faire valoir l'émail des dents; et complétant l'illusion, autour du cadre courait une mèche de cheveux naturels, bruns, onduleux et soyeux, qui avaient poussé sur les tempes de l'original. Comme je l'ai déjà dit, ceci était, plutôt qu'une copie, le reflet d'une personne vivante dont j'étais séparé seulement par un mur de verre. Je mis la main dessus, je chauffai de mon haleine, et il arriva que la chaleur de la mystérieuse déesse se communiqua à mes lèvres et circula dans mes veines. A ce moment j'entendis des pas dans le corridor. C'était ma tante qui revenait de ses prières. J'entendis sa toux asthmatique et le bruit traînant de ses pieds goulteux. Je n'eus que le temps de laisser tomber la miniature dans le tiroir, de le fermer, et de me mettre à la fenêtre dans une attitude indifférente et qui n'avait rien de suspect.

Ma tante entra en se mouchant fortement, le froid de l'église ayant augmenté son catarrhe chronique. En me voyant, ses yeux, bordés de rouge, s'animèrent, et me donnant une tape affectueuse, de sa paume sèche, elle me demanda si j'avais pas retourné ses tiroirs suivant mon habitude. Ensuite, souriant malicieusement : « Attends, attends, dit-elle, je vais te donner quelque chose dont tu te lécheras les doigts. »

Et elle sortit de sa vaste poche un cornet, et du cornet trois ou quatre boules de gomme, colées ensemble, comme aplaties, qui me dégoutèrent.

L'aspect de ma tante ne me conviait pas à ouvrir la bouche et à avaler cette sucrerie : son âge avancé, ses dents rares, ses yeux attendris plus qu'il ne convenait, une ombre de moustache ou de crins au-dessus de l'abîme de la bouche, la raie de trois centimètres de large, des cheveux blanc sale s'agitant sur les tempes jaunes, un cou amaigri et livide... Ah! non, je ne prendrai pas les boules de gomme! Un sentiment d'indignation, une mâle protestation s'éleva et je déclarai avec énergie.

— Je n'en veux pas! je n'en veux pas!

— Tu n'en veux pas! Quel miracle! Toi qui es encore plus gourmand que la chatte!

— Je ne suis pas un enfant, m'écriai-je, me grandissant sur la pointe de mes pieds, je ne veux pas de tes sucreries.

La tante me regarda avec une bonté mêlée d'ironie et, enfin, cédant à l'amusement que je lui procurais, elle éclata de rire, ce qui la défigura, et mit

à nu l'horrible anatomie de ses mâchoires. Elle riait de si bon cœur, que son menton et son nez se touchaient, cachant les lèvres, marquant deux rides ou plutôt des fossés profonds et plus d'une douzaine de plis sur les joues et les paupières; en même temps la tête et le ventre étaient secoués par cette gaieté; mais la toux arriva, meltant fin aux éclats de rire, et entre un accès de rire et de toux, involontairement, la vieille m'arrosa d'un jet de salive... Humilié et plein de dégoût, je m'échappai et m'en fus directement vers la chambre de ma mère, où je me lavai avec de l'eau et du savon et me laissai aller à penser à la dame du portrait.

Et depuis ce moment-là ma pensée ne se sépara plus d'elle. Aussitôt que la tante sortait je me faufilais jusqu'à sa chambre, j'entrouvrais le tiroir, j'en sortais la miniature et je devenais fou de cette contemplation. A force de la regarder je me figurais que ces yeux fixaient les miens à travers la voluptueuse pénombre de ses cils, et que sa poitrine si blanche respirait avec anxiété. J'en arrivai à avoir honte de l'embrasser, m'imaginant qu'elle se fâchait de mon audace et je la pressais seulement contre mon cœur, ou j'approchais mon visage contre le sien. Toutes mes actions, toutes mes pensées se rapportaient à la dame; j'avais avec elle des raffinements étranges, des délicatesses excessives. Avant d'entrer dans la chambre de ma tante et d'ouvrir le tiroir convoité je me lavais, je me peignais, je m'habillais, comme on a coutume de faire, plus tard, lorsqu'on accourt au rendez-vous amoureux.

Il m'arrivait souvent de rencontrer dans la rue d'autres enfants de mon âge, en possession déjà d'un objet donné par une petite amie; très fiers, ils me montraient des lettres, des portraits et des fleurs, me demandant si je ne choisirais pas aussi une petite fille pour correspondre. Un sentiment de pudeur inexplicable me rivait la langue et je leur répondais seulement par un sourire énigmatique et orgueilleux. Quand ils me demandaient mon avis sur la beauté de leurs dames, je haussais les épaules et les qualifiais avec dédain de laides et de malnippées. Un certain jour, j'étais allé jouer chez des petites cousines, fort gentilles en vérité; l'aînée n'avait pas encore atteint quinze ans. Nous nous amusions beaucoup en regardant un stéréoscope, quand tout à coup une des petites, la plus jeune qui comptait au plus douze printemps, me prit la main avec dissimulation et toute émue, rouge comme une braise, me dit à l'oreille.

— Prends !

En même temps, je sentis dans la paume de la main quelque chose de mou et de frais : c'était un bouton de rose avec ses feuilles vertes. La fillette s'éloignait, souriante, avec un regard en dessous; mais moi, avec un puritanisme digne du chaste Joseph, je criai à mon tour :

— Prends !

Et je lui lançai le bouton de rose au nez. Ce dédain de ma part la fâcha et la rendit maussade toute l'après-midi; et maintenant encore, quoique mariée et mère de trois enfants, elle ne m'a pas pardonné.

Comme les deux ou trois heures que ma tante passait à l'église, le matin et l'après-midi, me paraissaient courtes pour admirer la miniature magique, je résolus de la garder dans ma poche, et je me promenais toute la journée en me cachant des gens, comme si j'avais commis un crime. Je croyais que, du fond de sa prison de toile le portrait voyait toutes mes actions, et j'arrivai au ridicule extrême que si je voulais me gratter, quand j'avais été piqué par une puce, ou attacher ma chaussette ou quelque autre chose de moins conforme à l'idéalisme de mon amour si pur, je sortais d'abord la miniature, je la dépeçais en lieu sûr, et alors je me jugeais libre de faire ce qu'il convenait. Depuis que j'avais accompli ce vol je ne tenais plus en moi-même; la nuit, je

la mettais sous mon oreiller et m'endormais dans une attitude de défense. Je posais l'objet précieux du côté du mur et je me tournais du côté extérieur, me réveillant mille fois, dans la crainte qu'on ne vint m'enlever mon trésor. Enfin je le retirais de dessous l'oreiller et le glissais entre ma chemise et ma peau, sur le sein gauche, où l'on pouvait voir, le lendemain, les ciselures du cadre qui s'y étaient incrustées.

Le contact de la miniature me produisit des songes délicieux. La dame du portrait, non pas en effigie, mais en grandeur naturelle, vivante, gracieuse, affable, bien faite, venait vers moi pour me conduire à son palais dans un train rapide comme le vent. Avec une autorité douce, elle me faisait asseoir à ses pieds, sur un coussin, et me passait la main sur la tête, me caressant le front, les yeux et mes cheveux décoiffés. Moi, je lisais dans un grand missel et je jouais du luth. Elle daignait sourire, pour me remercier du plaisir que lui procuraient mes lectures et mes chansons. Enfin, mes souvenirs romantiques me montèrent au cerveau je me voyais page et troubadour.

Ces excès d'imagination furent cause que je maigris d'une façon visible et que mes parents et ma tante le remarquèrent avec inquiétude.

— A cet âge difficile et critique du développement tout peut devenir alarmant, dit mon père, qui avait coutume de lire des livres de médecine; et il étudiait mes yeux cernés et éteints, ma bouche pâle et contractée, et surtout le manque total d'appétit qui s'emparait de moi.

— Joue, petit; mange, petit, me disait-il.

Et moi je répondais avec abattement :

— Je n'en ai pas envie.

On inventa pour moi des distractions, on me proposa de me conduire au théâtre; mes études furent suspendues et l'on me fit boire du lait fraîchement trait et écumant. Ensuite on me donna des douches d'eau froide sur l'occiput et dans le dos pour fortifier mes nerfs; et je remarquai qu'à table où lorsque j'allais lui dire bonjour dans sa chambre le matin, mon père me regardait fixement un moment et quelquefois, ses mains glissaient le long de mon épine dorsale, palpant et tâtant mes vertèbres. Moi je baissais hypocritement les yeux, résolu à me laisser mourir plutôt que de confesser le délit. A peine délivré de la tendre surveillance de ma famille, j'étais déjà avec la dame du portrait. Pour pouvoir me rapprocher plus encore d'elle, je décidai d'enlever le verre. J'hésitais bien un peu au moment de mettre ma résolution à exécution, mais l'amour eut raison de la crainte vague qu'une pareille profanation n'inspirait, et avec beaucoup d'habileté j'arrivai à enlever le verre et à laisser la plaque d'ivoire à découvert.

En appuyant mes lèvres sur la peinture et en percevant la faible odeur des cheveux, je me figurai davantage que c'était un être vivant que j'étreignais dans mes mains tremblantes. Je m'évanouis et demeurai sur le sofa comme privé de sentiment et serrant la miniature.

Quand je revins à moi, je vis mon père, ma mère, ma tante, tous inclinés vers moi, me regardant avec le plus vif intérêt; je lus sur leurs visages l'étonnement et la crainte; mon père me tâta le pouls et remuait la tête en murmurant :

— Ce pouls paraît un fil, une chose qui s'en va.

Ma tante avec ses doigts crochus, s'efforçait de m'enlever le portrait que je cachais machinalement et que je mettais en sûreté.

— Mais lâche-donc petit, tu vas l'abîmer, s'exclamait-elle. Tu ne vois donc pas que tu l'effaces! Je ne te gronde pas, je te le montrerai toutes les fois que tu voudras, lâche-le, tu l'abîmes!

— Laisse-le lui, suppliait ma mère, il est malade, ce petit.

PREMIER AMOUR

603

— Eh bien, il ne manquerait plus que cela, répondit la vieille fille. Lui laisser ! Et qui en fera un autre semblable !... Et qui me ramènera à cette époque-là ! Aujourd'hui, personne ne sait peindre des miniatures, c'est fini... et moi aussi je suis finie et je ne suis plus comme je suis représentée là !

Mes yeux se dilataient ; mes mains lâchaient la peinture. Je ne sais pas comment je pus articuler :

— Vous, le portait... c'est vous ?

— Je ne te parais pas jolie, petit ? Eh ! vingt-trois ans ont plus de charme que... que... je ne me souviens plus combien ! Enfin, je n'en fais plus le compte, car personne ne me les volera.

Je baissai la tête et probablement j'eus un nouvel évanouissement ; ce qui est certain, c'est que mon père me porta dans ses bras jusqu'à mon lit et me fit avaler quelques cuillerées de Porto.

Je fus promptement remis et ne voulus plus rentrer dans la chambre de ma tante.

MADAME PARDO-BAZAN.

Traduit de l'espagnol par René Halphen.

DE BONNE HEURE ET AU SOLEIL

L'employé qui délivrait les billets au guichet de la gare du Nord, à Madrid, ne put reprimer un mouvement de surprise en entendant une petite voix enfantine prononcer sur un ton impératif :

— Deux premières... pour Paris!...

Approchant la tête autant que le permettait le vasistas, il regarda son interlocutrice et vit une petite brune de onze à douze ans dont les yeux avaient des reflets d'encre et dont la chevelure était épaisse et noire. Vêtue d'un costume d'une bonne coupe, en belle flanelle anglaise rouge, elle était coiffée d'une toque en velours grenat qui lui allait à merveille. La fillette tenait par la main un garçonnet à peu près du même âge et qui, à en juger par son visage et ses vêtements, devait appartenir à une famille distinguée et riche. Il avait très peur; quant à sa compagne, elle était très gaie, d'une gaieté nerveuse. L'employé sourit au gentil couple et murmura comme s'il donnait un conseil paternel :

— Direct, où jusqu'à la frontière? Pour la frontière... c'est cent cinquante pesetas, et...

— Voilà de l'argent, répondit la petite délurée, donnant un porte-monnaie ouvert. L'employé sourit de nouveau et, avec une compassion touchante il fit remarquer :

— Il n'y a pas assez, là-dedans!

— Il y a quinze duros et trois pesetas, répartit la jeune voyageuse.

— Eh bien! cela ne suffit pas... Et si vous voulez vous en convaincre, demandez plutôt à vos parents?

En entendant ces paroles de l'employé, le petit bonhomme devint carmin jusqu'aux oreilles. Il n'avait pas lâché la main de son amie, qui manifestait son impatience en frappant le sol du pied.

— C'est bien... alors... donnez-moi des billets moins chers!

— Comment moins chers! De seconde? de troisième? Où pour une station plus proche? Escorial, Avila?...

— Avila, oui... Avila! Justement Avila! fut-il répondu avec énergie.

L'employé hésita un instant, puis il haussa les épaules, marquant ainsi qu'il lui importait peu comment se dénouerait l'affaire, et il rendit le porte-monnaie fort allégé.

Le signal du départ résonna; les enfants se précipitèrent sur le quai et montèrent dans le premier compartiment venu, sans songer à en chercher un où il fussent seuls et, au grand étonnement d'un touriste britannique qui arrangeait sa valise de cuir dans un coin du filet, en se voyant ainsi à l'intérieur du wagon, ils se prirent par la taille et se mirent à danser.

Comment cette passion dévorante, frénétique, incendiaire, s'était-elle déclarée? Ah! les origines de ce qui nous arrive de grave et de transcendant dans la vie sont des bagatelles insignifiantes, des petites misérables, des atomes moraux qui se réunissent dans un tourbillon moléculaire et, à force de tourner et de tourner sur lui-même, le tourbillon s'arrondit, se solidifie, acquiert une forme et prend la consistance du diamant... Ne vous méfiez jamais dans la vie des grandes choses qui se présentent avec un appareil imposant; celles-là, on les voit venir, il y a moyen de prévenir les accidents qui peuvent en résulter; mais craignez les tentations légères, les dangers subtils et insidieux. Toute la théorie des microbes admise aujourd'hui, quelle est-elle, sinon la démonstration de l'importance capitale de l'infiniment petit?

Cette passion commença donc de la façon la plus simple, la plus innocente et la plus absurde... Elle eut pour principe une manie... Tous deux étaient collectionneurs. De quoi? Ceux qui ont l'âge de mes héros l'ont déjà deviné. Le goût des collections se développe d'habitude entre quarante et cinquante ans. Rarement j'ai rencontré un bibliomane jeune, et les boutiques des marchands de bric-à-brac sont plutôt fréquentées par des messieurs respectables que par de joyeux adultes. Cependant, il y a une exception à cette règle: c'est la folie de réunir des timbres-poste. Sans refuser de croire que des personnes très sérieuses peuvent en être atteintes, c'est, sans aucun doute, pendant la période comprise entre dix et quinze ans qu'elle cause les plus nombreux dégâts, et c'est ce lustre d'aurore qui sépare l'âge de la toupie et de la corde de l'âge des premiers flirts que traversaient ces amoureux fugitifs, emportés par le train.

Ce fut donc la philatélie qui leur fit boire le premier venin de l'amour. Le papa de Séraphine, qu'on appelait Finita, habitait le premier étage d'une élégante maison du quartier de Salamanca, et la maman de Francisco, surnommé Currin, demeurait au second du même immeuble. Les parents se fréquentaient peu, n'ayant même pas de relations de visites. En revanche, les enfants se rencontraient souvent dans l'escalier, lorsque Currin allait en classe et que Finita sortait pour se rendre au cours; mais, en vérité, ils n'auraient pas fait attention l'un à l'autre, si un certain matin, en descendant, Currin n'eût remarqué que Finita portait un objet sous le bras, un livre relié en cuir rouge..., livre tant de fois convoité et rêvé par lui!

« Maman aurait dû m'en acheter un pareil. Bast! Quand je passerai mon examen, si j'ai une bonne note, elle m'en donnera un. C'est absolument nécessaire: le mien est horrible... »

De là à demander à voir le magnifique album de timbres, il n'y avait qu'un pas, et Finita, sur le palier même de l'escalier, accéda au désir de Currin. L'album fut posé sur le rebord de la fenêtre, et ils le feuilletèrent avec vi-vacité.

— C'est la page du Pérou... regarde ceux des îles Hawaï... j'ai la collection complète...

Et c'était le défilé des artistiques et minuscules gravures par lesquelles chaque nation marque et autorise sa correspondance, les profils aristocratiques des dynasties saxonnes, qui dédaignent de nous regarder en face, les physionomies bourgeoises et honorables des présidents des États Américains, toujours de face, eux; la République française avec ses deux gracieux emblèmes qui se donnent la main et le petit roi d'Espagne avec sa tête ronde de bébé; les timbres chinois au dragon; les turcs au cimeterre; Don Carlos, souvenir de nos vicissitudes politiques, et Don Amédée, figure éphémère de la même époque; les ravissants timbres de Terre-Neuve avec le visage alors

idéal du prince de Galles, et ceux des colonies anglaises sur lesquels la vieille grand-mère Victoria est représentée... en Impératrice.

Currin restait interdit ou criait de temps en temps en sautant :

« Oh ! oh ! qu'il est joli ! Je ne l'ai pas ! » Enfin arrivant en voyant une pièce très rare de la République de Libéria, il ne put se contenir :

— Tu me le donnes, dis ?

— Prends-le ? répondit avec expansion la fillette.

— Merci, ma toute belle.

Et comme Finita en entendant ce compliment devenait de la couleur de son album, Currin remarqua que, en effet, elle était fort jolie, surtout ainsi avec les couleurs du plaisir et ses yeux noirs débordant de joie.

— Sais-tu que j'ai quelque chose à te dire ? murmura le petit.

— Allons, dis-le !

— Pas aujourd'hui !

La gouvernante française qui accompagnait Finita à son cours avait jusqu'alors pendant la digression philatélique, montré une tolérance souriante, mais elle trouva que cela se prolongeait beaucoup et elle prononça un « Mademoiselle, s'il vous plaît », qui signifiait : Il faut aller au cours bon gré mal gré... voyons, une bonne résolution...

Currin demeura en admiration devant son timbre, et... pensa à Finita. C'était un petit garçon doux de caractère, pas très remuant, aimant les drames tristes, les romans d'aventures extraordinaires, lisant des vers et les apprenant par cœur.

Supposant toujours qu'il lui arriverait quelque chose d'étonnant et de merveilleux il rêvait beaucoup la nuit des choses de l'autre monde ou de ses lectures. Depuis qu'il collectionnait des timbres il rêvait aussi de voyages de circumnavigation, de contrées inconnues, et il était poussé dans cette voie par sa fervente admiration pour Jules Verne... Cette nuit-là, tout en dormant, il réalisa une courte excursion... à Terre-Neuve, au pays des beaux timbres. Pour mieux dire, ce n'était pas une excursion mais un transport instantané ; et, sur une plage bordée de monolithes de glace éclairée par une aurore boréale, Finita et lui, très sérieux, se promenaient en se donnant le bras.

Le lendemain, nouvelle rencontre dans l'escalier. Currin apportait des timbres en double, pour les offrir à Finita. Quand la fillette aperçut le jeune galant, elle sourit et s'approcha de lui.

— J'ai quelque chose pour toi, balbutia-t-il.

Finita mit un doigt sur ses lèvres, pour faire comprendre à son ami de prendre garde à la Française. Mais comme il parut à Currin qu'il n'y avait aucune malice à faire ce cadeau, il remit résolument les timbres à Finita, qui eu l'air un peu vexée ; sans doute elle s'attendait à autre chose ; aussi, s'approchant du petit bonhomme elle lui dit entre les dents :

— Et... et ça...

— Ça ?

— Ce que tu devais me dire hier.

Il soupira, regarda ses bottines et finalement lâcha cette bourde :

— Ce n'était rien.

— Comment, rien ! articula-t-elle furieuse, tu es un niais ! Rien !

Et le timide séducteur, mettant à la torture le roi Léopold de Belgique qu'il serrait entre ses doigts, murmura doucement à l'oreille de la fillette :

— Si, c'était quelque chose... Je voulais te dire que tu es... très jolie !

Et effrayé de son audace, il descendit l'escalier en courant, et sortit du portail dans la rue en volant. Le jour suivant, Currin écrivit des vers, dont je possède l'original, que je transcris :

L'amour, oui, l'amour naît de rien.
Un seul regard, doux et tranquille,
De ton expressive pupille,
Et l'âme aussitôt a un lien.

Quoique mauvais, des auteurs sérieux affirment que Currin les copia dans un livre prêté par un de ses camarades. Mais qu'importe ! Le fait est que le petit garçon se trouvait comme le peignaient les vers, amoureux, horriblement amoureux... Il ne pouvait penser qu'à Finita ; il prenait un soin tout particulier à faire sa raie droite, il s'acheta une cravate neuve et il poussait des soupirs quand il était seul.

A la fin de la semaine, ils étaient amoureux en règle. La gouvernante fermait les yeux... ou ne voyait pas, croyant tout simplement qu'il n'était question que de timbres, et elle mettait ce moment à profit pour causer de ce qui l'intéressait, avec son compatriote le cuisinier.

Une après-midi, le portier crût rêver. N'était-ce pas M^{lle} Séraphine qui passait seule avec un petit sac de cuir au bras, et n'était-ce pas M. Currin qui la suivait ! Et c'étaient bien eux aussi qui montaient dans un fiacre, dont le cocher en démarrant invoqua mille diables, Marie et Joseph ! Et où pouvaient-ils aller ainsi ? Informerai-je où n'informerai-je pas les parents ? Comment doit agir, en pareille circonstance, un homme de bien ? Me recevra-t-on avec des coups... ou bien me donnera-t-on un pourboire... sérieux ?

— Ecoute, disait Finita à Currin une fois que le train se fut mis en marche ; Avila, comment est-ce ? Très grand ? Aussi joli que Paris ?

— Non, répondit-il, avec un certain scepticisme. C'est sans doute un village de pêche :

— Mais alors, il ne faut pas y rester. Il faut continuer jusqu'à Paris. Je veux voir Paris à tout prix ; et je veux voir les pyramides d'Egypte.

— Certainement, murmura Currin, dont les paroles exprimaient le bon sens et le sentiment de la réalité ; et l'argent ?

— L'argent, lui fut-il répliqué en imitant son ton, tu es plus bête que celui qui a brûlé le beurre. Eh bien ! on se le fait prêter ?

— Par qui ?

— Par n'importe qui !

— Et si on ne veut pas nous le donner ?

— Et pourquoi pas ? J'ai une montre que je puis engager, toi aussi. J'engagerai en plus mon manteau neuf ; je rôlis de chaleur. Toi, tu ne sers à rien... Et puis nous écrirons à nos parents qu'ils adressent un... un bon... non, une lettre ! Papa en envoie chaque jour à Paris et partout.

— Ton papa, il doit être sur des charbons ardents ! il nous enverra... au diable. Et maman aussi. Nous en avons fait de belles, Finita ! Je ne sais ce qui nous arrivera.

— Bien, bien, j'engagerai ma montre et nous aurons la paix.

— Ah ! ce que nous allons nous amuser à Avila ! Tu me conduiras au café, au théâtre, à la promenade...

Quand ils entendirent chanter : « Avila, vingt-cinq minutes d'arrêt », ils sautèrent du train ; mais en posant le pied sur le quai, ils demeurèrent indécis, étourdis ! La foule sortait, se bousculait vers le buffet, et les amoureux ne savaient que faire. « Par où va-t-on à Avila ? » demanda Currin à un porteur qui, voyant deux enfants sans bagages, haussa les épaules et s'éloigna. L'instinct les conduisit à une porte, ils remirent leurs billets, et, sollicités par un garçon d'hôtel, ils montèrent dans la voiture qui les mena à l'hôtel d'Angleterre.

Le gouverneur d'Avila venait de recevoir un télégramme de Madrid « intéressant la capture » du jeune couple d'amoureux. La dépêche était urgente et révélait l'état moral d'une famille atterrée par l'angoisse et le désespoir; c'est-à-dire de deux familles désespérées. L'arrestation se vérifia selon les règles, non sans rires d'une part, et de déclamations sur les progrès de l'immoralité de l'autre. Les fugitifs furent ramenés à Madrid et, séance tenante, Finita fut internée aux Dames anglaises et Currin dans un collège dont il ne sortit pas pendant un an, même les dimanches. Par suite du tragique événement, le papa de Finita et la maman de Currin entrèrent en relations, eurent de longues conférences et ils tombèrent d'accord qu'il fallait prendre pied, dépister l'opinion, faire la conspiration du silence. Le papa de Finita remarqua alors combien la maman de Currin était bien conservée et celle-ci trouva que le banquier était un homme très pratique en affaires et un monsieur très galant envers les dames. Leur amitié se consolida et l'on dit qu'ils se font souvent des visites. Cependant on ne suppose pas qu'ils se soient jamais enfui ensemble. Dans quel but ?

M^{me} E. PARDO-BAZAN.

Traduit par RENÉ HALPHEN.

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE

REMORDS

J'ai connu, sur ses vieux jours, un fameux mauvais sujet qui menait alors une vie solitaire et en apparence tranquille. Il habitait un très bel hôtel, prenait grand soin de sa personne et avait un domestique attaché à... chacun de ses dix doigts; car la fortune, capricieuse puisqu'elle est femme, diraient quelques écrivains qui sont aussi certains de son sexe que moi je le puis être du sexe du moustique qui m'a martyrisée cette nuit, la fortune, dis-je, avait permis au jeune homme insouciant de dissiper d'abord son bien et ensuite l'héritage de ses sœurs qui moururent jeunes, celui d'une tante célibataire et enfin celui d'un tuteur très riche et fou de son pupille. Il revint à flot grâce au jeu ou à des gains de source inconnue. C'est alors qu'il pensa qu'il est prudent de garder quelque chose pour les années tristes. Du jour où mon mauvais sujet, le vicomte de Tresmes, se persuada qu'il importait à sa félicité de ne pas mourir dans un hôpital, il s'occupa de sa fortune avec la persévérance de l'égoïsme et il n'y eut pas un capital mieux géré ni conservé que le sien. Aussi quand je fis la connaissance du vicomte, — peu de temps avant qu'un rhumatisme au cœur ne le fit changer de... quartier, — c'était un riche vieillard, et sa maison, modèle d'élégance et de confort, donnait un démenti à l'opinion qu'on a généralement sur la demeure des célibataires.

Je portais au vicomte un grand intérêt de curiosité, cherchant dans sa physionomie l'histoire intime de ce redoutable conquérant des cœurs. Ne racontait-on pas que, pour lui, une duchesse était enfermée dans une maison de santé et qu'une Infante d'Espagne avait été sur le point d'envoyer promener son titre et tout ce qu'on peut envoyer promener. Si je n'avais su que je voyais le plus raffiné des Épicuriens, j'aurais cru admirer les restes d'un poète, d'un artiste, de l'un de ces hommes qui fascinent, parce que leur action dominante ne se limite pas seulement à la matière, mais subjugué aussi l'imagination. Les traits nobles de son visage rappelaient ceux de Wolfgang Goethe, non pas dans sa glorieuse vieillesse, mais à l'époque de son voyage en Italie, c'est-à-dire ce qu'aurait été Goethe si, en vieillissant, il avait conservé les lignes de la jeunesse. Cette finesse de dessin, cette bouche un peu charnue, ce nez au fin contour, d'une pureté grecque; ces cils si noirs et si subtils dont l'arc élégant accentue l'expression vive et profonde des yeux, ces joues pâles, fermes, larges, comme taillées dans le marbre, des joues viriles, car il n'y a que celles des femmes et des enfants qui soient rondes; ce long cou sur lequel se détache au-dessus des épaules, la tête altière... tout cela, quoique en ruines, existait encore, et le corps dans ses justes dimensions, dans sa beauté musculaire, un peu tassée,

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE.

Décembre 1900. — 43.

comme celle d'un gymnaste, révélait la vigueur d'acier de l'homme que les excès n'épuisent et ne consomment pas. Il est vrai que je devinais ces singulières conditions du vicomte grâce à mon aptitude à restaurer les dommages de l'âge et à reconstituer les personnes telles qu'elles étaient dans leur jeunesse.

Le vicomte aimait à causer avec moi et quelquefois il me racontait des traits de sa vie de hasard, qui n'auraient pas pu être racontés s'il n'avait su sauver les détails les plus scabreux avec un exquis atticisme et couvrir l'inconvenance du fond par la délicatesse de la forme. Cependant dans ses récits il y avait quelque chose qui me froissait, c'était le manque absolu de sens moral du héros, son cynisme froid perceptible sous la délicate courtoisie du langage. La curiosité m'aguillonait, et je pensais en moi-même : « — Est-il possible que cet homme qui non seulement a été inutile pour ses semblables mais encore nuisible ; qui a bu le suc de toutes les fleurs, tirant le miel pour s'enivrer, quoiqu'il le distillât avec du sang et des larmes, ce corsaire de l'amour ; est-il possible qu'il n'ait rien conservé de vivace et de sain sous les dehors flétris par le libertinage ! N'éprouvera-t-il pas un remords ? N'aura-t-il pas accompli un acte d'abnégation, une œuvre de charité ? »

Un jour je me décidai à lui poser la question directement :

— « Parce que, lui dis-je, dans les batailles que vous aviez coutume de gagner il y a des morts et des blessés ; et comme dans les blessures causées par le fleuret, l'hémorragie est interne, car l'honneur ordonne de se taire et de succomber en silence ! Combien de maris, combien de frères et de pères, sans compter les victimes elles-mêmes, auront été embrasés dans un enfer de honte, par votre seule faute !

— « Bah ! ne croyez pas cela, me répondit le Don Juan sans s'affecter le moins du monde ; dans ces questions-là, nous autres experts, nous sommes un peu fatalistes ! Ce qui est écrit s'accomplit ! Et ce que j'aurais délaissé moi, pour des scrupules plus ou moins justifiés, un autre l'aurait recueilli, peut-être avec moins d'art, d'expérience et de tact. La pêche mère pend à la branche et semble à chaque instant se détacher de sa tige. Celui qui passe et la cueille doucement lui épargne la flétrissure de tomber à terre, d'être salie et foulée aux pieds... »

Voyant que son étrange raisonnement me laissait perplexe, le vicomte ajouta :

— « Malgré tout, je dois confesser que j'ai accompli un acte d'abnégation et que j'en ai un remords... »

Je prêtai toute mon attention, et le vieillard appuyant son menton entre deux doigts de la main gauche s'exprima avec lenteur et sur un ton moins ironique que de coutume :

— « Vous saurez que j'eus une sœur qui se maria et mourut presque immédiatement. Dans ma famille tous sont morts jeunes et phthisiques, excepté moi qui ai absorbé toute la vitalité qui aurait dû être répartie entre les autres. Peu de temps après, mon beau-frère fit une chute de cheval à laquelle il ne survécut pas. Il laissait une petite fille jolie comme un séraphin. Je devins son tuteur et quoique je m'occupai sérieusement de son éducation et de ses intérêts, je la voyais peu, n'aimant pas les petits enfants. La puberté arriva cependant et l'enfant prit des formes moins séraphiques et plus appétissantes pour les humains. Et fait curieux, si lorsqu'elle était jeune elle devenait folle de joie en me voyant, lorsqu'elle commença à devenir femme ma présence paraissait l'affliger, et je me souviens qu'elle éprouva une fois une syncope parce que je lui avais donné un baiser paternel... Paternel, je vous en donne ma parole d'honneur ; car nous nous imaginions stupidement

que ceux que nous avons connus enfants n'arrivent jamais à être de grandes personnes.

Mais certaines erreurs s'effacent vite et comme les symptômes allaient en s'accroissant, je ne tardais pas à reconnaître la nature de la maladie... La jeune fille, je vous l'ai dit, était une beauté, je vous montrerai son portrait et vous verrez si j'exagère. En dehors de sa beauté je n'ai jamais vu une femme plus diaphane. Rendue, vaincue par une force supérieure à son libre arbitre, loin de me fuir, elle me suivait, me cherchait constamment, et on lisait dans ses yeux, on devinait dans sa voix et dans ses moindres actions qu'elle était mienne, tellement mienne que j'aurais pu lui marquer au front le stigmate de l'esclavage. J'avais trente-huit ans, l'âge des passions violentes... et cependant! voilà tout!

— Vous n'avez pas cueilli la pêche ?

— Ce n'était pas une pêche, comme vous verrez, répondit le viveur en fronçant les sourcils. Ce que je puis vous dire, c'est qu'en apprenant la réalité, je fus ma nièce, je voyageai, restant absent pendant plus d'un an, et lorsqu'à mon retour je vis la jeune fille malade d'amour et plus passionnée que jamais je lui tins le langage d'un père ; je lui fis la peinture de ma vie, de ma condition et jusqu'à mes vices...

— De l'huile sur le feu!

— Peut-être! Enfin je lui déclarai que j'avais résolu de ne me marier jamais. Je n'épouserai même pas... Eugénie Montijo, impératrice des Français!

— Et elle ?

— Elle... après avoir pleuré et être devenue tour à tour pâle, rouge et tremblante comme une condamnée... elle finit par me dire que, célibataire ou marié, méchant ou bon, riche ou pauvre...

— J'ai compris...!

— Eh bien moi, non seulement je refusai, je me dérobaï, je me contins, mais encore je lui cherchai un mari jeune, joli garçon, bon et avec toute mon influence, par mon ordre, je le lui fis accepter.

— C'est très bien, m'écriai-je enthousiasmée; voilà une action généreuse, belle tout au moins!

— Une mauvaise action, détestable, répliqua le vicomte dont les lèvres tremblèrent légèrement. Ma nièce à peine mariée, les écailles me tombèrent des yeux et je m'aperçus que je mourais d'amour pour elle... Alors je la recherchai, je la poursuivis, je l'assiégeai et j'épuisai tous les moyens, ne rencontrant que répugnance et un dédain glacial. Elle me tint rigueur systématiquement et avec une telle persévérance, que je me déclarai vaincu et que mes premiers cheveux blancs firent leur apparition...

— Voilà, la petite nièce était satisfaite du mari que vous lui aviez choisi!

— Tellement, ajouta le Don Juan tristement, tellement qu'au bout de six mois, ma nièce tomba malade de passion, et qu'au bout de dix mois en agonie elle m'appela à son chevet pour m'adresser un adieu éternel et pour me dire aussi, à l'oreille que... c'était comme toujours.

Trèsme baissa la tête et je crus voir un nuage couvrir son front olympique.

— Voilà, murmura-t-il, après une pause, mon remords. Nul ne doit manquer à sa vocation, et la mienne n'était pas celle de conduire personne dans le sentier de la vertu!

M^{me} PARDO-BAZAN.

Traduit par RENÉ HALPHEN.

EMILIA PARDO BAZÁN.

«Un bas bleu?» Non! une femme qui met au service d'un esprit profond, subtil et délicat un style puissant et coloré.

Un abîme sépare la femme du bas bleu. M^{me} Pardo Bazán est une mère de famille, une femme aimée et respectée, et non un de ces êtres disgraciés de la nature pour lesquels la littérature est l'épanchement de passions incompressibles.

Au physique, c'est une des duchesses ou des dogaresses, peintes par Van-Dick et par Moro. Yeux et cheveux noirs, regards langoureux, bien qu'ayant une certaine malignité causée par le clignement de la myopie, nez aquilin, aux narines mobiles, menton accusé, teint chaud, Doña Emilia a l'extérieur le plus agréable et le plus sympathique.

Elle a cette coquetterie suprême des vraies femmes qui consiste à se parer, non pas de bijoux étincelants, mais de fleurs et de dentelles, aériennes comme si elles étaient tissées avec des fils de la Vierge.

Riche, belle, fille unique, heureuse mère, la littérature a été pour M^{me} Pardo Bazán, une magicienne continuant les enchantements de la réalité.

Elle domine les horizons merveilleux de la pensée; elle parcourt d'un pas assuré les vastes champs que l'imagination peuple de chimères. Non seulement elle cultive la muse, mais encore la philosophie. L'étude des mathématiques, des sciences naturelles, des langues vivantes et des langues mortes occupent les loisirs que lui laissent sa vie de famille et un beau petit enfant adorablement exigeant, comme le sont les enfants gâtés.

Chaque jour M^{me} Pardo Bazán passe six ou huit heures dans son bureau, rempli d'objets artistiques, sorte de *Saint des Saints* qui n'est pas ouvert aux profanes, où les œuvres et les théories de Leibnitz, de Descartes, d'Espinosa coudoient Voltaire, Hegel et Schopenhauer—car cette femme si richement douée réunit en elle les genres les plus opposés. Elle est à la fois poète et réfléchie, classique et romantique.

Nous voudrions donner une étude *in-extenso* de ce tempérament remarquable, de ce talent exceptionnel et viril; mais chaque livre demanderait une analyse distincte, car il est une lutte entre l'esprit élevé qui s'est adonné à la science et à ses arcanes mystérieuses et l'éternel féminin qui reprend souvent le dessus. La poésie à travers de cette gravité comme le printemps sème des fleurs au flanc des roches grandioses.

Un viaje de novios, prêt dans la forme, pessimiste dans le fond, lance le premier cri d'indépendance et fait entrevoir les premiers doutes.

San Francisco de Asís est moins le résultat de propensions mystiques que d'une promesse faite jadis aux missionnaires du collège de Santiago. L'on voit que ce livre n'a été écrit que dans le but de tenir une parole donnée un peu à tort et à travers. La préface en est merveilleuse, ainsi qu'une étude sur la poésie et la science des pères franciscains au XIII^{ème} siècle.

La cuestión palpitante est une série de délicieux articles écrits au vol de la plume. Le secret de l'immense succès de cet ouvrage tient aux trois qualités maîtresses qui y dominent la connaissance merveilleuse des lettres antiques et modernes, l'immense criterium esthétique, et le bon sens.

La Tribuna est une révélation nouvelle, un avatar de M^{me} Pardo Bazán. L'action se déroule entre les cigarières de la fabrique de tabacs de la Coruña.

Quel motif a pu l'amener à passer sans transition de l'histoire des Franciscaïns à, lieu aussi terrestre, pour ne pas dire aussi suspect, que la *Palloza*?

L'auteur en donne elle-même la raison et d'une façon aussi spirituelle qu'ingénieuse. «C'est vrai, dit-elle, de Saint François à la *Palloza* il y a un saut formidable; mais si vous saviez combien il est intéressant de voir de près ce grand enfant qui s'appelle le peuple! Je regrette que Dieu ne m'ait pas donné le génie descriptif de Pereda, ni la sensibilité nécessaire à quiconque veut tirer de ce cadre vivant quelque chose de bon. Enfin, une fois, au moins, me rapprochant de Kaliban, je l'aurai vu face à face.»

—Plaise à Dieu que ce ne soit pas la dernière, madame!—

On a comparé M^{me} Pardo Bazán à Fernán-Caballero. On peut non sans moins de raison, l'opposer à M^{me} de Girardin, car ainsi que la poétesse morte trop tôt, elle exerce son charme sur tout ce qui l'approche, charme persistant qui fait que, jeune encore, elle marche dans la vie escortée de vieux amis.

Et comme tout tableau lumineux a son coin d'ombre, comme toute qualité transcendante porte en elle le germe d'un défaut qui, à un moment donné, lui sert de point de comparaison, nous, qui sommes les amis, les admirateurs d'Emilia Pardo Bazán, nous qui savons quel esprit endiablé et fin, quelle science profonde, quel talent génial se cachent derrière son sourire et son regard si doux, nous voudrions voir un rien d'idéalité, de sentimentalité, de ce que les esprits forts appellent *superstition*, joint à cet assemblage de qualités hors ligne.

C'est pour la femme qu'a été inventé le ciel, ses splendeurs et ses puérilités, et M^{me} Pardo Bazán, mieux et plus qu'une autre a une âme capable de comprendre et d'aimer cette poésie divine, que Becquer a si bien traduite dans ces vers adorables:

Allá arriba el sol brillante,
Las estrellas allá arriba,
Aquí abajo los reflejos
De lo que en lejos brilla.

Là haut le ciel brillant
Les étoiles là haut
Ici bas les reflets
De ce qui brille si loiz.

Allà lo que nunca acaba,
Aquí lo que al fin termina;
Y el hombre atado aquí abajo
Mirando siempre hacia arriba!

Là haut ce qui ne s'achève jamais
Ici bas ce qui a une fin,
Et l'homme attaché ici bas
Regarde sans cesse là-haut.

Un accident étant arrivé au dernier moment à la pierre lithographique, le portrait de M^{me} Emilia Pardo Bazán qui devait accompagner sa silhouette ne pourra paraître que dans le prochain numéro.

LA NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE

Chaque numéro publie des

Nouvelles, Romans, Chroniques,
Autographes, Mémoires, Voyages, Etudes politiques, littéraires et scientifiques,
Pages d'Histoire, Poésies, Lettres de l'Etranger, etc.

ABONNEMENT

France 50 fr. — Union postale 62 fr.

Prix du numéro 2 fr. 50.

On envoie un numéro spécimen à toute demande accompagnée d'un bon de poste de 2 francs.

LA COLLECTION COMPLETE COMPREND 35 VOLUMES BROCHES,
AU PRIX DE 25 FRANCS LE VOLUME

En vente : à l'Administration, 23, boulevard Poissonnière, Paris.

EN VENTE :

LA PETITE REINE

IMPRESSIONS ET SOUVENIRS DE HOLLANDE

par M^{me} RATTAZZI

(Ouvrage orné de nombreuses illustrations.)

Prix : 3 fr. 50, franco.

Editeur : PER-LAMM

Paris. — L. MAERIMON, imprimeur, 1, rue Cassette

XXVI^e Année. — 2^e Semestre. — Paris, 7-15 Juillet 1894. — N^o 1.

3964
NOUVELLE

DÉPÔT LÉGAL
Seine
N^o 10
1894

REVUE INTERNATIONALE
(LES MATINÉES ESPAGNOLES)

PARIS — MADRID — ROME — SAINT-PETERSBOURG — LISBONNE
BRUXELLES — VIENNE — NEW-YORK

Directeur : Le Baron STOCK

SOMMAIRE

1. Le mouvement littéraire en Belgique : Camille Lemonnier, Iwan Gilkin, Albert Giraud, Edmond Picard, Georges Eckhoud, Maurice Maeterlinck, Emile Verhaeren
2. Lettres de Frédéric Mistral
3. Revue de la politique européenne

EDOUARD DU FRESNEL.
FRÉDÉRIC MISTRAL.
EMILIO CASTELAR.

La statue de Velasquez. — La mort de Madrazo. — La comtesse Gasparin à Genève. — Influences de cette ville sur les lettres. — La mort du Sultan Mouley-Hassan. — L'Empire du Maroc et les États européens du moyen âge. — Le traité anglo-congolais et ses nombreuses difficultés. — Graines de guerre rendues vraies par la proclamation d'Abdul-Aziz. — Caractère du nouvel empereur. — Paix profonde. — État général de l'Europe. — Espagne et Portugal. — France et Angleterre. — Les procédés de Crispi en Italie. — Triomphe des libéraux en Bulgarie et en Hongrie. — Assassinat de Carnot. — Réflexions. — Conclusions.

4. Lettre d'Anvers.
5. Scènes de la vie australienne
6. Voyage au pays des migots.
7. Impression de lecture
8. Ahmed-Midhat Effendi
9. Congrès international de la presse
10. Chronique internationale
11. Au bord du Mississippi
12. Salon du Champ de Mars.
13. Chronique de l'élégance
14. Bibliographie

DENISE.
PAUL LE FRANÇ.
JULES LE TEUETROIS.
MARIE LETITZIA DE RUTH.
GARABED-BEY.
VICOMTE D'ALBENS.
HENRY DE GLASSANT.
FÉLIX MALTEZEE.
SIMONE.
E. DU F.

PARAIT LE 1^{er} ET LE 15 DE CHAQUE MOIS

BUREAUX : 23, Boulevard Poissonnière, PARIS

BUREAUX DE LA REVUE A L'ÉTRANGER
MADRID : 16, Paseo de la Castellana. — LISBONNE : chez Guionar Torrezao
BRUXELLES : Chez LAMERTIN, 20, rue du Marché-au-Bois.
ANVERS : Max RUEF, place de Meir.

345

OTROS TEXTOS

En líneas generales, los traductores (salvando el caso del primer cuento analizado, *Un Petit-fils du Cid* que sí es una autotraducción elaborada especialmente para la cabecera francesa) respetan el lenguaje cercano que la gallega plasma en sus relatos breves. Así, el texto traducido llegará al lector extranjero de la misma forma que el lector español lo recibió en primera instancia, en igualdad de condiciones y a través de la prensa, el mayor salvoconducto de los escritores del fin de siglo para darse a conocer entre el gran público.

Lo mismo ocurre con los textos de diversa naturaleza citados en el grueso del trabajo. Artículos sobre política como “La dynastie espagnole et la Reine régente” (1898)²⁰ pretenden describir y definir la vida de la Corona española en los últimos años del siglo XIX. En ese mismo año doña Emilia dio cuenta de la terrible guerra de Cuba, momento en el que España perdió las últimas colonias ultramarinas que le quedaban, suceso que alteró la vida pública española y provocó numerosas revueltas sociales en contra del gobierno. Todo ello está recogido en el artículo titulado “La Guerre”²¹. Otros trataron el tema literario, como fue el caso de “Le mouvement littéraire” (1900), e incluso se ocupó de describir a las mujeres españolas de la aristocracia haciendo gala de su buen conocimiento de la sociedad del país en el artículo que tituló “Autour des femmes espagnoles”²².

Los artículos escritos en prensa por Pardo Bazán tanto en España como en Francia están en ambos casos solo rubricados por la coruñesa. En ningún caso de las citadas traducciones aparece el nombre de algún traductor. A diferencia de lo que ocurría con los cuentos, aquí es siempre Pardo Bazán la que firma los artículos, bien porque pueden haber sido traducidos directamente por la gallega, o bien porque el traductor está ausente como en el caso de algunos de los cuentos que vimos anteriormente.

La única excepción de entre todos los cuentos que se han estudiado era el caso de *Un Petit-fils du Cid*, de cual se ha hablado que estaba traducido directamente por Pardo Bazán. Basándome en eso, creo que lo mismo ocurre en los casos que aquí propongo. La capacidad de la autora para traducir o escribir directamente en lengua francesa estaba más que probada, por lo que no resulta extraño que ella misma realizase las traducciones de sus artículos para la revista dirigida por Mme de Rute.

He de decir que todavía hoy continúo hallando artículos de Pardo Bazán en esta cabecera y que por ello, esta lista que aquí presento puede alargarse de manera notable. Es este un tema que espero seguir investigando en futuros estudios ya que esta cabecera

²⁰ PARDO BAZÁN, E. “La dynastie espagnole et la Reine régente”. *Nouvelle Revue Internationale*. Nº 15-16, 15 de julio de 1898, págs. 450-454.

²¹ PARDO BAZÁN, E. “La Guerre”. *Nouvelle Revue Internationale*. Nº 2, 15 de agosto de 1898, págs. 81-84.

²² PARDO BAZÁN, E. “Autour des femmes espagnoles”. *Nouvelle Revue Internationale*. Nº 11-12, 15 de junio de 1890, págs. 437-444.

me ha aportado mucho acerca de la obra periodística de doña Emilia y también sobre su faceta como traductora.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA²³

La venta en subasta pública, en París, de todos los muebles y efectos pertenecientes a la señora viuda de Rute, más conocida por princesa Rattazzi, ha recordado nuevamente el nombre y la historia literaria de esta mujer, de cuyo fallecimiento no se habló mucho, acaso porque coincidió con el de otra mujer eminente e indiscutida; Clemencia Royer, que tradujo y prologó a Darwin, como la *divina Emilia* de Voltaire había traducido y comentado a Newton.

María Leticia Bonaparte Wyse, de la familia imperial francesa, era muy conocida en España, donde contó entre sus amigos a personalidades tan señaladas como la reina Isabel II, el rey Alfonso XII, la reina regente Cristina, Cánovas del Castillo, Castelar y puede decirse que todos los hombres políticos, literatos y poetas que han figurado entre 1875 y 1890. Estaba condecorada con la Orden española de maría Luisa; poseía casa abierta en Madrid, y daba continuamente fiestas, comidas y representaciones, cuando venía a pasar aquí temporadas de primavera o de invierno. Su hermosura fue singular; sus joyas eran célebres, históricas y únicas algunas de ellas, como la famosa sirena obra de Benvenuto Cellini; sus trajes fastuosos y extraordinarios; sus salones se encontraban atestados de riquezas artísticas. Publicaba una Revista difundida por toda Europa, y libros que solían originar encarnizadas polémicas, como el titulado *Portugal a vista de pájaro*. Tenía ingenio, y algunas frases suyas se repiten aún. Fue, en suma, una de esas personalidades de marcadísimo relieve, que no durante un momento, sino toda su vida, preocupan la atención y tienen pendientes de sí la curiosidad, rara vez benévola, del público.

No sería yo quien emprendiese la tarea de escribir la biografía de una señora de la cual no podría hablar con entera imparcialidad, ya que la debí reiteradas y constantes atenciones y obsequios, desde el día en que procuró mi trato con el empeño especial que solía poner en granjearse relaciones de la jerarquía intelectual, y que solo era comparable a la facilidad con que las perdía en otras esferas más solicitadas por el vulgo que rinde parias al *snobismo*. Nunca he pasado por París, que la directora de las *Matinées* (convertidas luego en *Nouvelle Revue Internationale*, y hoy suspensas al morir la Rattazzi), no me ofreciese, además de los magnos banquetes en el *menu* llevaba al frente mi retrato y los platos el título de mis libros, la ocasión de conocer y ver de cerca a celebridades que tan difícilmente encuentra un extraño en el torbellino de París: Renan, Alejandro Dumas, Flammarion, Coppée, Severine, y cuenta que ya en estos últimos tiempos se había reducido mucho el círculo que frecuentaba el anchuroso piso del boulevard Poissonnière, donde abría la señora Rattazzi sus salones.

¿Por qué se despuebla un salón? Mil causas lo explican, siendo el éxito de un salón de las cosas más transitorias; pero en este caso, algunas razones plausibles se aducían desde luego. En primer término, sin duda, haya que contar la decadencia física de María Leticia Rattazzi, en otros tiempos, no muy lejanos relativamente, incluida en el catálogo de las *professional beauties* del mundo. El adorable cuerpo y rostro de aquella mujer no habían decaído de esa manera lenta y mansa que se parece a la invasión del otoño en un paisaje estival, y a la suave y melancólica substitución del otoño por un invierno frío, pero no agrio ni tempestuoso. Habían decaído de pronto, arruinándose de una vez; incurable la sordera, vuelta ceguera casi total la miopía, ausente el cabello, arrugada la piel, deshecho el precioso edificio de un golpe. La sordera y la cortedad de

²³ PARDO BAZÁN, E. "LA VIDA CONTEMPORÁNEA", *La Ilustración Artística*, Barcelona, 7 de abril de 1902, número 1.058, p. 234.

vista robaron el encanto de la conversación, esa frescura del ingenio que desafiaba a los años, y así, alrededor de la que tuvo a sus pies dos generaciones, se formó, natural y sencillamente, el vacío, un vacío que disimulaban mal el constante ir y venir de *la gente*, y que agrandaba la muerte arrebatando implacable a *las personas* de aquel círculo ilustre de Aix-les-Bains...

Cuando yo vi de cerca a la señora Rattazzi, ya estaba consumada la destrucción de su beldad, y solo se mantenía eso que llamamos *el aire*, las líneas del cuerpo, el modo de andar, la curva de los hombros, muy semejante, dicen, a la de otras princesas de la casa de Bonaparte. Aún no la habían despojado, los que ella con gracia llamaba “sus ladrones de cámara”, sino de una parte de sus regias joyas. A pesar del escarmiento de los dos primeros atentados —el de París, de resonancia europea—, el descuido y abandono con que aquellas joyas tan ricas se custodiaban, eran para alarmar a los prudentes. Algunas de las más bellas, artísticamente hablando, estaban en una vitrina de cristales, en el piso bajo de un hotel de la Castellana, en sitio bien solitario de noche y con ventanas que no defendía ninguna reja. La puerta del hotel solía dejarse abierta por costumbre, y realmente los ladrones de cámara fueron asaz considerados ne no arramblar con todo hasta que se ausentó la propietaria, dejando allí objetos de tan alto valor y tan tentadores.

He perdido la cuenta de las veces que fue desvalijado el guardajoyas de María Leticia; pero es lo cierto que después de tanto saqueo, aún le quedaron prendas muy notables, verbigracia, el famoso collar de los brillantes de color, las grandes calabazas negras de las orejas, un aderezo de turquesas magníficas, y el servicio de oro, de tocador, con las armas imperiales. Y ya que hablo de joyería, recuerdo el hecho de que cuando la Rattazzi se presentó en Madrid por primera vez exhibiendo sus pedrerías, hubo quien las juzgó falsas; y habiéndolo sabido la dueña, las envió a casa de Ansorena para que las limpiase, obteniendo así indiscutible testimonio de que no eran sino buenas y legítimas.

La cortedad de vista fue causa de que, sin mediar cacos, perdiese la Rattazzi muchos objetos de valor, entre otros los impertinentes cuajados de brillantes, regalo de Víctor Manuel I. Y no sé en virtud de qué talismán no perdería el raro y artístico sello de oro con una gruesa madreperla, dádiva de la reina Isabel II. Lo vi rodar sobre las mesas de la redacción de la *Matinée*, y me sorprendió agradablemente que el conde de Solms, hijo de la nombrada escritora, me asegurase haberle recogido después de la muerte de su madre.

En encajes, porcelanas, abanicos, autógrafos, podría quedar un caudal a los herederos de la señora Rattazzi. De testas coronadas y de eminencias literarias y políticas, poseía esta señora mazos y mazos de cartas, verdaderos tesoros para la historia y para la crítica. Creo que vendió bastantes; al menos se lo he oído decir. Muchas debieron de sufrir extravío, o desaparecer sin fruto para nadie. Daba pena considerar lo que pudo ser el archivo de una dama que intervino en tantos sucesos y se relacionó con tanto y tanto personaje, si el vértigo de una vida de continuos viajes y continua sociabilidad le hubiese permitido conservar y ordenar los manuscritos dispersos o inutilizados.

De las obras de arte reunidas en sus residencias, algunas gozan fama universal. Citaré el retrato conocido por *Retrato del guante*, admirable lienzo firmado por Carolus Duran, y que representa a la Rattazzi en el ocaso todavía espléndido de su hermosura, sonriente, enguantada una mano y la otra desnuda sosteniendo el guante de piel de

Suecia. El retrato pensó el original legarlo, como recuerdo, al Museo de Madrid; después, una acogida cariñosa que dispensaron a la Rattazzi en Amberes, la decidió a cambiar de parecer, y es el Museo de Amberes el que se enriquecerá con este legado, al cual acompaña el busto, en mármol blanco, de la Rattazzi igualmente, obra muy notable del escultor Clesinger.

Llamaba la atención en el boulevard Poissonnière otro retrato, atribuido a Bonnat, hoy perteneciente a la Sra. Viuda de Vilanova, hija de Rattazzi; una Ninfa, estatua de mármol; una cristalera toda de porcelana de Sajonia antigua, auténtica; veladores de Sèvres; todo mezclado y confundido con modernos *bibelots* y con muebles que se rompían y que no se arreglaban nunca, y con montones de libros y periódicos que rodaban por todos lados, en bohemio y pintoresco desorden. La pluma de Alfonso Daudet era la única que podía describir aquel interior, uno de los más curiosos de París.

Y ya nada queda, de una existencia tan brillante en su primera mitad, enlazada estrechamente con los sucesos que determinaron la formación del reino de Italia y acaso la caída de Napoleón III. A decir verdad, ya poco quedaba, pero los restos proclamaban las grandezas desvanecidas. La actualidad parisiense, alada y siempre vibrante de impaciencia, ha pasado su dedeo de nácar por la casa de l boulevard Poissonnière, y es asunto concluido; hasta feneció la Revista, sostenida durante tantos años por la actividad y la tenacidad de la Rattazzi, bajo el seudónimo de *Barón Stock*.

Al substituir al brillo y el ruido el silencio total, frío, de la huesa, las reflexiones filosóficas son tan fáciles, que debemos desdeñar hacerlas. Si se mira bien, ¿qué día no tenemos ocasión y motivo para glosar los versos a “los infantes de Aragón” y aquellos otros a Itálica? ¡Qué de torres altas hemos visto caer, y no somos aún viejos, si por vejez se entiende el descenso de las fuerzas físicas!

Y la obra literaria de la señora Rattazzi tampoco sobrevive. Devorada por las circunstancias, esparcida en diarios, revistas y folletos, o en libros publicados por diferentes editores, la posteridad difícilmente se orientará acerca de ella, y dentro de diez años pocos sabrán que la autora de *Portugal a vista de pájaro* fue una amenísimo cronista, un escritor atractivo y picante, un poeta tierno y fino. El ruido de su nombre perjudicó (¡extraño caso!) a su fama y labor literaria, sin permitir que nunca reposase y se consolidase en producción regulada y duradera.

¡Qué arduo es construir, qué laborioso cimentar, y qué presto se lleva el aire memoria, reputaciones, leyendas negras y doradas!

EMILIA PARDO BAZÁN.



NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE

NUMÉRO 2 — DEUXIÈME SEMESTRE 1898

— 1^{er} Août —

LA GUERRE

Puisque quelques Américains souhaitent de connaître l'avis d'une femme espagnole sur la guerre actuelle, puisqu'il existe aux Etats-Unis un grand journal qui désire l'insérer et un public prêt à me lire avec des sentiments de considération, je l'exprimerai volontiers, avec une entière courtoisie et une non moins entière sincérité. Supposons que, pendant quinze minutes, le drapeau blanc soit arboré; et parlémentons sur ce qui nous tient si fort au cœur.

D'abord, voilà la curieuse opposition qui saute aux yeux. Pendant que les Américains dans cette lutte, ont un but très clair et s'attendent à des résultats concrets et bien définis, nous autres Espagnols nous combattons pour une idée abstraite, je ne dis pas irréaliste, mais en somme fort sujette à être comprise de plusieurs façons : l'honneur. Un grand poète, Ramon de Campoamor, a raconté les souffrances de l'humanité pour racheter *un tombeau vide* : c'étaient les croisades. Nous autres, nous voilà versant des flots de sang et ruinant nos finances (qui sait pour combien de temps) afin de racheter, sinon un tombeau vide, du moins un cadavre, ce cadavre de notre souveraineté aux Antilles. A Cuba et à Puerto-Rico, il ne nous restait, après l'autonomie, — c'est l'exacte phrase de M. Silvela, — que les couleurs de notre drapeau. En acceptant cette affreuse guerre, dans des contrées si lointaines, sans secours, sans argent, épuisés que nous étions par de longues luttes coloniales avec les rebelles derrière, devant les Américains, millionnaires et innombrables, nous devions supposer que nous rendions un suprême hommage à ce glorieux drapeau jaune et rouge.

L'affaire une fois engagée, elle se complique : ce n'est plus notre souveraineté nominale aux deux Antilles, c'est notre pouvoir effectif sur les Philippines, et même sur les Canaries, qui court des risques très sérieux; voilà pourquoi nous étions quelques patriotes détestant la guerre, rêvant de pouvoir l'empêcher à tout prix, car l'espoir de vaincre nous étant interdit, nous n'imaginions pas que l'honneur nous commandât de courir à notre perte. Au nombre et au poste d'honneur parmi ces patriotes il faut compter Canovas del Castillo, si fort insulté au Congrès parce qu'il évitait le conflit.

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE. — N° 2.

6

Cependant la guerre était populaire en Espagne. Ceux qui hasardaient le mot de paix devenaient suspects. Il ne faisait pas bon parler d'arrangements, de traités, de manœuvres pour éviter le choc. Après la perte de nos escadres, après tant de malheurs, on commença à dire tout haut qu'il faudra pourtant faire la paix un jour ou l'autre. Cependant, avant les derniers revers que nous avons éprouvés, je ne connais que deux personnages espagnols qui ont, en public, soutenu la nécessité de la paix promptement signée : l'ex-impératrice des Français, Eugénie de Montijo, et le chef du parti socialiste ouvrier, le compagnon Pablo Iglesias.

C'est honorable pour l'humanité que ce soit aux États-Unis, qui avaient toutes les chances, plutôt la certitude mathématique de la victoire, que des voix se soient élevées contre une guerre qui ne saurait être justifiée devant la conscience historique, puisqu'elle a été déclarée lorsque justement l'Espagne venait d'accorder aux Antilles les plus amples libertés, l'autonomie enfin, enlevant par là tout prétexte de rupture de relations avec les États-Unis. Je me suis laissé dire que certaines Universités américaines — je citerai celle d'Harvard — n'ont pas cru faire acte antipatriotique en condamnant cette guerre injuste; je sais qu'à côté des *jingoes* et de l'atroce et ignoble presse jaune, il existe dans les États de l'Union un groupe très compact et très sensé, pour réprouver une guerre qui n'a plus de motif humanitaire et qui ne saurait s'expliquer que par des mobiles d'intérêt et de cupidité à peine déguisés. C'est à ce groupe que je m'adresse; dans ce groupe je ne vois pas l'ennemi; je crois même que, dans la sphère de la culture morale et de l'équité qui doit présider aux relations entre les divers peuples du monde, nous nous rencontrons en amis, en nous serrant la main.

Toutes les nations ne remplissent pas un rôle similaire dans l'organisme de l'histoire universelle. Il y en a qui ont été désignées pour civiliser en combattant; il y en a qui représentent le progrès pacifique, le travail, l'activité, l'invention, l'industrie. Ce rôle sympathique semblait être dévolu aux États-Unis. Les étoiles de son étendard, nous les regardions luire dans un ciel pur et serein : voilà qu'elles deviennent des étincelles enflammées, des astres rouges qui vont embraser l'horizon. Le militarisme, nous disait-on, pour les États-Unis, c'est l'ennemi; la force, là-bas, s'emploie à mouvoir les machines et à réaliser d'étonnants progrès; la marine, à protéger le commerce; on exècre cette *paix armée* qui ruine les États européens..... Et voilà, tout à coup, les États-Unis transformés en conquérants à outrance, grimés en pirates normands du IX^e siècle, caressant le rêve qu'ont caressé tour à tour Rome, l'Allemagne au Moyen-Âge, l'Espagne sous la Renaissance, la France après 1793, d'un peuple maître du monde au moyen des armes et de la gloire militaire. Et voilà comment les États-Unis effacent l'image idéale, oublient les traditions, et voilà comment jamais plus un poète, un Leigh Hunt de l'avenir, ne pourra chanter à l'occasion des fêtes de la paix : « Le capitaine Plume a vaincu le capitaine Sabre. »

C'est pas le chauvinisme qui me fait parler de la sorte. Si je condamne les États-Unis parce qu'ils ont provoqué une guerre sans excuse, parce qu'ils sont allés renier la vieille foi devant l'idole de bronze et de fer, le Moloch de la Force qui dévore la Justice et la Loi, je condamne aussi ma bien-aimée patrie, surtout ceux qui sont à sa tête, et qui n'ont pas su éviter, ni amoindrir, ni même flairer la catastrophe. La faiblesse du gouvernement espagnol ne saurait être égalée que par son ineptie. Nous avons tous, sur les lèvres, à présent, les invectives du troisième acte de *Ruy Blas*...

Et je condamne aussi, tout en les respectant, parce qu'il faut respecter les erreurs généreuses, ce sentiment funeste qui nous a lancés, les yeux

fermés, dans une lutte stérile même si elle nous promettait, au lieu de mille désenchantements, quelques pages franchement épiques. De la gloire, nous en avons, dans notre passé, à en revendre. C'est de bonheur que nous manquons! On croit habituellement que, lorsqu'un homme s'est battu en duel mille fois, faisant preuve d'un grand courage, il a acquis le droit de refuser, pour des raisons particulières, une affaire d'honneur, sans être taxé de poltron. C'est vrai pour l'individu, ce doit être vrai aussi pour les nations. L'Espagne n'a que trop prodigué son sang. Seulement, c'est une erreur de croire et de dire que nos héros du temps jadis allaient follement s'engager dans des guerres à issue fatale. On n'entendait pas ainsi l'héroïsme sous Charles-Quint, sous Ferdinand d'Aragon. Le Cid même était prudent jusqu'à la sournoiserie, un rusé compère. Enormément de courage, mais beaucoup de prévoyance et de calcul, pour ne pas gaspiller ce beau courage dont on était sûr à l'occasion : voilà nos héros, à la fois grands politiques.

Le courage espagnol, que personne ne songeait à révoquer en doute, était du reste douloureusement démontré par nos longues guerres civiles et coloniales. Cependant, nous étions pointilleux! Il est curieux d'observer, dans les notes et documents du *Livre rouge* (protocole des relations diplomatiques entre l'Espagne et les États-Unis depuis avril 1896 jusqu'à la rupture), le langage de l'Espagne qui semblait toujours prête à lâcher le mot définitif; on est d'autant plus étonné, si l'on songe que, tout en semblant prêt à ne pas refuser une si formidable guerre internationale, notre gouvernement oubliait ou négligeait tout ce qu'il aurait fallu apporter vite et sans cesse pour faire face à un ennemi vingt fois plus fort. Et voilà ce qui nous remplit d'une douleur bien légitime, car nous accepterions d'être vaincus, vaincus par le sort, par les hasards et les chances impossibles à prévoir d'une lutte même inégale, mais c'est trop dur d'être battus par nous-mêmes, d'avoir, en quelque sorte, combiné le suicide, et de cela... oh, non, de cela nous ne pouvons pas nous consoler; et c'est cela, sachez-le, et non pas le malheur et la déroute, qui nous remplit les yeux d'ardentes larmes!

Nous ne sommes pas plus fanfarons qu'un autre. Il faut que j'explique ce phénomène psychologique, car je ne voudrais pas laisser à ceux qui me lisent l'impression que l'Espagne est un peuple de bravaches, et que nous avons réclamé la guerre. C'est vrai que les pacifiques, même aujourd'hui, ne sont guère populaires, mais lorsque la guerre a éclaté, nonobstant les prophéties de certains optimistes (il y en a partout), le sentiment général a été une angoisse sourde et profonde. Tout en supposant que les moyens de défense que l'Espagne possédait seraient utilisés d'une façon plus efficace et plus intelligente; tout en attendant beaucoup des *destroyers* et des quelques cuirassés qui composaient le plus clair de notre force navale; tout en comptant sur l'armée, sur les volontaires, etc., dans le dénouement chacun voyait une sombre menace. Mais l'Espagne se croyait strictement tenue moralement, forcée pour ainsi dire à la guerre. L'attitude du peuple fut très digne, très noble: l'honorable M. Woodford, dernier ministre des États-Unis en Espagne et très habile diplomate, en peut donner des nouvelles. Quelques coups d'épingle dans les salons; pas une seule insulte dans la rue. Le Jeudi saint, à quatre heures, la rue d'Alcala pleine de monde qui allait à pied, — car ce jour-là les voitures ne circulent pas, — j'ai vu M. Woodford se promenant parmi la foule, devisageant les femmes qui portaient, sous leur noire mantille des groupées d'oeillets et des rubans aux couleurs nationales. On le connaissait, on le laissait passer, en silence. Ce même calme glacé l'accueillait lorsqu'il se mêla au cortège funèbre du populaire matador Frascuelo. Pas un sifflet, pas un mot agressif. Et cependant la colère bouillonnait dans tous les cœurs, car

nous venions d'accorder l'autonomie aux Cubains, et malgré tout nous sentions chez ce peuple fort et riche, l'Amérique, la résolution de nous écraser impitoyablement.

Je suis calme aussi, calme à force d'indignation et de soif de justice, en m'adressant à ce public américain chez lequel je compte peut être quelque lecteur, — puisque mes livres sont traduits et publiés depuis longtemps à New-York, à Chicago, à Boston; — je suis calme en écrivant le mot sacré: *paix*, le vœu de mon âme, l'aspiration chrétienne et naturelle! Vienne la paix; mais une paix qui ne soit pas humiliante, une paix digne et qui ne ressemble pas au silence de la mente après l'hallali, les dépouilles du sanglier une fois dévorées. Si la paix est honorable pour l'Espagne, elle sera honorable également pour les États-Unis. Si nos ennemis se laissent aveugler par l'ambition, s'ils abusent de leur force matérielle pour nous prendre tout ce qui les tentera, le Juge suprême de l'Univers, invoqué dans l'acte d'indépendance des États de l'Union; le dieu de Benjamin Franklin, de Jefferson et d'Adams, fera sonner, pour l'Amérique, l'heure de cette déchéance morale qui précède infailliblement les autres déchéances, et le butin « sera avec eux en perdition », selon la phrase de la Sainte Écriture.

EMILIA PARDO BAZAN.

AUTOUR DES FEMMES ESPAGNOLES

L'ARISTOCRATIE

Je ne puis parler de la femme espagnole sans énumérer les différentes classes sociales auxquelles elle appartient, étant donné que l'aristocratie, la classe moyenne, la plèbe des villes et des champs produisent des types différents, bien que présentant des affinités qui révèlent l'unité nationale et la parenté de race.

En tête de l'aristocratie se trouve la famille royale, laquelle est un gynécée se composant de quatre ou cinq femmes et d'un enfant. Toutes ces femmes ne sont pas Espagnoles. La Régente est Autrichienne et l'Infante Paz, par son mariage, est devenue Bavaroise.

Mais la reine douairière, plus connue sous le nom d'Isabelle II, a un cachet espagnol incontestable. Gaie et spirituelle, compatissante et railleuse, semant et prodigant les bons mots, affable avec tout le monde, suppléant aux lacunes de sa culture et de son instruction par la vivacité de son esprit, la reine Isabelle (je ne m'occupe que de son caractère et laisse à l'histoire le soin de juger sa conduite politique), la reine Isabelle, dis-je, est un exemple parfait de *l'espagnolisme*. Si elle n'est pas la *femme Espagnole*, par antonomase, elle est ce que Taine appellerait un type représentatif de beaucoup d'espagnoles de la génération passée. Sa fille, l'infante Isabelle, comtesse de Girgenti, ne dément pas davantage la terre qui la vit naître. D'une conversation familière, active comme personne, sans affectation d'étiquette, d'un esprit franc et résolu, l'infante Isabelle pratique la vertu à la façon Espagnole, sans exagérations, sensibleries ou pruderie d'aucune sorte. Ce qui la fait différer du groupe de femmes Espagnoles dans lequel nous pourrions la classer, c'est une indépendance mâle, une affection pour le sport et les exercices corporels qui semblent être l'apanage de la race Saxonne. On ne peut contester une réelle personnalité à l'infante Isabelle, ce qui la rend très sympathique et la rapproche des femmes de la Renaissance.

L'infante Paz, douée de goûts délicats, cultive la peinture et la poésie, mais sans démontrer jamais un véritable tempérament artistique.

L'infante Eulalie, élégante et nerveuse, ne se distingue en rien de la majorité des femmes qui sont l'ornement des réunions mondaines et plaisent aux yeux par leur grâce.

En exceptant la famille royale, les femmes de l'aristocratie—aussi bien celle du sang que celle de la finance ou des gloires militaires et politiques récentes—sont les plus mal réputées de toute l'Espagne. Je prouverai que c'est une injustice, mais je tiens à consigner le fait.

Le peuple de Madrid voit passer, mollement étendues dans de somptueux équipages, luxueusement et capricieusement parées, quelques douzaines de femmes, toujours les mêmes. La classe moyenne ou le provincial, du paradis du Royal, distingue ces mêmes femmes accotées dans leurs loges, resplendissantes de pierreries, les épaules et les bras nus; il dévore dans les journaux les «revues des salons» et les «Echos mondains» énumère les dentelles de chaque trousseau, les mètres de velours de chaque traîne; il entend résonner certains noms avec l'insolence de la beauté, de la richesse, du bonheur. Quoi de surprenant à ce que, aiguillonné journellement par l'envie et les piqures faites à son amour-propre, il incline à croire et à répéter que les femmes du grand monde sont toutes des Cléopâtres ou des Julies, prêtes à boire une infusion de perles dissoutes dans du vinaigre, comme à se perdre, aujourd'hui avec César, demain avec les gladiateurs du cirque; j'ai observé—et cette observation ne me semble pas banale—que l'auditoire, cheur ou galerie, qu'ont toujours les classes élevées, la foule qui observe leurs moindres actes et les glose, ne s'attache et ne s'attaque jamais qu'au sexe féminin. Il personnifie en la femme les vices et les vertus de la caste, soit par suite de la dualité de critérium qui régit les deux sexes, soit parce que le luxe de l'homme ne se déploie pas, comme celui de la femme, en choses extérieures qui éveillent l'envie. Le point de mire des accusations dirigées contre le *high-life*, est toujours la conduite de la femme. Que l'aristocrate soit paresseux, dissipateur, sans frein, inutile, frivole, qu'il vive dans l'ignorance et l'oisiveté, qu'il ne pense, comme le maigre de la satire célèbre, qu'aux taureaux et aux chevaux, qu'il ne serve de rien à la patrie en particulier, ni à la cause de la civilisation, en général, ceci n'étonne personne. L'inoui, ce qui nous conduit tout droit à la *décadence* et au *bas empire*, c'est qu'on soupçonne la marquise *** d'avoir une liaison ou de se décoller deux centimètres plus bas qu'il n'est d'usage de le faire.

Celui qui ne vit pas dans les sphères de la haute société prend pour des crimes, ou des délits une multitude d'actions indifférentes en elles-mêmes que les femmes Espagnoles exécutent, soit parce qu'il le veut ainsi leur situation soit pour remplir le vide de leur existence ou simplement pour obéir aux canons de la mode.

Le peuple, et plus encore la classe moyenne nécessaire qui élabore l'opinion, n'admet pas que la femme qui dépense plusieurs milliers de duros annuels pour sa toilette et ses bijoux ne soit pas une créature perdue. Cette opinion s'applique également à celles qui assistent aux courses dans une victoria à la Daumont, ou en *mail-coach*, qui y goûtent avec des san-

dewiches arrosés de Champagne ou de *manzanilla*, qui emploient moins d'étoffe à leur corsage et davantage à leur jupe; qui parfument la doublure de leurs robes de chambre, qui portent tous les jours des bas de soie, qui mangent bien et vivent dans le sybaritisme et qui, à la fin de leurs repas, après avoir savouré le café, allument une cigarette turque. Tout ceci est, pour l'Espagnol, un indice de dépravation absolue. De chaque détail analogue qu'il surprend, il déduit une vie de plaisir ou de débauche et suppose que cette vie est celle de toutes les femmes du grand monde.

Il est certain que quelques unes d'entre elles vivent très superficiellement et ne pensent qu'aux futilités et aux distractions; mais ceci provient bien plutôt de leur peu de cervelle que de leur immoralité, et il faut, avant de les condamner, voir si les hommes desquels la femme reçoit son impulsion morale, lui donnent de meilleurs exemples.

Or, j'affirme que non et que le sexe masculin aristocratique est aussi, peut-être même plus frivole que le féminin. L'homme a bien moins d'excuses à ce péché.

En étant frivole, en vivant entre sa couturière et sa coiffeuse, la femme ne fait que demeurer sur le terrain où l'a placée l'homme, et joue son rôle de meuble de luxe. Il semble qu'en Espagne les femmes ne peuvent occuper d'autres emplois que celui de reines ou de buralistes, auxquels sont venus s'ajouter, dernièrement, ceux de télégraphistes et de téléphonistes. En échange, l'homme voit s'ouvrir devant lui tous les chemins, s'abaisser tous les horizons. Si notre aristocratie masculine voulait peser et influencer sur les destinées du pays, et s'instituer *classe dirigeante*, dans le sens le plus noble du mot, personne ne s'y opposerait et chacun y applaudirait.

Néanmoins, les femmes de l'aristocratie ne sont pas, aussi généralement qu'on le croit, adonnées au luxe et à la mollesse.

Beaucoup d'entre elles vivent dans une retraite modeste, ou se consacrent au foyer et à l'éducation de leurs enfants.

Beaucoup, encore, s'occupent d'œuvres charitables, et quelques-unes prennent le plus louable intérêt aux questions littéraires, artistiques ou scientifiques, s'occupant même du progrès agricole et industriel. Je cite ces dernières comme des exceptions, mais il ne serait pas juste de passer sous silence le bon goût littéraire de la marquise de Casa-Loring; l'initiative et l'activité féconde de la duchesse Angela de Medinaceli. Il serait à désirer que beaucoup d'hommes appartenant au même rang social ressemblassent à cette dernière. Ce ne sont pas ceux-ci, mais les femmes de l'aristocratie qui se sont intéressées à la poésie nationale que représente Zorrilla. Ce sont elles encore qui, les premières, exaltèrent et désignèrent à la gloire l'illustre Menéndez Pelayo. Les femmes de la famille de Rivas sont célèbres par leur esprit et leur culture.

La fille du marquis de Sotomayor a prouvé son enthousiasme pour les

dons de l'intelligence, en préférant Cánovas del Castillo à la foule des prétendants au «sang bleu sur champ d'or.»

Je ne veux pas citer d'exemple de vertus resplendissantes, ce qui paraîtrait une offense à celles que je ne citerais pas. On me pardonnera donc de ne mentionner que la comtesse de Superunda, dont les idées élevées, la vertu irréprochable, enchantent mon souvenir au moment où je trace ces lignes (1).

J'ai défendu mille fois le bon renom des femmes du grand monde contre des accusateurs qui, j'en suis persuadée, n'avaient jamais vu de près une seule d'entre elles. Un jour, voyant que je ne pouvais convaincre les moralistes austères—et improvisés,—j'eus recours à la preuve testimoniale, et demandai à l'un d'entre eux de me nommer une à une les femmes soi-disant inconsidérées qu'il ne connaissait pas, je le répète, tandis que je lui nommerais celles qui sont incontestablement honnêtes, parmi celles que je voyais. «Vous comprendrez facilement, dis-je à mon interlocuteur, que si les femmes du grand monde sont aussi faciles et aussi corrompues que vous le dites, il vous est facile de m'en convaincre par des noms et encore des noms. Comme la principale faute que vous reprochiez à ces femmes est celle qui donne le plus matière à la calomnie, et que souvent les gens prennent leurs suppositions pour des faits accomplis, je ne puis répondre à vos arguments qu'autant que vous me citerez des noms». Alors, mon adversaire me nomma une demi-douzaine de femmes, l'éternelle et invariable demi-douzaine qui donnent un aliment incessant aux murmures et à la chronique scandaleuse, la demi-douzaine dont la légende a transpiré en province, et probablement aux colonies et à l'étranger.

En échange, je lui énumérai des familles entières, des centaines de femmes, et j'en arrivai à prendre le *guide officiel*, où se trouve le catalogue de la noblesse et à permettre au moraliste de marquer d'une croix les femmes qu'il considérerait comme étant coupables. Je me souviens qu'il ne put jamais arriver à compléter le chemin de la croix!

Mais, qui peut aller contre une croyance aussi répandue? Qui combattra des idées comme celles de cette provinciale qui, ayant lu dans un journal que les femmes de l'aristocratie ornaient leurs souliers de bal de boucles en diamants, jeta les hauts cris et jura qu'une femme ne pouvait être honnête en portant des brillants à ses pieds et qu'elle ne savait pas comment les maris de pareilles créatures ne les envoyaient pas aux *Re-penties*?

Dans cette espèce de conjuration contre les réputations des femmes de haut rang, le théâtre et le roman entrent pour une bonne part. Soit

(1) Emilia oublie ici un attribut de la comtesse Superunda, les plus belles mains qui existent, des mains à faire rêver tous les peintres et tous les sculpteurs.

que le public se divertisse et se plaise à la peinture des vices de l'aristocratie, soit que la préoccupation de ce dont je parlais plus haut ait envahi jusqu'aux littérateurs, il est de fait que les duchesses, les marquises et les comtesses des drames et des livres sont presque toujours le même démon de perversité. Il n'y a pas longtemps qu'un de nos premiers romanciers, Pereda, publia un roman de mœurs aristocratiques intitulé *La Montalvez* où les femmes et les jeunes filles du grand monde commettent de véritables horreurs. Je crois que Pereda, ennemi juré de la vie de la cour, est influencé par ce que j'appelle la *légende provinciale*.

Si le romancier eût voulu fréquenter le grand monde, la peinture eût été plus juste et il n'eût pas fait une règle générale d'une exception. Les femmes ne sont pas mieux traitées dans les romans d'un autre auteur de grande valeur, le révérend Père Jésuite Coloma. Mais, en cela, la soutane explique certaines appréciations trop rigides sur les bals, les réunions, les vêtements et les distractions propres à l'aristocratie.

L'éducation reçue par les jeunes filles appartenant à la noblesse se ressent, selon moi, de deux défauts.—Elle est sans consistance et éclectique. Sans consistance, parce qu'elle ne se base sur aucune étude solide et sincère et ne va pas au-delà de la surface; elle est éclectique parce que les collèges, les institutrices, les professeurs, les bonnes d'enfants, les gouvernantes doivent, d'après les règles de l'élégance, venir d'Allemagne, de France ou d'Angleterre. C'est ainsi que la femme perd chaque jour son caractère national et sa physionomie propre. Jamais je ne suis entrée dans un boudoir ou un cabinet de toilette élégant, sans que mon instinct d'observatrice et de romancière ne m'ait poussée à regarder quel livre, recouvert d'une riche étoffe antique, repose sur le guéridon ou sur la cheminée. Neuf fois sur dix, c'est un roman français, du genre suave, Ohnet, Feuillet, ou Cherbuliez, très rarement un livre mystique ou historique, jamais un roman espagnol, car, pour les palais délicats, les romans espagnols sont inférieurs ou vulgaires. Une femme qui, ainsi que la comtesse duchesse de Benavente, suit avec un intérêt passionné la marche de notre roman moderne, ou qui, ainsi que la duchesse de Mandas, a lu et compris les œuvres géologiques et préhistoriques, est une exception.

Il est certain qu'une femme qui, par sa situation aisée et sa bonne organisation domestique n'a pas besoin de consacrer grand temps à son intérieur, qui ne vit plus claustralement comme on vivait au XVIII^e siècle, sur les épaules de laquelle retombent les quatre murs de la maison, désertée par le mari livré aux plaisirs ou aux affaires, il est certain, dis-je, que cette femme a besoin d'une grande supériorité d'esprit pour ne pas s'adonner entièrement à l'existence vide des visites, des promenades, du théâtre-royal et des tertulias. Il faut qu'elle soit bien maîtresse d'elle-même pour ne pas s'occuper d'autre chose que des oscillations de la mode.

Bien souvent, la vanité du mari la pousse à des dépenses, à des exhibitions, à des rivalités de luxe, lorsque, par son abandon et son indifférence, il ne l'oblige pas à s'étourdir de toutes les façons; ce sont là des circonstances atténuantes que n'admettront pas ceux qui veulent la femme impeccable et impassible, mais que le psychologue ne dédaigne pas.

Au physique, la femme Espagnole est belle et hautaine, mais le type de la beauté nationale devient de plus en plus rare. La femme à la stature moyenne, à la taille souple et ronde, aux mouvements onduleux et languissants, attirants et aériens, aux yeux noirs expressifs, ombragés de cils épais, à la bouche un peu pâle, à la peau brune, aux cheveux bleutés, cède le pas à la blonde charnue, connue sous le nom de type à la Rubens. Il y a une infinité de blondes à Madrid. A la vérité, beaucoup d'entre elles le doivent à l'art de la teinture. Un autre type abonde dans l'aristocratie, et cela depuis longtemps, la blonde pâle, anémiée, à la figure large, à la lèvre inférieure saillante et dédaigneuse, type reproduit par les grands peintres portraitistes, comme Pantoja et Velázquez.

A défaut de beauté, la distinction en est l'apanage.

On croit que les eaux de Lozoya et le changement de climat et d'atmosphère qui en ont été la conséquence, ont modifié l'aspect des femmes de Madrid en leur donnant plus de fraîcheur et d'embompoint. Il est évident, pour moi, que la perte du type national est due pour beaucoup à la modification du costume, à l'adoption de modes créées pour d'autres races bien différentes de la nôtre, et qui s'en trouvent bien tandis qu'elles nous défigurent.

La femme Espagnole avait trouvé la formule de son ajustement dans les vêtements en usage sous Charles IV; la jupe courte en satin, le soulier découvert et surtout la mystérieuse, voluptueuse et poétique mantille noire ou blanche, sont irremplaçables pour un type féminin plus gracieux que réellement beau. La mode actuelle, les lourdes étoffes, les couleurs éteintes, les vêtements à la coupe masculine de provenance anglaise, les imperméables et les redingotes longues, les bottines aux talons élevés et plus que tout cela le chapeau Français, sont autant d'ennemis de la beauté Espagnole. Une femme au long cou, aux épaules droites comme l'anglaise sera parfaite avec le plastron et la cravate d'homme. Une femme à la peau blanche et rosée ne perdra pas aux demi-teintes grises, beiges ou loutre. Une femme grande pourra paraître gracieuse sous un manteau la couvrant des pieds à la tête; mais l'Espagnole, petite, brune, arrondie, curviligne, demande une parure d'un autre genre et des modes adaptées à son type naturel. Ce type classique paraît être plus soigneusement conservé parmi les *chulas* (1) que dans l'aristocratie. Ceci provient de ce que la façon de se vêtir de la *chula* copie celle du siècle passé. Elle se chausse et se peigne à

(1) Filles du peuple, mi-grisette, mi-ouvrière.

l'Espagnole et s'enveloppe dans le châle de Manille brodé de couleurs voyantes. Quand les femmes du grand monde sortent leurs mantilles aux jours de la Semaine-Sainte, le type classique brille dans toute sa grâce et sa pureté, comme un diamant étincelant.

Les touristes doués d'instincts artistiques se lamentent, en visitant l'Espagne, de la disparition de la mantille. A part le jeudi et le vendredi saints, il lui restait encore les courses de taureaux. La mode l'a chassée, même de ce dernier refuge; aujourd'hui, il est élégant et de bon ton d'aller aux taureaux en chapeau. Plus il est exagéré, mieux ça vaut. Et s'il faut dire la vérité complète, il est élégant de ne plus aller aux taureaux et de leur préférer les courses de chevaux, avec le remue-ménage des paris, le pugilat d'ostentation du défilé, l'exhibition obligée des costumes tapageurs. L'amour des combats de taureaux qui est véritablement Espagnol, que nous avons dans le sang, n'est vivace que chez les hommes, les chulas et le peuple. La classe moyenne, qui veut toujours imiter l'aristocratie, a déserté la place et la femme Espagnole, dont la système nerveux s'affine de telle sorte qu'elle ne peut supporter les *dramas tristes*, ne peut plus résister aux émotions tauromachiques, que la propagande philanthropique lui a dépeintes comme sœurs jumelles de celles qui emplissaient le Colysée Romain.

EMILIA PARDO BAZAN.